# «¿Quién nos separará del amor de Cristo?»

Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación

Rímini 2013

Suplemento de la revista *Huellas* - Litterae Communionis n°6, junio de 2013

# «¿QUIÉN NOS SEPARARÁ DEL AMOR DE CRISTO?»

**Ejercicios de la Fraternidad de Comunión y Liberación**

**Rímini 2013**

© 2013 Fraternità di Comunione e Liberazione
Texto original en italiano.
Traducción: Belén de la Vega

En portada: Giotto, *Última cena* (detalle). Capella degli Scrovegni, Padua

*Ciudad del Vaticano, 16 abril 2013*

*Don Julián Carrón*
*Presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación*

*Reverendo Señor,*

*Con ocasión de los Ejercicios Espirituales anuales de la Fraternidad de Comunión y Liberación, que tendrán lugar en Rímini sobre el tema «¿Quién nos separará del amor de Cristo?», en el contexto del Año de la Fe, Su Santidad el papa Francisco desea dirigir a los organizadores y a los numerosos participantes su saludo cordial y lleno de buenos deseos. Expresando sus felicitaciones por la oportuna iniciativa pastoral, el Santo Padre desea que ella suscite renovada adhesión al Divino Maestro y creciente conciencia de que el Señor está vivo y camina con nosotros y, al tiempo que invoca abundancia de gracias celestiales, pide un recuerdo en la oración y envía de corazón, por intercesión de la Virgen María, la implorada bendición apostólica, propiciadora siempre de fecundo camino eclesial.*

***Cardenal Tarcisio Bertone**, Secretario de Estado de Su Santidad*

# *Viernes 19 abril, por la noche*

*A la entrada y a la salida:*
*Wolfgang Amadeus Mozart, Concierto para piano y orquesta n. 23 en la mayor, K 488*
*Wilhelm Kempff, piano*
*Ferdinand Leitner – Bamberger Symphoniker*
*Deutsche Grammophon*

## ■ INTRODUCCIÓN
**Julián Carrón**

No somos nosotros los que construimos la Iglesia, «la Iglesia no comienza con nuestro "hacer"»[1], nos recordaba Benedicto XVI. No es nuestra acción lo que consigue despertar nuestra vida. Por eso, para los discípulos y también para nosotros, reunidos aquí para empezar nuestros Ejercicios espirituales, lo más adecuado a nuestra pobreza, a nuestra incapacidad, es pedir: pedir el Espíritu para que sea Él quien nos despierte, para que despierte de nuevo todo nuestro deseo, nuestra espera de Cristo.

*Desciende Santo Espíritu*

Os saludo a cada uno de vosotros aquí presentes, a todos los amigos que están conectados con nosotros desde veintiún países y a todos aquellos que participarán en los Ejercicios en las próximas semanas.

Comienzo dando lectura al telegrama del Santo Padre: «Con ocasión de los Ejercicios Espirituales anuales de la Fraternidad de Comunión y Liberación, que tendrán lugar en Rímini sobre el tema «¿Quién nos separará del amor de Cristo?», en el contexto del Año de la Fe, Su Santidad el papa Francisco desea dirigir a los organizadores y a los numerosos participantes su saludo cordial y lleno de buenos deseos. Expresando sus felicitaciones por la oportuna iniciativa pastoral, el Santo Padre desea que ella suscite renovada adhesión al Divino Maestro y creciente conciencia de que el Señor está vivo y camina con nosotros y, al tiempo que invoca abundancia de gracias celestiales, pide un recuerdo en la oración y envía de corazón, por intercesión de la Virgen María, la implorada bendición apostólica, pro-

[1] Benedicto XVI, *Meditación durante la primera Congregación General de la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos*, 8 octubre 2012.

piciadora siempre de fecundo camino eclesial. Cardenal Tarcisio Bertone, Secretario de Estado de Su Santidad».

«Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?»[2].

Creo que esta frase expresa mejor que ninguna otra la verdadera cuestión ante la que se encuentra cada uno de nosotros, en especial en estos tiempos. Como la hemos escuchado muchas veces, corremos el riesgo de pasarla por alto, considerándola un poco exagerada, una frase de Jesús que, en cierto modo, no tiene nada que ver con nosotros, como si dijéramos: «¿Qué tiene que ver con nosotros? Podrá valer para los demás, no creyentes o agnósticos; pero, ¿para nosotros?». De este modo cerramos la cuestión antes incluso de empezar.

Pero dos llamadas de atención nos indican que no nos conviene ir en esta dirección. La primera fue el gesto de Benedicto XVI al convocar el Año de la Fe: «Sucede hoy con frecuencia que los cristianos se preocupan mucho por las consecuencias sociales, culturales y políticas de su compromiso, al mismo tiempo que siguen considerando la fe como un presupuesto obvio de la vida común. De hecho, este presupuesto es negado. Mientras que en el pasado era posible reconocer un tejido cultural unitario [...] hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas»[3]. Esta crisis está provocando efectos cada vez más evidentes incluso en tierras fecundas – decía también Benedicto XVI a los obispos italianos – que corren el riesgo de convertirse en un «desierto inhóspito»[4].

Todo esto debería resultarnos familiar, porque el movimiento nació exactamente para responder a este desafío lanzado por la fe, cuando el desierto empezaba a mostrar sus primeros signos. ¡Cuántos de nosotros han llegado aquí desde el desierto y han descubierto de nuevo el valor del cristianismo mientras estaban en la nada!

Sin embargo, esto no debe confundirnos, como si hubiésemos dejado atrás esta cuestión. Nos lo testimonia esta carta: «El trabajo que nos estás proponiendo en estos tiempos me provoca a hacerme una pregunta que nunca habría pensado que me haría después de casi cuarenta años en el movimiento: ¿yo creo o no? Pues bien, si se tratase de repetir una teoría o de afirmar unos principios no habría necesidad de ella, bastaría con aprender el discurso de una vez para siempre y adaptarlo después a las distintas

---

2 *Lc* 18,8.

3 Benedicto XVI, *Porta fidei*, 2. Carta apostólica del 11 octubre 2011.

4 Benedicto XVI, *Discurso a la asamblea de la Conferencia Episcopal Italiana*, 24 mayo 2012.

situaciones, y muchas veces es así. Mientras que para el mundo de hoy la fe ya no es un presupuesto obvio, para mí muchas veces corre el riesgo de ser sólo un presupuesto obvio, algo ya sabido, algo dado por descontado. Para una fe así [reducida a esto], la pregunta es: ¿creo o no? Esta pregunta lleva dentro muchas veces un matiz de escepticismo o de moralismo, que con el tiempo se vuelve insoportable. Es como si creer, no bastando o no teniendo conciencia de lo que me ha sucedido y sigue sucediéndome, fuese el resultado de algo que debo añadir o aplicar yo. Es una fatiga que te agota».

O también esta otra carta: «Querido Julián, en nuestro grupo de Escuela de comunidad algunos contaron su experiencia. Todas las intervenciones hablaban de una cierta actitud ante la vida: algunos hablaban de cómo están cuidando a sus padres, otros hablaban de una actitud distinta en el trabajo que les hacía estar más contentos, otros daban un juicio sobre un tipo determinado de experiencia. Todo cosas preciosas e interesantes, pero que podrían perfectamente ser fruto de un esfuerzo intelectual y moral. Entonces, ¿qué tiene que ver con esto la experiencia cristiana? Ninguno de nosotros pone en duda la existencia de Dios, pero, ¿dónde está la diferencia? Cualquiera cuidaría a sus padres, cualquiera puede tener éxito en el trabajo, todos tienen el deseo e intentan tratar bien a su novio, su marido o sus hijos. Me parece que a veces saltamos enseguida a lo que viene después, a las consecuencias. Pero, ¿qué queda de la fascinación del cristianismo, de la que hablamos tantas veces? ¿Qué queda de la fascinación por Cristo? En este tiempo me han impresionado mucho las lecturas de Pascua, que relatan el asombro de los apóstoles ante Jesús resucitado y repiten una frase continuamente: «Y creyeron en Él». Entonces, ¿qué diferencia hay entre ser buenas personas y un cristianismo de carne y hueso?».

Si la fe se convierte en un presupuesto obvio y se reduce a consecuencias éticas, ¿qué queda de la fascinación por Cristo?

Deberíamos estar todos agradecidos a quienes, como esta amiga, nos plantean estas preguntas, nos obligan a mirarlas a la cara, no se contentan con las consecuencias, sino que nos lanzan estas preguntas sin tapujos.

La segunda llamada de atención llega justamente de don Giussani, que nunca ha dejado de invitarnos a no dar la fe por descontada. El motivo es sencillo: se puede pertenecer al movimiento – dice – sin tener una fe real: «El verdadero problema de CL hoy es la verdad de su experiencia y, por tanto, su coherencia con el origen. Entre nosotros existe una actitud que pone de manifiesto que la urgencia principal es cómo van las cosas, cómo va la comunidad, mientras que la urgencia debe ser recuperar una sensibilidad por la verdad de la experiencia del movimiento. Es necesario que CL sea una vida y no se quede sólo en un esquema. [...] Se puede pertenecer

al movimiento hoy sin que esto implique una fe real, sin que la vida de las personas y de las comunidades sea discutida, sin conversión»[5].

El papa Francisco afirmaba recientemente que, a veces, «por superficialidad, a veces por indiferencia, [estamos] ocupados en mil cosas que se consideran más importantes que la fe»[6]. Pero esto tiene sus consecuencias para la vida. Y para que nos resulte más fácil darnos cuenta de ello, don Giussani nos ofrece, como es habitual, el indicio más clamoroso de esta situación: «[El] síntoma [más impresionante] del predominio del esquema sobre la vida es el desconcierto que atenaza al adulto cuando se sitúa ante los problemas de la vida. Como tono general, el adulto evita la fatiga de una encarnación de la fe en la vida y no se deja cuestionar [...] por ella; o bien en la relación con la mujer, en la educación de los hijos, en el problema político o en el trabajo, actúa prescindiendo de lo que proclama en la vida de la comunidad; como mucho se convierte en portador de iniciativas lanzadas por la comunidad»[7].

El desconcierto que tenemos los adultos ante los problemas de la vida está estrechamente ligado, según don Giussani, a la fatiga de la encarnación de la fe en la vida. Si la fe no es un recurso para vencer las dificultades que nos vemos obligados a afrontar, ¿para qué sirve creer? ¿Qué quiere decir tener fe? Don Giussani tiene un juicio preciso sobre la situación en la que vivimos: «El gran problema del mundo de hoy ya no es una pregunta teórica, sino una pregunta existencial. No "¿quién tiene razón?", sino "¿cómo se puede vivir?". El mundo de hoy ha vuelto a la miseria evangélica. En los tiempos de Jesús, el problema era cómo vivir, y no quién tenía razón; este último era el problema de los escribas y fariseos. Esta observación cambia incluso el planteamiento de nuestra preocupación. Debemos pasar de una posición de criticismo intelectual a la pasión por lo que caracteriza al hombre de hoy: la duda sobre la existencia, el miedo a vivir, la fragilidad de la vida, la inconsistencia de uno mismo, el terror de la imposibilidad, el horror de la desproporción entre uno mismo y el ideal. Ese es el fondo de la cuestión, y de aquí hay que partir para una cultura nueva, para una capacidad crítica nueva»[8].

Estas palabras tienen hoy un peso todavía más grande que cuando fueron pronunciadas en el lejano 1991. Este juicio de don Giussani identifica

---

[5] «Il vero problema di CL è la verità della sua esperienza», a cargo de L. Cioni, *CL Litterae Communionis,* n. 4, abril 1977, p. 8.

[6] Francisco, *Audiencia general*, 3 abril 2013.

[7] «Il vero problema di CL è la verità della esperienza», op. cit., p. 8.

[8] *Corresponsabilidad.* Apuntes de la conversación con Luigi Giussani en el Consejo internacional de Comunión y Liberación - agosto 1991, *Litterae communionis-CL*, noviembre 1991, p. 33.

muy bien a qué nivel se sitúa la fatiga de la vida, esa fatiga que Pavese describe con su habitual genialidad: «La vida del hombre discurre allá abajo, entre las casas, en los campos. Delante del fuego o en un lecho. Y cada día que despunta te pone delante la misma fatiga y las mismas carencias. Esto al final resulta odioso [...]. Hay una tormenta que renueva los campos – ni la muerte ni los grandes dolores quitan el coraje. Pero la fatiga interminable, el esfuerzo de estar vivo hora tras hora, la noticia del mal ajeno, el mal mezquino, fastidioso como las moscas de verano – éste es el vivir que paraliza»[9]. Es difícil describir el drama del vivir cotidiano de forma más aguda y pertinente. Cada día la misma fatiga y la misma carencia. Una fatiga interminable, fastidiosa, como las moscas de verano. Esta vida cotidiana es el «vivir que paraliza». Los grandes dolores o la muerte no nos desalientan. Al final, lo que hace que la vida sea verdaderamente dramática es lo cotidiano que paraliza.

Es entonces ante este "vivir que paraliza" (no en nuestros pensamientos, en nuestras intenciones, en nuestros sentimientos, en nuestras discusiones), donde debemos llevar a cabo la verificación de la fe. ¡Ante los desafíos de la realidad! Don Giussani no ceja en su empeño; al ponernos ante estas cuestiones en términos esenciales, nos impide ser desleales con nosotros mismos y con la fe. Nos desafía diciendo que precisamente ante las pruebas de la vida se ve si nuestra fe es auténtica o no: «Es este [...] el síntoma de la verdad, de la autenticidad o no de nuestra fe: si en primer plano está verdaderamente la fe o hay otro tipo de preocupación; si esperamos de verdad todo del hecho de Cristo o, por el contrario, si del hecho de Cristo esperamos lo que decidimos nosotros, haciendo de Él, en última instancia, punto de partida y pretexto para nuestros proyectos y programas [¡que se convierten en aquello de lo que esperamos verdaderamente todo!]. La ley del desarrollo espiritual, esta ley dinámica de la vida de la fe [...] es de extrema importancia tanto para los individuos como para las colectividades; para las colectividades como para los individuos. En cualquier caso, es verdad que, para el que comprende y ama a Dios, todo coopera para el bien; y es verdad que, ante las dificultades, sale a la luz si tú amas a Dios o no. [...] Ante el interrogante, el problema, la pregunta o la dificultad sale a la luz aquello que el hombre ama. [...] Cuando llega la prueba o la dificultad, cuando ya no vemos o pierde gusto lo que hacemos, entonces se ve si lo que buscamos es Cristo o bien nuestro amor propio, la afirmación de nosotros mismos, en cualquier sentido o bajo cualquier aspecto»[10].

---

[9] C. Pavese, *Dialoghi con Leucò*, Einaudi, Torino 1947, pp. 165-166 (edic. española: *Diálogos con Leucó*, Tusquets, Barcelona 2001).

[10] L. Giussani, «La larga marcha de la madurez», en *Huellas-Litterae Communionis*, n. 3, 2008.

Este año no nos han faltado las dificultades, desde luego. Todos las tenemos bien presentes, desde las más generales, por una crisis que acecha cada vez más y afecta cada vez más a cada uno de nosotros, a nuestros amigos, a nuestros conciudadanos, a las dificultades que nos han afectado como movimiento.

¿Qué es lo que se ha puesto de manifiesto afrontando todas estas dificultades? En la Jornada de apertura de curso propusimos una hipótesis de trabajo para hacer las cuentas con ellas: «En la vida de aquellos a los que Él llama, Dios no permite que suceda cosa alguna si no es para la madurez, para una maduración de los que han sido llamados»[11]. Es decir, la prueba que don Giussani nos propone para verificar si estamos madurando en la fe es la capacidad de cada uno para hacer de todo aquello que se presenta como objeción, persecución o como dificultad, un instrumento u ocasión de maduración. Esto es lo que demuestra la verdad de nuestra fe.

¿Qué hemos hecho con esta hipótesis de trabajo? ¿La hemos utilizado? ¿Hemos intentado verificarla? ¿Qué ha sucedido, sea cual sea la respuesta que cada uno de nosotros ha dado a la propuesta que se hizo? Si la hemos usado, ¿qué ha sucedido? Si no la hemos usado, ¿qué ha sucedido? ¿Qué experiencia hemos hecho? ¿Qué hemos aprendido?

En los últimos tiempos hemos repetido con frecuencia que «una fe que no pudiera percibirse y encontrarse en la experiencia presente, que no pudiera verse confirmada por ella, que no pudiera ser útil para responder a sus exigencias, no podía ser una fe en condiciones de resistir en un mundo donde todo, *todo*, decía y dice lo opuesto a ella»[12]. Entonces, después de este año, ¿somos más entusiastas de nuestra fe y del camino que hemos recorrido, o estamos más desanimados, más abatidos, más aplastados? Después de todos los desafíos que hemos tenido que afrontar, ¿tenemos más certeza o estamos más inseguros? ¿Somos más consistentes o estamos más destruidos? Las circunstancias nos han obligado a hacer un trabajo. ¿Podemos decir, con más conciencia que nunca, después de todos los desafíos que hemos afrontado: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?»? No es que san Pablo no tuviera que afrontar dificultades enormes, pero ellas le llevaron a esta certeza: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?; como está escrito: por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza. Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni

[11] *Ibídem*.

[12] L. Giussani, *Educar es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, p. 19.

muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor»[13]? ¿Se trata, para nosotros, de una frase bonita con la que estamos de acuerdo, o bien es una certeza fruto de la experiencia vivida? De hecho, todos conocemos perfectamente la diferencia que hay entre repetir frases sin más y expresar una experiencia que hemos hecho, encarnada, documentada por la vida.

Algunos pueden responder así: «Querido Julián, he leído la síntesis de la Asamblea de responsables que tuvo lugar en Pacengo. Ante la pregunta: "¿Después de todo este tiempo, de este año en que hemos sido desafiados sin tregua, ¿he salido con más certeza de Cristo o no?", yo respondo que sí. Puedo parecer algo presuntuosa, pero no, porque es Cristo el que me hace».

Escuchad lo que dice esta otra carta: «Siento el deseo de escribirte para expresarte toda mi gratitud y reconocimiento por las últimas palabras que nos has dicho y escrito. Me refiero a la síntesis que hiciste en la Asamblea de responsables del movimiento y a las cartas que has publicado en la prensa con ocasión de circunstancias que han tocado nuestra vida. Al mismo tiempo, tengo la necesidad de comunicarte de qué modo, al vivir mi vida cotidiana, el seguimiento se está convirtiendo en un factor fundamental para mi crecimiento personal en la fe, que genera seguridad a la hora de afrontar las dificultades de la vida cotidiana. Lo que está sucediendo en mí es algo sorprendentemente nuevo y, a la vez, algo antiguo: vuelve a brotar la novedad que la experiencia cristiana introduce en mi mentalidad. Es un camino muy lento pero inexorable, al que no deseo oponer ninguna resistencia».

O también: «Queridísimo Julián, no consigo guardarme lo que quiero decirte. Desde hace algunos días estoy emocionada, ¡estoy inquieta por las noches! A los cuarenta y ocho años me sorprendo viviendo esta emoción pensando que dentro de algunos días iré a los Ejercicios. Mi marido también se ha dado cuenta de esto, y ayer por la noche me dijo: "Para mí lo más bonito de estos Ejercicios es tu emoción, tu espera. ¡Quién pudiera estar emocionado como tú!". [No es que no le haya pasado nada…] En estos años, después de la muerte de mi padre, el deseo de no perderlo ha sido el único motor de mi vida. Ha puesto ante mí una cuestión esencial: o retirarme a los rincones de las circunstancias o volver a empezar desde lo único verdadero que ha sucedido en mi vida. Tu amistad, en la cercanía de las conexiones de la Escuela de comunidad, ha vuelto a encender este desafío. Al mismo tiempo es como si se hubiese descorrido un velo, y todo a mi alrededor hubiera empezado a estar más claro. Mientras yo empezaba a ver

[13] *Rm* 8, 35-39.

más claramente, toda la realidad empeoraba, se demolía toda seguridad (el trabajo de mi marido, la situación económica se agravaba, con cuatro hijos que estudian, la mayor en la universidad), con muchos riesgos añadidos. Lo más absurdo para mí es que yo estoy más contenta que antes, con una alegría difícil de expresar. Ahora me doy cuenta de que lo que me sorprende a mí es lo que empieza a sorprender también a los demás, que me dicen: "¡Estás distinta!", o bien: "Estás tan apasionada con las cosas que me gustaría confrontarme contigo". Pero lo que más me ha asombrado es que en este periodo, después de la dimisión del papa Benedicto y la llegada del papa Francisco, me veo hablando de Cristo con la gente de forma sencilla y explícita, como si fuese el signo más evidente de lo que ha sucedido, y una persona me dijo: "¿Sabes? Ahora que me lo dices, también yo me doy cuenta de esto". Las personas se quedan ahí escuchándome, sorprendidas por una descripción de los hechos más correspondiente. Y luego alguno me ha expresado el miedo de perder al papa Francisco, como quien teme perder una cosa bonita. Y yo le he respondido, en primer lugar para mí misma, con una frase de *Miguel Mañara* que volví a escuchar hace poco de boca de don Giussani (en una grabación), y que me había impresionado: "¿Por qué temes perder lo que ha sabido encontrarte?". ¡Todo lo que ha sucedido no ha sido ideado por mí! Esto me ha sorprendido a mí, pero también a los demás. Gracias por el testimonio que representas en mi vida».

¿Qué es lo que resiste cuando somos despojados de cualquier seguridad? ¿Quiénes somos? ¿A quién pertenecemos? ¿Qué es lo que permanece después de que muchos de nuestros proyectos hayan fracasado? ¿Qué queda cuando nuestras pretensiones han quedado anuladas? Queda lo que nos ha sucedido, porque nadie nos lo puede arrebatar, ni siquiera nosotros con nuestras desilusiones, enfados o rebeliones. Queda un hecho que nos ha sucedido.

Pero no es suficiente con que quede. Cada uno debe decidir, o mejor: decide y ya ha decidido. La alternativa es clara: reconocer el Hecho, que permanece en cualquier caso, porque nadie consigue arrancárnoslo, o no reconocer el Hecho, dejando prevalecer nuestra medida, el resentimiento y el escepticismo. En la respuesta que dé cada uno, gritará a todos (empezando por nosotros mismos) qué es lo más querido para nosotros. No es un problema de moralismo, es una cuestión de juicio, de valor y de estima.

En este punto podemos comprender el alcance de la pregunta inicial: «Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?»[14]. Tal vez nos ayude más si la formulamos de otra forma: ¿creemos todavía que Cris-

[14] *Lc* 18,8.

to puede llenar la vida? ¿Esperamos todo – como nos desafía don Giussani – verdaderamente del hecho de Cristo, o en el fondo ya no somos tan «ingenuos» (nos decimos) como al principio, y Cristo es sólo una más entre todas las cosas de nuestra vida, una inspiración para nuestros proyectos? ¿Creemos que Cristo es la respuesta adecuada para nosotros ahora, en las circunstancias que vivimos, con la edad que tenemos? La fe en Cristo, ¿es una fe que tiene que ver con la vida o sólo un elenco de afirmaciones abstractas o de iniciativas que realizar? Porque es verdad lo que dice don Giussani: «Se puede pertenecer hoy al movimiento sin que esto implique una fe real, sin que la vida de las personas y de las comunidades sea puesta en discusión, sin conversión»[15].

Esta frase del Apocalipsis – que siento dirigida a mí mismo, y por eso os la propongo también a vosotros, amigos – me parece que nos afecta a todos: «Tienes perseverancia [por eso estás aquí] y has sufrido por mi nombre y no has desfallecido. Pero tengo contra ti que has abandonado tu amor primero»[16].

¿Dónde está nuestro amor primero?

Un gesto de estas dimensiones no lo podemos "mantener en pie" sin la contribución y el sacrificio de cada uno de nosotros, en la atención a los avisos, al silencio y a las indicaciones que se nos den. Cada una de estas cosas es la modalidad a través de la cual pedimos a Cristo que tenga piedad de nuestra nada, que nos procure esa conversión que nos haga ser verdaderamente nosotros mismos. Todos sabemos cuánta necesidad tenemos de este silencio, que permite que entre hasta la médula cada cosa que se nos diga, y de que nuestro silencio se convierta en grito, en petición a Cristo para que tenga piedad de nosotros.

[15] «Il vero problema di CL è la verità della sua esperienza», op. cit., p. 8.
[16] *Ap* 2,3-4.

# SANTA MISA

*Liturgia de la Santa Misa: Hch 9, 1-20; Sal 116 (117); Jn 6, 52-59.*

**HOMILÍA DE DON STEFANO ALBERTO**

«Entonces Jesús dijo: "En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día"»[17]. Dentro de pocos instantes esta promesa, este juicio de Cristo se convertirá en realidad física. Su presencia resucitada atraviesa los veintiún siglos que nos separan de estas palabras: Cafarnaún, Damasco, Rímini. Ninguna genialidad humana, por grande que sea, puede imaginar una familiaridad, una ternura, una pasión como esta por la vida de cada hombre: «Mi carne es tu comida, Mi sangre es tu bebida para la vida», para la vida-vida, para que tú vivas de Mí, conmigo, para Mí. Cuando Jesús pronunció estas palabras se marcharon todos menos los doce.

Este es el momento que don Giussani describe como el inicio de la fe, cuando, con su temperamento generoso e impetuoso, Pedro le dice: «No entendemos cómo puede ser esto, pero si nos alejamos de Ti, ¿adónde iremos?». Cristo abrazó a aquella gente sencilla, entró en la raíz de su ser no con violencia, sino con ternura, tomando continuamente la iniciativa con ellos, hasta que su corazón estuvo lleno de Él, completamente lleno de Él. Abrazó a Pedro, el rudo pescador; abrazó a Pablo, el refinado intelectual, el fariseo, el perseguidor, transformándole en el gran enamorado de Él. Si abrazó a Pedro, si abrazó a Pablo y luego a una larguísima cadena de personas hasta llegar a don Giussani, ¿por qué no puede abrazarme, atraparme también a mí y a ti ahora, en este gesto que está lleno de ternura y de pasión por la vida de cada uno de nosotros? ¿Por qué resistirnos? ¿Qué tenemos que objetar? ¿Hay algo más sencillo que dejar entrar Su vida en nuestra vida y así hacernos uno en Él?

[17] *Jn* 6, 53-54.

# *Sábado 20 abril, por la mañana*

*A la entrada y a la salida:*
*Franz Schubert, Trío con piano n. 2 en mi bemol mayor, op. 100 D 929*
*Eugene Istomin, piano – Isaac Stern, violín – Leonard Rose, violonchelo*
*"Spirto Gentil" n. 14, Sony Classical*

*Ángelus*

*Laudes*

■ **PRIMERA MEDITACIÓN**
**Julián Carrón**

## *«El ángel del Señor anunció a María»*

El Año de la Fe tiene como finalidad hacernos redescubrir la belleza y la alegría de la fe, que comienza con la irrupción del Misterio en la historia, como recordamos cada mañana: «El ángel del Señor anunció a María». Este es el inicio. En esta primera lección abordaremos el acontecimiento cristiano, esta irrupción del Misterio, para comprender su verdadera naturaleza, dejando para la lección de la tarde el tema de la respuesta del hombre a esta irrupción.

### 1. El cristianismo es un acontecimiento: «Estaba lleno de esa mirada»

«El cristianismo es un acontecimiento»[18]: es una expresión muy familiar para nosotros. Pero todos sabemos perfectamente que no es suficiente con poseer la definición justa para vivir el cristianismo según su naturaleza. ¿Qué quiere decir que el cristianismo es un acontecimiento? ¿Qué contenido de experiencia encierra el cristianismo? Por su naturaleza, el cristianismo se revela como respuesta a una necesidad presente. Y por ello, nos interesará hoy solamente si responde a la necesidad que nos caracteriza como hombres, si responde a esa «fatiga interminable» del «vivir que paraliza»[19].

«Querido Julián, estoy pasando del periodo "heroico" de una guerra fundamental (el terremoto de la enfermedad) a una batalla de todos los

[18] L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2001, p. 132.
[19] C. Pavese, *Dialoghi con Leucò*, op. cit.

días, a la comprensión de que todo se debe jugar y se juega en cada momento. Todos los días (con las náuseas, la debilidad física, los cambios de humor que provoca la medicación analgésica, con las palabras que me faltan cuando hablo) comprendo que necesito una presencia que esté presente ahora, en cada momento, que venza cualquier reducción que pueda hacer aparecer la costumbre». Como este amigo nuestro, todos nosotros necesitamos un acontecimiento ahora, porque la salvación de nuestro "yo" y de la historia es un acontecimiento, no un pensamiento. ¿Y quién lo comprende mejor? Los enfermos, los hombres heridos, los pecadores, los necesitados, es decir, las personas conscientes de su condición humana, aquellos que no pisotean su humanidad, llena de exigencias de plenitud, de cumplimiento.

Los evangelios lo testimonian continuamente. Resulta impresionante ver cómo eran los necesitados los que buscaban a Jesús. El prototipo son los publicanos. Es asombroso – pero nosotros casi no nos damos cuenta, pasa casi inadvertido por su sencillez – leer en el evangelio: «Solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban [dando así razón del motivo por el que los demás se acercaban a Jesús], diciendo: "Ese acoge a los pecadores y come con ellos"»[20]. Esta frase es una generalización de lo que debió ocurrir muchas otras veces. «Al pasar vio Jesús a un hombre llamado Mateo sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: "Sígueme". Él se levantó y lo siguió. Y estando en la casa, sentado a la mesa, muchos publicanos y pecadores, que habían acudido, se sentaban con Jesús y sus discípulos. Los fariseos, al verlo, preguntaron a los discípulos: "¿Cómo es que vuestro maestro come con publicanos y pecadores?". Jesús lo oyó y dijo: "No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos"»[21].

¿Cómo es posible que justamente los que parecían más lejanos, los menos interesados en estar con él, fueran los que más Le buscaban? ¿Qué veían en Él que no encontraban en otro sitio? Sólo con Él conseguían mirarse a sí mismos. Es un ejemplo evidente de que el otro es un bien. La presencia de Jesús se percibía como un bien valioso, estar con Él les hacía bien; y para Jesús aquellas personas eran un bien, hasta el punto de quedarse con ellas a comer. ¡Qué gran consuelo para cada uno de nosotros – si nos identificamos con la sencillez de estos relatos – haber sido alcanzados por una Presencia así (sea cual sea la situación en la que nos encontremos, la dificultad que estemos atravesando, los retos que debamos afrontar)!

[20] *Lc* 15, 1-2.
[21] *Mt* 9, 9-12.

¿Quién puede sentirse excluido? «¡Qué impresión tuvo que experimentar al verse mirado así por alguien absolutamente extraño para él, y sentir cómo captaba hasta lo más profundo de sí mismo!»[22].

Poder estar delante de Él sin tener que olvidar o esconder nada de uno mismo. No porque Jesús fingiese no conocer todas sus equivocaciones o porque las justificase. Esto no les habría dado paz. Entre las personas con las que estaban habitualmente había gente de sobra que justificaba sus equivocaciones. Entonces, ¿por qué Le buscaban? Le buscaban justamente porque con Él no se veían obligados a esconder nada, pues todo era manifiesto ante Su mirada. Otros, en cambio, Le consideraban un ingenuo, alguien incapaz de darse cuenta de cómo estaban verdaderamente las cosas. «Un fariseo le rogaba que fuera a comer con él y, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. En esto, una mujer que había en la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino trayendo un frasco de alabastro lleno de perfume y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con las lágrimas, se los enjugaba con los cabellos de su cabeza, los cubría de besos y se los ungía con el perfume. Al ver esto, el fariseo que lo había invitado se dijo: "Si este fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo está tocando, pues es una pecadora"»[23]. Inmediatamente, para hacerle comprender al fariseo que no era tan ingenuo y que sabía perfectamente quién era aquella mujer, Jesús cuenta la parábola de los dos deudores: «"Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de ellos le mostrará más amor?". Respondió Simón y dijo: "Supongo que aquel a quien le perdonó más". Y él le dijo: "Has juzgado rectamente". Y, volviéndose a la mujer, dijo a Simón: "¿Ves a esta mujer? He entrado en tu casa y no me has dado agua para los pies; ella, en cambio, me ha regado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me diste el beso de paz; ella, en cambio, desde que entré, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con ungüento; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo: sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho, pero al que poco se le perdona, ama poco"»[24].

Todos los que se acercaban a Él, como la mujer de Samaria, sabían bien que nada le estaba escondido a ese Profeta: «Me ha dicho todo lo que he

[22] L. Giussani – S. Alberto – Javier Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, p. 19.
[23] *Lc* 7, 36-39.
[24] *Lc* 7, 41-47.

hecho»[25]. Hasta su sed de felicidad Le resultaba evidente. Por tanto, ninguna equivocación, ninguna enfermedad, ningún dolor, ninguna situación, ningún drama, ninguna circunstancia podía impedir que sucediera algo absolutamente imprevisible, como nos testimonia el relato tan familiar de Zaqueo, el jefe de los recaudadores de Jericó.

Prestemos atención a la forma en que don Giussani nos invita a mirar, para poder comprender. ¡Cuánto nos perdemos por no tener nunca tiempo de mirar como nos enseña don Giussani! ¡Qué ganancia tan grande sería para nuestra vida, para la forma en que nos miramos a nosotros mismos, si nos comportáramos como don Giussani, si tratáramos de identificarnos con Cristo para que nuestra vida esté llena de esa mirada, de la mirada que Cristo dirigió a Zaqueo!

Así relata don Giussani el episodio de Zaqueo: «Era el jefe de la oficina de recaudación, el capo de la mafia de Jericó y de sus arrabales, el jefe de los recaudadores, que eran considerados enemigos del pueblo y pecadores públicos, de los que había que alejarse por lo menos diez metros para no contaminarse, un hombre que se había vendido a los romanos. Oyó decir que Jesús estaba en el pueblo, porque todos hablaban de ello en los alrededores. Pasó delante de la multitud y se subió a un sicomoro porque era muy bajo de estatura y quería verle mejor, mirarle a los ojos. La multitud se acerca, Jesús está hablando, pasa, está ahí abajo, se detiene, alza la cabeza y dice: "Zaqueo, baja, que voy a tu casa". Y Zaqueo: "Voy". Imaginad a ese hombre que sin decir palabra baja a toda prisa del árbol y corre hacia su casa. Pensad en el silencio que le embarga, con el oído y el corazón llenos de la palabra que había escuchado, llenos de su nombre: ¡por fin alguien había pronunciado su nombre! Podemos imaginarnos fácilmente cómo resonaría después esa llamada en todo lo que hiciera, incluso cuando estaba callado, cuando trabajaba en silencio. Para Zaqueo ese encuentro fue un auténtico milagro, algo que transformó radicalmente su vida. Zaqueo no tuvo miedo de perder nada; cuando escuchó decir: "Zaqueo, voy a tu casa", perdió importancia todo lo que tenía ante los ojos y se llenó todo de aquel nombre».

La invitación de Giussani es clara: «Debemos identificarnos con las personas de las que habla el evangelio. Pero no las comprendemos y no conseguimos identificarnos con lo que eran si no nos identificamos con Cristo, que dice: "Zaqueo". Cuando resuena la palabra "Zaqueo", entonces comprendemos a Zaqueo. Cuando Cristo dice: "Zaqueo, baja que voy a tu casa", en ese momento, comprendemos quién era Zaqueo. Pensad lo

[25] *Jn* 4, 39.

que sentiría Zaqueo, cómo mediría de golpe todos los errores cometidos sin siquiera pensar en ellos, cómo sentiría quién era él y quién el que le llamaba. Es justamente identificándonos con Cristo como vemos quién era Zaqueo»[26]. En otro lugar, don Giussani observa: «Lo que desbarata todo, lo que transfigura la vida es esta cercanía, esta presencia – presencia no de alguien que mira para otro lado, sino que te mira a ti –. Zaqueo no dijo mientras iba hacia su casa: "Ahora este me dirá que he robado cien de aquí, treinta y cuatro de allí, ahora…". Le embargaba esa mirada, se fue a su casa a preparar la comida para aquel hombre, para ese que le había mirado; y después, como consecuencia, piensa: "Ahora devuelvo todo lo que he robado". Pero es una consecuencia que duraría toda la vida, porque no es automático. Cada uno de nosotros sabe muy bien con qué ímpetu se da, y también cómo después se retira; es la lucha de la vida. Pero lo que permite que la vida se transfigure se ha convertido en un hecho. Mateo estaba transfigurado; la mujer, ese grupito de mujeres estaban transfiguradas. Tratad de imaginar lo que dirían los maridos y los hijos de aquellas mujeres: "Pero, ¿estáis locas?". Eran otra cosa, Zaqueo era otra cosa, su vida se había transfigurado; ellas comprendían que querían más a sus maridos y a sus hijos, y Zaqueo era consciente de que era más rico que antes, de que se había transfigurado porque estaba cerca de aquel hombre. Es lo contrario de lo que pasa en el episodio del joven rico, uno al que Cristo le dice: "Ven conmigo", es decir, "quiero estar cerca de ti". Y el evangelio dice: "Y se marchó triste", el joven rico, triste. O transfigurados o tristes; porque no se puede permanecer en la misma situación una vez que Cristo nos ha llamado, nos ha dado una vocación, una vez que Cristo se ha acercado a nuestra vida, ha pedido que demos testimonio de Él en el mundo con nuestra vida. Ya no se puede ser como antes: o se está más triste, uno se entristece cada vez más – aunque parezca que vuelve a respirar porque vuelve a hacer lo que le apetece, se hace humanamente más mezquino, da lástima –, o uno se transfigura»[27].

El cristianismo es un acontecimiento: esto significa – en la experiencia – el predominio de una presencia; no una presencia cualquiera, sino esa Presencia capaz de responder a la necesidad de la vida: «Para hacerse reconocer Dios entró en la vida del hombre como un hombre, en forma humana, de modo tal que el pensamiento y la capacidad imaginativa y afectiva

[26] Asamblea con un grupo de jóvenes que comenzaron el camino vocacional en la Asociación eclesial *Memores Domini*, 26 junio 1993, *pro manuscripto*.

[27] Apuntes de una lección en los Ejercicios de los novicios de los *Memores Domini*, agosto 1982.

del hombre se vieron como "bloqueados", imantados por Él»[28]. ¿Por qué se vieron imantados por Él, por Su presencia? Porque era la única capaz de responder a las necesidades de la vida, a la exigencia de cumplimiento. El cristianismo como acontecimiento es la prevalencia de la Presencia, sin la cual la vida sería oscura, triste, carecería de un interés verdadero. No se puede vivir sin ella. Este es el auténtico motivo de que la busquemos continuamente. No ante todo para ser "buenos", sino para vivir, para poder estar delante de nosotros mismos, para poder tener un afecto verdadero por nuestra persona.

«Tu gracia vale más que la vida»[29]. ¿Cuál es esta «gracia» que vale más que la vida? Para nosotros la gracia tiene un nombre: Jesús. La gracia es Su persona.

¿Por qué consigue prevalecer tan poderosamente esta Presencia, incluso frente a los problemas de la vida ante los que nos bloqueamos muchas veces? ¿Cómo es posible que se imponga con ese poder sencillo, sin que podamos hacer nada para evitarlo? ¿Cómo es posible que ni siquiera nuestro mal, nuestra incoherencia (¡y la de los publicanos era muy grande!) consigan impedir que se imponga en la vida? Por la correspondencia que encuentra – que realiza – en el corazón del hombre. Que puede estar distraído, todo lo reducido que se quiera, pero nada puede impedir, al menos por un instante, que se imponga esa Presencia. El primer instante no es controlable por el hombre. Nadie puede impedir verse tocado por una presencia, sea cual sea la situación en la que se encuentre. Nadie puede controlar la realidad hasta el punto de impedir la sorpresa de un acontecimiento. Es tan imprevisto que nos sorprende sin defensas, al menos por un instante.

Pero entonces, ¿qué tiene que ver la necesidad con esto? ¿Por qué dice Jesús que ha venido para los enfermos? Porque sólo los que tienen una herida están habitualmente abiertos a un imprevisto. Sin necesidad, sin herida, cerramos enseguida cualquier posibilidad a este imprevisto, tratamos de organizar las cosas. La necesidad es condición necesaria no para que se produzca el acontecimiento, pero sí para reconocerlo. Un acontecimiento irrumpe, sucede de forma irreductible, aquí y ahora, no es consecuencia de antecedente alguno. La necesidad nos permite ver el acontecimiento, darnos cuenta de él. Como ha dicho el papa Francisco en su encuentro con los cardenales: «La verdad cristiana es atrayente y persuasiva porque responde a la necesidad profunda de la existencia humana, al anunciar de

[28] L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas*…, op. cit., p. 31.
[29] *Sal* 63 (62), 4.

manera convincente que Cristo es el único Salvador de todo el hombre y de todos los hombres. Este anuncio sigue siendo válido hoy, como lo fue en los comienzos del cristianismo, cuando se produjo la primera gran expansión misionera del Evangelio»[30].

Quien se deja tocar por esa Presencia no puede evitar percibirla como un bien que no hay que perder. Corresponde de tal manera a la espera que ninguna otra cosa es capaz de ofrecer una satisfacción tan impresionante. Por ello, el hombre – incluso el más miserable – experimenta con Él una satisfacción tan grande que se siente liberado. Esta correspondencia grita, más que cualquier fórmula en la que queramos encasillar su experiencia, el valor de tal Presencia: Su excepcionalidad, Su divinidad.

Se puede distinguir si prevalece en nosotros la presencia de esa mirada, si ella moldea nuestra vida, por el modo con el que entramos en relación con todo. «Su relación con Dios – don Giussani está hablando del paralítico curado por Jesús –, la forma en la que rezó esa tarde, el modo en el que luego, todos los días, acudía al templo, el sentimiento de la vida que tenía cuando veía atardecer, o cuando veía salir el sol, y cuando iba a trabajar cada mañana con el ánimo agradecido y con el alma llena de un temor misterioso, de temor y temblor hacia el misterio de Dios que había llegado hasta él con ese hombre que le había curado. En fin, su sentimiento hacia Jesús, el modo en que afirmaba que Jesús era el Mesías – y se lo comunicó también a otros, porque luego se sumó a sus filas, se convirtió en un discípulo suyo –, el modo en el que se movía, el modo en el que pensaba en su pasado (con toda la marea en la que se había hundido: las bajezas, las cobardías, las blasfemias), la forma en la que había tratado a sus familiares y la forma en que los trataba ahora, todo ello partía de una conciencia nueva de sí mismo, de un sentido de su persona cuya fisonomía se plasmaba, nacía, del recuerdo de cómo Jesús lo había aferrado, de cómo Jesús lo había modelado, de cómo Jesús lo había tratado, de cómo había conocido a Jesús»[31].

Esta presencia irreductible genera una novedad tan grande que permite mirarlo todo bajo una luz distinta, menos confusa, más verdadera. Esta experiencia de novedad en la relación con todo nos introduce en el verdadero conocimiento de Cristo. Permite captar Su valor para la vida. Nos permite conocer a Jesús, no como una definición abstracta, sino como una experiencia. Es ahí donde el hombre puede comprender el valor de esa presencia. Se reconoce quién ha descubierto a Cristo por el juicio de estima que se genera en él.

---

[30] Francisco, *Audiencia con los Cardenales*, 15 marzo 2013.

[31] L. Giussani, *De un temperamento, un método*, Encuentro, Madrid 2008, p. 11.

Ninguna otra persona lo ha sabido expresar como san Pablo: «Aunque yo también tendría motivos para confiar en la carne. Y si alguno piensa que puede hacerlo, yo mucho más: circuncidado a los ocho días, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo hijo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la Iglesia; en cuanto a la justicia de la ley, irreprochable. Sin embargo, todo eso que para mí era ganancia, lo consideré pérdida a causa de Cristo»[32].

Jesús era bien consciente de lo que estaba trayendo al mundo: «El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra, lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo»[33]. ¿Cuál es el valor de esa Presencia que implica que uno hace el negocio de su vida cuando la prefiere a cualquier otra cosa?

Esto es lo que nos testimoniaban los discípulos. El atractivo de aquella Presencia era tan grande que dejaron todo para seguirla. ¿Cómo es posible esto? Su presencia aferraba de tal modo su vida – respondía a su hambre y a su sed de significado y de afecto de tal forma – que Él bastaba. La satisfacción que procuraba era tan imponente que el seguimiento constituía la única posibilidad de no perderla. La moralidad tenía el mismo origen que el asombro: Su presencia. De hecho, la moralidad surge de la Presencia, no de un esfuerzo voluntarista. El moralismo no tiene el mismo origen que el seguimiento (que es siempre el asombro ante una presencia).

Es la misma Presencia con la que se encontraron los publicanos. Se entiende perfectamente por qué Le buscaban continuamente, por qué Le seguían: no por un moralismo, sino por esa simpatía profunda que Su persona despertaba en ellos. Estaban atraídos por Él. Querían estar con Él. Igual que Pablo, el fariseo, o que Pedro, el pescador. «Este encuentro es lo que continuamente polariza nuestra vida, es lo que da significado y síntesis a nuestra existencia. Fuera de él no hay ninguna otra fuente de novedad en la vida. Por medio de él toca nuestra vida el acontecimiento del Misterio presente y hace que participe de un flujo continuo de novedad»[34].

Puede entenderse por qué quien se encuentra con Él ya no puede prescindir de Él, como escribe Dostoievski: «No sé cómo les pasa a los demás, pero yo no puedo hacer como todos. Cada uno piensa, y enseguida piensa en otra cosa. Yo no puedo pensar en otra cosa. Pienso toda la vida en lo que me ha sucedido»[35]. Palabras del mismo tenor son las escritas por

---

[32] *Flp* 3, 4-8.

[33] *Mt* 13, 44.

[34] L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas*…, op. cit., p. 32.

[35] F.M. Dostoevskij, *I demoni*, vol. I, Garzanti, Milano 1990, p. 121 (edic. española: *Los demonios*, Alianza, Madrid 2000).

Möhler, muy familiares para nosotros: «Creo que ya no podría vivir si no Le escuchase hablar»[36].

La forma con la que don Giussani nos ha enseñado a mirar a Juan y a Andrés permanecerá para siempre como el criterio para verificar si el cristianismo nos está sucediendo ahora, si es el predominio de una presencia o se ha reducido ya a categoría, a definición abstracta. Si no es así, decimos que el cristianismo es un acontecimiento, pero lo decimos como el que expone una definición, no como algo que está sucediendo ahora.

«El cristianismo es un "acontecimiento": algo que antes no existía y que en un momento dado surgió. No es que Andrés y Juan dijeran: "Lo que nos ha sucedido es un acontecimiento". Evidentemente no era necesario que explicaran ya entonces con una definición lo que les estaba sucediendo: ¡simplemente les estaba sucediendo! El cristianismo es un acontecimiento. No existe otra palabra para indicar su naturaleza: ni la palabra ley, ni la palabra ideología, concepción o proyecto. El cristianismo no es una doctrina religiosa, una lista de leyes morales, un conjunto de ritos. El cristianismo es un hecho, un acontecimiento: todo el resto es consecuencia»[37].

Los discípulos podían reconocer a Jesús al mirarle hablar, al sentirse mirados, al sentirse abrazados de un cierto modo en lo profundo de su ser. Ellos percibieron que Su presencia conseguía predominar sobre todo lo demás porque se habían visto conquistados enseguida, aferrados, porque habían reconocido a aquel hombre en Su valor único, incomparable, divino, y porque había sido fácil darse cuenta de ello. Cuando prevalece en nosotros la atención a las consecuencias, ¡quiere decir entonces que ya nos hemos alejado del hecho!

«Dios se ha convertido en un acontecimiento dentro de nuestra existencia cotidiana, a fin de que nuestro yo reconozca con claridad sus propios factores originales y alcance su destino, esto es, se salve. Así fue para María y José. Así fue para Juan y Andrés, que se fueron tras Jesús por la señal que hizo Juan Bautista. Dios entraba en su vida como un acontecimiento. Tanto si lo mantuvieron siempre presente como si lo olvidaron a ratos, especialmente durante los primeros días o meses, toda su vida dependió a partir de entonces de aquel acontecimiento: porque de un acontecimiento, en la medida en que sea importante, no se puede volver atrás. Esto es lo que les ocurrió a ellos. Y así nos ocurre también a nosotros: sólo un acontecimiento

---

[36] Möhler, *L'unità nella Chiesa, cioè il principio del cattolicesimo nello spirito dei Padri della Chiesa dei primi tre secoli*, Città Nuova Editrice, Roma 1969, p. 71 (edic. española: *La unidad en la Iglesia*, Eunate, Pamplona 1996).

[37] L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas*…, op. cit., p. 21.

puede marcar un comienzo y un camino. En efecto, el acontecimiento puede indicar un *método* de vida. En todo caso, se trata de una experiencia que hay que hacer. Porque el camino requiere el compromiso del hombre tocado por el acontecimiento, hasta llegar a captar el verdadero significado de lo que ha comenzado a entrever: es un camino de la mirada»[38].

Dice Nicolás Cabasilas: «Conocer por experiencia […] quiere decir alcanzar la cosa misma: aquí por tanto la forma se imprime en el alma y suscita el deseo como un vestigio proporcionado a su belleza»[39]. La belleza de esa Presencia, impresa en el alma, suscita el deseo. Por eso marca un inicio, un camino.

Si bien es verdad que ante un acontecimiento dado no se puede volver atrás, del mismo modo es verdad que podemos secundar este deseo o no. De seguir la curiosidad, de comprometerse con ella, depende que ese acontecimiento marque un inicio y un camino o que se bloquee el camino de la mirada.

Y aquí comienza el verdadero drama, porque muchas veces lo que sucede ante nuestros ojos no es sino el acontecimiento de Cristo presente. Y esto se percibe en el modo distinto con el que vivimos las cosas de todos, como nos contamos muchas veces. Puede ser el modo de vivir la fiesta de una boda o de celebrar un funeral, hasta el punto de que los demás nos miran asombrados por esta diferencia: «Si es así, casi es bonito morirse», dijo una persona en el funeral de un amigo nuestro. Pero si nos quedamos parados, si bloqueamos el deseo que suscita esta diferencia, nos convertimos en esclavos del resultado, y terminamos enfadándonos ante el primer contratiempo. Por eso a don Giussani le interesa – mostrando una caridad infinita – que lleguemos a ser conscientes de que no nos basta quedarnos en el impacto sentimental, sin secundar el atractivo poderoso de la belleza que tenemos ante nosotros.

Siempre me ha impresionado mucho el siguiente episodio, porque expresa verdaderamente cuál es el problema ante el que muchas veces nos bloqueamos. Después de una canción bonita, cantada con esmero, en un clima humano envidiable, único, en una casa del Grupo adulto, Giussani se detiene un instante y dice: «Es muy hermosa esta canción, por su música, por cómo la habéis cantado, por el sentimiento humano que refleja de amistad, de fraternidad, de compañía en una aventura. No obstante, si las cosas se pudiesen enumerar como las he enumerado yo ahora y basta [todo precioso, pero "basta", nos quedamos aquí], y se diese por descontada

[38] L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas*…, op. cit., pp. 23-24.
[39] Cf. N. Cabasilas, *La vida en Cristo,* Rialp, Madrid, 1999.

otra cosa – que se acepta y se reconoce (¡entendámonos!), pero que se da por descontada –, y no pronunciáramos Su nombre con énfasis en nuestro diálogo, con ganas de decirlo en voz alta, con el deseo de escucharlo; si Él no cobrase ante nuestros ojos una personalidad hasta cierto punto autónoma, si no tuviese un rostro en última instancia singular, de rasgos inconfundibles incluso respecto a los que Él mismo ha generado como signo de sí»[40], todo esto no bastaría: no bastaría para nuestra espera de felicidad, no bastaría para nuestra sed de destino, como no bastaría tampoco un trabajo excepcional o tener éxito en la vida. ¡No bastaría!

Y por eso insiste, amigos: «Estemos atentos, que la presencia de Jesús entre nosotros puede ser el origen de todo el mundo de humanidad, lleno de gozo y de amistad, de razones formalmente indiscutibles y de ayuda formal, pero también materialmente concreta […], y sin embargo, Jesús [esta Presencia] podría quedar reducido al "retrato de una hermosa mujer esculpido en el monumento sepulcral de la misma"»[41]. Decidme si no entran ganas de llorar cuando se piensa que Cristo puede ser reducido al retrato de una hermosa mujer esculpido en el monumento sepulcral de la misma…

No podemos permitir que Cristo «¡quede dilapidado o desdibujado detrás de la presencia hermosa y alegre de la compañía de unos rostros en los que debería insinuarse, asomarse, pues son signo de Él!». Esta reducción se evita sólo «cuando le decimos "Tú" realmente, con toda la conciencia de nuestro yo: cuanto mayor sea la conciencia que tengamos de nosotros mismos, más potente, grande, verdadera, sencilla y pura será la devoción hacia Él […]. La presencia de Cristo en el mundo es el milagro de nuestra compañía. Pero esta es la punta del iceberg de un signo que "se abisma allá donde está lo más verdadero"; o, mejor, es la punta de un signo que en todo lo demás naufraga en el significado corriente, en la apariencia natural común y corriente. Por ello, cuanto más intensamente queremos, cuanto más amamos con preferencia – en fin, cuando querer es decir "yo" con un ímpetu que los demás desconocen, o decir "tú" con un ímpetu que los demás desconocen –, no se trata de amortiguar el peso de nuestra amistad, de difuminar la eficacia repleta de ojos, de labios y de rostros, de palabras, de canto, de corazón, que tiene una compañía hermosa como ésta, sino que, de todo eso que he nombrado y que forma parte de nuestra compañía, nace una especie de tensión exasperada por gritar tu nombre, oh Cristo: "Gracias porque Te has hecho ver y Te has sentado aquí"»[42].

---

[40] Cf. L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, p. 166.
[41] *Ibídem*, p. 169.
[42] *Ibídem*, pp. 170-171.

Por tanto, si no existe esta tensión exasperada por gritar Tu nombre, Cristo, ¡nada nos basta!

La cuestión de un compromiso total con la realidad – del que hemos hablado recientemente – es una cuestión de estima, como decía un amigo durante una asamblea: «Uno no se compromete totalmente con la realidad porque no estima hasta el fondo lo que ha encontrado. De hecho, uno estima siempre algo que para él tiene un valor absoluto, estima una cosa sobre las demás. Pues bien, es como si para nosotros la estima hacia Jesús fuese una de tantas cosas y no "la" estima: yo no te estimo hasta el fondo, Cristo, y por eso mi compromiso con la realidad es parcial. Lo veo en mí y en la gente: si tienes esta estima total por Jesús, entonces afrontas la realidad, buscas el significado. Jesús es todo».

Entonces nuestra esperanza es que este Acontecimiento siga sucediendo y nos atraiga de tal modo que despierte en nosotros el deseo de comprometernos, para que podamos darnos cuenta de Él cuando sucede. De hecho, si no percibimos Su presencia, inevitablemente se desplaza el centro afectivo, aunque no nos demos cuenta de ello. De Su presencia puede incluso brotar todo un mundo de humanidad, pero Cristo no prevalece. Lo que está en juego aquí es la fe.

¿Cómo caemos en la cuenta de que Cristo no prevalece? La experiencia nos ofrece todas las "alarmas" necesarias: el trabajo o una compañía bonita no nos bastan. Y sin embargo, no nos damos cuenta de cómo se produce esta reducción, por «una peculiar ofuscación del pensamiento»[43], como dice Benedicto XVI.

Si el método del conocimiento es el Acontecimiento, si caemos en la cuenta de nosotros mismos únicamente a través del Acontecimiento presente, entonces sólo alguien en quien la naturaleza del Acontecimiento no se haya oscurecido puede hacernos conscientes de nuestra confusión, de nuestra reducción. Por eso don Giussani es un regalo para nosotros. Él no sólo ha descrito como nadie el cristianismo como acontecimiento, sino que nos lo ha testimoniado. Que en él sucedía continuamente el Acontecimiento se pone de manifiesto por el hecho de que podía darse cuenta de cada una de las reducciones llevadas a cabo por nosotros. En él estaba sucediendo el Acontecimiento – porque quien ve el desierto no pertenece al desierto –: por eso no se conformaba con nada que fuese menos que Su presencia, como documenta su tensión exasperada por decir Su nombre. ¡Nosotros, mientras, ya la habíamos perdido por el camino!

[43] Benedicto XVI, *Luz del mundo. El Papa, la Iglesia y los signos de los tiempos. Una conversación con Peter Seewald*, Herder, Barcelona, 2010, p. 39.

## 2. «Al principio no fue así»

Para comprender un acontecimiento partimos habitualmente de nuestra experiencia. Sucede algo en un momento del tiempo y del espacio, pero luego se pasa a otra cosa. Lo que nos sucede puede dejar más o menos huella, depende del alcance del acontecimiento, pero enseguida queda atrás. Estamos tan convencidos de que las cosas son así necesariamente que a menudo comentamos: «¡No es posible permanecer tan asombrados como al principio!». Más aún, lo teorizamos.

Pero Giussani desafía esta concepción nuestra diciendo que esta forma de razonar no sirve con relación al acontecimiento cristiano: «En efecto, el cristianismo es "un acontecimiento", es una realidad nueva de vida que ha entrado en el mundo y por tanto, cuando me aferra, es una experiencia de vida nueva, nueva no sólo al principio, sino siempre nueva»[44]. El cristianismo no es lo que queda de un acontecimiento, sino que es siempre un acontecimiento; en caso contrario acreditaría su poca credibilidad. De hecho, algo que no está presente de algún modo, no existe. O está sucediendo ahora o no existe. Llegados a este punto, podemos comprender mejor qué significa la afirmación de que el cristianismo es un acontecimiento.

Dice don Giussani: «El toparse con una presencia humana diferente *se da antes*, no sólo al comienzo, sino también en todos los momentos que siguen a ese comienzo: un año o veinte años después. El fenómeno inicial – el impacto con una presencia humana diferente y el asombro que nace de ello – está destinado a ser *el mismo fenómeno inicial y original de cada momento del desarrollo*. Porque no se produce desarrollo alguno si ese impacto inicial no se repite, es decir, si el acontecimiento no sigue siendo siempre contemporáneo. O se renueva o si no, no se avanza, y se pasa en seguida a teorizar el acontecimiento ocurrido y a caminar a ciegas buscando apoyos que sustituyan lo que está verdaderamente en el origen de la diferencia. El factor original es, permanentemente, el impacto con una realidad humana diferente. Por consiguiente, si no vuelve a suceder y no se renueva lo que aconteció en un principio, no se produce una verdadera continuidad: si uno no vive ahora el impacto con una realidad humana nueva, no entiende lo que le sucedió antes. Sólo si el acontecimiento vuelve a suceder ahora, se ilumina y se ahonda desde una perspectiva más madura en el acontecimiento inicial, estableciéndose de esta manera una continuidad, un desarrollo»[45].

---

[44] *Verso una vita di fede più matura*, a cargo de Comunión y Liberación, *pro manuscripto*, Milán 1976, p. 6.

[45] L. Giussani, «Algo que se da antes», en *Huellas-Litterae communionis*, noviembre 2008.

Con su genialidad, don Giussani tiene una percepción tan consciente de la naturaleza del cristianismo que en este texto no sólo nos recuerda los requisitos permanentes del cristianismo como acontecimiento – la contemporaneidad y la diferencia irreductible –, sino que nos ofrece también los indicios que nos permiten darnos cuenta de cuándo el cristianismo deja de ser experimentado como acontecimiento presente. Se puede reconocer por dos signos.

Primero: se teoriza el acontecimiento que ha sucedido. A falta de la fascinación del acontecimiento, nos contentamos con la teoría, con el discurso, con una categoría abstracta. Y lo repetimos continuamente. Más aún, lo justificamos, como nos recuerda Dostoievski: «Pero el hombre siente tal pasión por los sistemas, por las deducciones abstractas, que está dispuesto a disfrazar la verdad, a cerrar los ojos y a taparse los oídos ante la verdad, sólo por justificar su lógica»[46]. Al haber perdido por el camino el atractivo de la Presencia, en la teorización (reducción a categoría o discurso) domina lo que ya sabemos, lo que hemos establecido nosotros, nuestro esquema, nuestra opinión.

Pero como estamos hechos para el cumplimiento, el vacío que deja la presencia frustrada debe ser llenado. Y por ello – este es el segundo signo – se buscan, dice don Giussani, apoyos sustitutivos que corroboran el desplazamiento afectivo. Cuando los discípulos no son capaces de darse cuenta del alcance de la Presencia que han encontrado, empiezan a buscar el *interés*: «Entonces dijo Pedro a Jesús: "Ya ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; ¿qué nos va a tocar?"»[47]. Pero, ¿acaso no lo es todo Su presencia? Ni siquiera él, Pedro, se da cuenta de ello.

O bien prevalece la búsqueda del éxito: «Los setenta y dos volvieron con alegría, diciendo: "Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre". Él les dijo: "Estaba viendo a Satanás caer del cielo como un rayo. Mirad: os he dado el poder de pisotear serpientes y escorpiones y todo el poder del enemigo, y nada os hará daño alguno. Sin embargo, no estéis alegres porque se os someten los espíritus; estad alegres porque vuestros nombres están inscritos en el cielo"»[48]. A los setenta y dos ya no les basta Su presencia para alegrar la vida. No es que no deban valorar el bien que han hecho, ¡pero este bien no puede empañar la distancia abismal que hay entre los milagros realizados por ellos y el hecho de ser Suyos! Pero

[46] F.M. Dostoevskij, *Memorie del sottosuolo*, Einaudi, Torino 1988, p. 24 (edic. española: *Memorias del subsuelo*, Cátedra, Madrid 2006).
[47] *Mt* 19, 27.
[48] *Lc* 10, 17-20.

esto no se les pasa ni por la antecámara del cerebro, igual que nos sucede a nosotros.

O también se trata de llenar el vacío con el *poder*: «Se le acercaron los hijos de Zebedeo, Santiago y Juan, y le dijeron: "Maestro, queremos que nos hagas lo que te vamos a pedir". Les preguntó: "¿Qué queréis que haga por vosotros?". Contestaron: "Concédenos sentarnos en tu gloria uno a tu derecha y otro a tu izquierda". Jesús replicó: "No sabéis lo que pedís, ¿sois capaces de beber el cáliz que yo he de beber, o de bautizaros con el bautismo con el que yo me voy a bautizar?". Contestaron: "Podemos". Jesús les dijo: "El cáliz que yo voy a beber lo beberéis, y seréis bautizados con el bautismo con que yo me voy a bautizar, pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí concederlo, sino que es para quienes está reservado". Los otros diez, al oír aquello, se indignaron contra Santiago y Juan»[49].

¿Cuáles son nuestros apoyos sustitutivos? No son muy distintos de los de los apóstoles, apenas mencionados. Mirémoslos juntos, tal como nos los ha indicado don Giussani.

*a) Cristianismo reducido a valores*

«La pasada noche, en un encuentro en Milán, comenté que, en estos años, desde hace aproximadamente unos quince años a esta parte, en todos los años de nuestro camino, es como si […] el movimiento hubiese construido sobre los valores que Cristo nos trajo. De este modo, todo el esfuerzo de nuestra acción asociativa, operativa, caritativa, cultural, social, política, ciertamente tenía como objetivo movilizarnos y usar las cosas según […] los valores que Cristo nos ha comunicado. Sin embargo, al comienzo del movimiento no fue así. Como apunté ayer, al principio del movimiento, en los primeros años, no se construyó sobre los valores que Cristo nos trajo, sino que se construyó sobre Cristo, tan ingenuamente como queráis, pero lo que movía el corazón, el móvil persuasivo era el hecho de Cristo y, por consiguiente, el hecho de su cuerpo en el mundo, de la Iglesia. Al principio se construía, se intentaba construir sobre algo que estaba sucediendo, no sobre los valores recibidos y, por tanto, sobre nuestra inevitable interpretación de ellos; se intentaba construir sobre algo que estaba sucediendo, y que nos había llenado y arrastrado. Aunque fuera una posición ingenua y exageradamente desproporcionada, era una posición pura. Por eso, por haberla abandonado en cierto sentido, por habernos mantenido en una posición que ha sido ante todo, casi diría, una "traducción cultural" más que el entusiasmo por una Presencia, no conocemos – en el sentido bíblico

[49] *Mc* 10, 35-41.

del término – a Cristo, no conocemos el misterio de Dios, porque no nos es familiar»[50]. Debemos recuperar la pureza original.

¿Qué necesitaba don Giussani para darse cuenta de esta reducción del cristianismo a valores? Necesitaba únicamente vivir el cristianismo como algo que le estaba sucediendo.

Pensemos en la facilidad con la que una persona enamorada se da cuenta de que en otros, la relación con el hombre o la mujer con la que se han casado ha dejado de ser algo que está sucediendo y se ha convertido en algo distinto del entusiasmo por una presencia.

*b) De una presencia que se imponía a una organización a seguir*

«El Movimiento nació de una presencia que se imponía introduciendo en la vida la provocación de una promesa a seguir. Pero luego hemos confiado la continuidad de este inicio a los discursos y a las iniciativas, a las reuniones y a los quehaceres. No lo hemos confiado a nuestra vida, de modo que el inicio ha dejado de ser muy pronto verdad que se ofrece a nuestra persona, y se ha convertido en pretexto para crear una asociación, una realidad sobre la que descargar la responsabilidad del propio trabajo y de la que pretender la solución de las cosas»[51]. No es que se niegue a Cristo, sencillamente Cristo se ha convertido en un «reclamo espiritual», y lo que prevalece es otra cosa: «para muchos de nosotros que la salvación sea Jesucristo y que la liberación de la vida y del hombre, aquí y en el más allá, esté ligada continuamente al encuentro con Él, se ha convertido en un reclamo "espiritual". Lo concreto sería otra cosa: el compromiso sindical, hacer valer ciertos derechos, la organización, y, por tanto, las reuniones, pero no como expresiones de una exigencia de vida, sino más bien como mortificación de la vida, como pesadez y peaje que pagar a una pertenencia que, inexplicablemente, nos encuentra todavía alineados»[52].

Lo dice de forma espléndida el entonces cardenal Bergoglio: «Cuando el fiel se da cuenta de que ha perdido el empuje y el entusiasmo de antaño, tiende a asumir actitudes que no le son propias. […] La pérdida del fervor inicial lleva a algunos […] a refugiarse en lo que podríamos denominar "tareas secundarias". […] La fuga se manifiesta como fuga hacia virtudes "secundarias": algunos se dedican al aspecto social […]. Otros, por el contrario, se concentran en los ritos. En ambos casos esto no es suficiente para afrontar el verdadero desafío»[53].

---

[50] L. Giussani, *La fraternidad de Comunión y Liberación*, Encuentro, Madrid 2007, p. 95.

[51] L. Giussani, *Il rischio educativo. Come creazione di personalità e di storia*, SEI, Torino 1995, p. 63.

[52] *Ibídem*, p. 61.

[53] J.M. Bergoglio – Francesco, *Aprite la mente al vostro cuore*, Rizzoli, Milano 2013, pp. 154-155.

*c) De torbellino a discurso correcto y limpio*

Cuando el cristianismo deja de suceder como el acontecimiento de una Presencia que invade la vida y la hace hervir de nuevo, entonces se termina teorizando el acontecimiento que ha sucedido: «Se trasmite un discurso correcto y limpio, algunas reglas sobre cómo ser cristianos y hombres. Pero sin amor, sin el reconocimiento del misterio vivificante, el individuo se apaga y muere. Nuestra esperanza, la salvación de Cristo, no puede ser algo que hemos leído y sabemos repetir bien. Un discurso más o menos edificante o moralista: a esto se reduce con frecuencia el anuncio. Haría falta hervir... Se sigue sin comunicar la exaltación de la persona, la victoria del Misterio, la gloria de Cristo frente a lo que sucede. Pero esto se produce si se da esta experiencia»[54].

Cristo no es, y no puede ser, algo sobre lo que hemos leído o un discurso que sabemos repetir a la perfección. Ya en 1962 don Giussani advertía a los chicos de GS (por aquel entonces, en el punto álgido de su difusión en Milán) de esta reducción: «Es como si se hubiese fosilizado la experiencia original que nos ha hecho entrar, se ha cristalizado. […] Al comienzo algo actuó por vosotros, en vosotros, sobre vosotros; lo que os ha traído con nosotros es una reacción de sencillez ante este don». Pero después ha ocupado su lugar un formalismo, es decir, «el estancamiento de la novedad»[55]. Han prevalecido el formalismo y el estancamiento.

*d) El acontecimiento se convierte en un fenómeno del pasado*

El cristianismo es hasta tal punto un acontecimiento que, cuando se convierte en un fenómeno del pasado, resulta imposible hacerlo suceder con otro método – nos dice don Giussani – que no sea el del acontecimiento mismo. El cristianismo es acontecimiento, hasta tal punto que debe volver a suceder. Si nos alejamos de él, si se ha producido una distancia (que hace que se convierta en un recuerdo devoto lo que sucedió en el pasado), no somos capaces de hacer que vuelva a suceder con nuestras iniciativas. «Supongamos que hoy se reúnan algunas personas que hayan vivido la experiencia de la que hemos hablado y, puesto que conservan el recuerdo impresionante de un acontecimiento que les afectó en su momento – que les hizo bien e incluso marcó su vida –, quieren recuperarlo, colmando así la distancia que se ha ido abriendo a lo largo de los años. Lo que hace que se sientan todavía amigos es una experiencia pasada, un hecho que aconteció, y que, sin embargo – como decíamos – se ha convertido en el presente en

[54] L. Giussani, *Un caffè in compagnia*, Rizzoli, Milano 2004, pp. 173-175.
[55] *«Scuola incaricati 1962»*, Archivo CL.

un "devoto recuerdo". Pues bien, ¿cómo podrán restablecer la continuidad con el acontecimiento inicial que les impactó? Si dijeran: "Unamos nuestras fuerzas para formar un grupo de catequesis, desarrollar una iniciativa política nueva, apoyar una actividad caritativa, crear una obra, etcétera", ninguna de estas respuestas sería adecuada para colmar esa distancia. Hace falta "algo que se da antes", pues todo lo otro no es más que un instrumento para su desarrollo. Hace falta que vuelva a suceder lo que les sucedió al principio: no "como" sucedió al principio, sino "lo que" sucedió al principio: el impacto con una diferencia humana donde se sigue renovando el mismo acontecimiento que les movió en un principio. Esto les unirá y, al seguir a alguien, se reanudará la relación con lo que sucedió al comienzo. Y todos los factores principales de la experiencia pasada surgirán de nuevo más maduros y claros»[56].

Ningún intento nuestro puede colmar la distancia, ni puede conseguir hacer del recuerdo devoto un acontecimiento presente. Sucede de este modo lo que decía el papa Francisco el Jueves Santo: «De aquí proviene precisamente la insatisfacción de algunos, que terminan tristes, […] convertidos en una especie de coleccionistas de antigüedades»[57].

Empezamos a ver de qué modo, después de partir de la prevalencia de una Presencia que modelaba todos los gestos, que hacía que cada acción fuera expresión de Su imponerse, hemos terminado perdiéndola por el camino. ¿Por qué sucede esto? Porque muchas veces – dice don Giussani – «nuestro compromiso de vida ante problemas sociales, culturales y políticos» es vivido «de forma distorsionante y distorsionada con respecto a una experiencia cristiana viva, auténtica; mientras que el compromiso con los problemas sociales, culturales y políticos debería ser la expresión de esta experiencia apasionada de vida. Es muy fácil, en cambio, que este compromiso genere un clima que deteriora la atención a esa experiencia y se afirma en contraposición a ella, casi marginándola, casi ahogándola. O bien, con frecuencia, quien desea vivir una experiencia de vida cristiana auténtica afirma esta voluntad […] en contradicción con el compromiso con esos problemas. Ambos casos son la doble cara de un mismo error grave»[58]. Activismo o intimismo: ya no domina el Acontecimiento, que se impone y cambia la percepción que tenemos de nosotros mismos, generando una mirada nueva y una pasión nueva por todo.

---

[56] L. Giussani, «Algo que se da antes», op. cit.

[57] Francisco, *Homilía en la Santa Misa Crismal*. 28 marzo 2013.

[58] *Verso una vita di fede più matura*, a cargo de Comunión y Liberación, *pro manuscripto*, Milán 1976, p. 6.

Don Giussani desenmascaró incansablemente la tentación de reducir la naturaleza del cristianismo: «El análisis que quiero realizar del malestar por la situación hacia la que nos precipitamos [esto lo decía en 1976, pero vale también para 2013, nuestro "hoy"] es puramente metodológico y no recriminatorio, es un aspecto del juicio que nos permite volver a empezar»[59]. Siempre estamos expuestos a esta reducción, y por eso don Giussani juzgaba, corregía y reclamaba continuamente, implacablemente, sin tregua.

Todo cuanto hemos descrito nos permite comprender las dimensiones de nuestra necesidad. ¡Estamos verdaderamente necesitados! ¡Qué liberación reconocerlo y poderlo mirar juntos! De este reconocimiento no puede sino brotar una petición, como la que brota de los labios de la Iglesia: «Mira, Dios omnipotente, a la humanidad agotada por su debilidad mortal, y haz que recobre la vida por la pasión de Tu único Hijo»[60].

¿Cómo respondió Cristo a la debilidad de los apóstoles, a su humanidad agotada que les llevaba a la búsqueda de apoyos sustitutivos? No con una estrategia o con un reclamo moralista. No les habría bastado, como no nos bastaría a nosotros. El alcance de la necesidad es tal que sólo Su muerte y Su resurrección podían y pueden sanar de raíz nuestro mal. Sólo podemos recobrar la vida por la Pasión de su Hijo, como dice la liturgia. Pero, al no ser conscientes de nuestro drama, decir esto para nosotros se reduce con frecuencia casi a «devoción». ¿Por qué se ve que es así? Por el modo con el que afrontamos la necesidad, por la presunción y la arrogancia que hay en nosotros. En cambio, lo que de verdad necesitamos, en palabras de san Bernardo, es justamente «que [Cristo] vuelva y me devuelva mi alegría saludable, me devuelva su persona»[61].

## 3. Permanencia del cristianismo como acontecimiento en el presente: Él está aquí

Jesús ha vuelto. Está vivo. Si hay un momento en el que prevalece de nuevo Su presencia viva es la Resurrección. ¡Qué impresión ver a los discípulos asombrados por el imponerse de Su presencia viva e inexorable! Pero vemos también a Jesús luchando con su incapacidad para ver: «Los discípulos no

[59] *Ibídem*, p. 7.
[60] Oración de Laudes del Lunes Santo en la Liturgia de las Horas según el Rito romano.
[61] Cf. San Bernardo de Claraval, *Homilías sobre el Cantar de los Cantares*, LXXIV, II, 7.

sabían que era Jesús»[62]. Al tratar una y otra vez de sacarles de su propia medida, a través de una determinada forma de hablar: «María», o bien a través de un milagro: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis»[63], Jesús quiere que salga a la luz la fe, la certeza de sus discípulos: «Es el Señor»[64]. Podemos empezar siempre de nuevo porque Él está vivo. Es el Viviente. Pero para hacerles recobrar la vida no se conforma con quedarse como una presencia inactiva. Es una presencia que toma la iniciativa para responder a su necesidad. Para responder al desconcierto ante Su muerte, les explica las Escrituras: «"¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?". Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras»[65]. Para responder a la traición de Pedro, le pregunta: «Pedro, ¿me amas?»[66]. Y también: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos»[67]. O bien se les da a conocer en la fracción del pan, en la Eucaristía.

Este será siempre el punto de partida. Sólo Su iniciativa puede hacernos empezar de nuevo: nos lo recordaba Benedicto XVI en la apertura del Sínodo el pasado mes de octubre: «Nosotros no podemos hacer la Iglesia, sólo podemos dar a conocer lo que ha hecho él. La Iglesia no comienza con nuestro "hacer", sino con el "hacer" y el "hablar" de Dios. De este modo, después de algunas asambleas, los Apóstoles no dijeron: ahora queremos crear una Iglesia, y con la forma de una asamblea constituyente habrían elaborado una constitución. No, ellos rezaron y en oración esperaron, porque sabían que sólo Dios mismo puede crear su Iglesia, de la que Dios es el primer agente: si Dios no actúa, nuestras cosas son sólo nuestras cosas y son insuficientes; sólo Dios puede testimoniar que es Él quien habla y quien ha hablado. Pentecostés es la condición del nacimiento de la Iglesia: sólo porque Dios había actuado antes, los Apóstoles pueden obrar con Él y con su presencia, y hacer presente lo que Él hace. Dios ha hablado y este "ha hablado" es el perfecto de la fe, pero también es siempre un presente: lo perfecto de Dios no es sólo un pasado, porque es un pasado verdadero que lleva siempre en sí el presente y el futuro. Dios ha hablado quiere decir: "habla". Y, como en aquel tiempo, sólo con la iniciativa de

---

62 *Jn* 21, 4.
63 *Jn* 21, 6.
64 *Jn* 21, 7.
65 *Lc* 24, 25-27.
66 Cf. *Jn* 21, 15-16.
67 *Jn* 20, 22.-23.

Dios podía nacer la Iglesia, podía ser conocido el Evangelio, el hecho de que Dios ha hablado y habla, así también hoy sólo Dios puede comenzar, nosotros podemos sólo cooperar, pero el inicio debe venir de Dios. Por ello, no es una mera formalidad si comenzamos cada día nuestra Asamblea con la oración: esto responde a la realidad misma. Sólo el preceder de Dios hace posible nuestro caminar, nuestro cooperar, que es siempre un cooperar, no una pura decisión nuestra. Por ello es siempre importante saber que la primera palabra, la iniciativa auténtica, la actividad verdadera viene de Dios y sólo si entramos en esta iniciativa divina, sólo si imploramos esta iniciativa divina, podremos también nosotros llegar a ser – con Él y en Él – evangelizadores»[68].

Sólo quien acepta insertarse en este inicio continuo puede ver cómo renace la vida, cómo recobra vigor nuestra existencia.

¿De qué modo permanece en la historia el cristianismo como acontecimiento presente? A través de aquellos que han sido aferrados por Él, a través de aquellos en los que predomina la conciencia de Su presencia.

Estemos atentos a no reducir la densidad y la riqueza de la compañía de los creyentes a nuestras tentativas, porque resultaría insuficiente para responder a la dimensión de nuestra necesidad: «El acontecimiento de Cristo permanece en la historia a través de la compañía de los creyentes, que es un signo, como una tienda en la que está el *sancta sanctorum*, el Misterio hecho hombre. Este Misterio permanece en la vida de cada hombre y del mundo, personalmente, realmente, a través de la unidad sensiblemente expresada de los cristianos. La compañía de los creyentes es signo eficaz de la salvación de Cristo para los hombres; es el sacramento de la salvación del mundo. De este modo Cristo Resucitado cierra filas con nosotros: esta compañía es realmente la presencia de Cristo. Es la realidad humana de Cristo, el cuerpo de Cristo haciéndose presente, tanto que se Le toca, se Le ve y se Le escucha. El valor de esta compañía es más profundo de lo que se ve, porque lo que se ve es lo que emerge del Misterio de Cristo que se está revelando»[69].

Si para responder a nuestra humanidad extenuada ha tenido que morir y resucitar, la cuestión es: ¿cómo podemos nosotros participar hoy de Su victoria? «Cristo se da a conocer, se vuelve accesible y, para ello, nos da su Espíritu en la Iglesia por medio de la Sagrada Escritura, los Sacramentos y la sucesión apostólica; pero, sobre todo, Su Espíritu nos invade y repercute

---

[68] Benedicto XVI, *Meditación del Santo Padre durante la primera Congregación General de la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos*, 8 octubre 2012.

[69] L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas*…, op. cit., p. 47.

en nosotros mediante la vida entera de la Iglesia. La Iglesia es el universo alcanzado, recreado y poseído por Cristo a través de su Espíritu. Es decir: la Iglesia es la humanidad que la presencia de Cristo ha vuelto verdadera, que ha unificado mediante esa energía re-creadora que es el misterio del Espíritu en Pentecostés. Cristo quedaría irremediablemente lejos de nosotros, y sería, por tanto, víctima de nuestra interpretación, si no estuviera presente en la Iglesia viviente. Si no se ofreciera a nosotros en el Misterio de su Cuerpo que es la Iglesia, Cristo, como método y como contenido, se vería en último análisis reducido al subjetivismo. Porque la Iglesia es el método con el que Cristo se comunica en el espacio y el tiempo, igual que Cristo es el método de comunicarse a los hombres que Dios ha elegido para su salvación. Por medio de la humanidad de la Iglesia, lo divino nos alcanza como "comunicación de la verdad" (Escritura, Tradición, Magisterio), lo que se traduce en ayuda para que el hombre alcance una claridad y seguridad objetivas a la hora de percibir los significados últimos de su existencia, y también como "comunicación de la misma realidad divina" – la Gracia – mediante los Sacramentos»[70].

Nuestra primera actividad entonces es la pasividad de dejarnos implicar en esta iniciativa de Cristo presente en la Iglesia.

La iniciativa de Cristo comenzó con el Bautismo: «El encuentro de Cristo con nuestra vida mediante el cual ha empezado Él a convertirse en un hecho real para nosotros, el impacto de Cristo con nuestra vida a partir del cual Él se ha movido hacia nosotros y ha entablado, como *vir pugnator*, una lucha por "invadir" nuestra existencia, se llama Bautismo»[71]. Él nos renueva, nos hace distintos al insertarnos en Su muerte y resurrección: «Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva. Pues si hemos sido incorporados a él en una muerte como la suya, lo seremos también en una resurrección como la suya»[72].

Este inicio debe ser constantemente alimentado, nutrido, con el fin de que podamos caminar en esta vida nueva: «La comunión con la Carne de Cristo resucitado, "vivificada por el Espíritu Santo y vivificante", conserva, acrecienta y renueva la vida de gracia recibida en el Bautismo. Este crecimiento de la vida cristiana necesita ser alimentado por la comunión

[70] *Ibídem*, pp. 60-61.
[71] *Ibídem*, pp. 65-66.
[72] *Rm* 6, 4-5.

eucarística, pan de nuestra peregrinación»[73]. Si no queremos decaer en la relación con la que Cristo nos ha conquistado, necesitamos ir constantemente como mendigos a recibir los sacramentos: «*La comunión acrecienta nuestra unión con Cristo*. Recibir la Eucaristía en la comunión da como fruto principal la unión íntima con Cristo Jesús. En efecto, el Señor dice: "Quien come mi Carne y bebe mi Sangre habita en mí y yo en él" (*Jn* 6,56). La vida en Cristo encuentra su fundamento en el banquete eucarístico: "Lo mismo que me ha enviado el Padre, que vive, y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí" (*Jn* 6,57)»[74]. Así es como Él nos busca, como nos recuerda san Juan Crisóstomo: «Por ti he sido cubierto de esputos y golpes, me he despojado de mi gloria, he dejado a mi Padre y he venido a ti, tú que me odiabas, que huías de mí y no querías ni siquiera oír mi nombre; te he seguido, he corrido tras tus huellas para tomar posesión de ti; te he unido y ligado a mí, te he estrechado, te he abrazado. "Cómeme", he dicho, "bébeme". Te tengo junto a mí en el cielo y me ligo a ti en esta tierra. No me basta poseer en el cielo tus primicias, esto no sacia mi amor. He descendido nuevamente a la tierra no sólo para mezclarme entre tu gente, sino para abrazarte justamente a ti»[75].

Esta es la única fuente continua de una comunión real entre nosotros. Sólo la comunión eucarística puede transformarnos hasta generar un solo cuerpo, modelando todas nuestras relaciones con Su presencia.

Nuestra comunión con Cristo y con los hermanos necesita ser reconstruida continuamente por la misericordia, es decir, por la presencia de Cristo que se dirige a nosotros, como a Pedro después de la traición. Esta iniciativa llena de misericordia hacia nosotros es lo único que nos reconstruye en la relación con Cristo, con los hermanos y con nosotros mismos. Sin misericordia no hay camino, no hay comunión. Por eso, «Cristo instituyó el sacramento de la Penitencia en favor de todos los miembros pecadores de su Iglesia, ante todo para los que, después del Bautismo, hayan caído en el pecado grave y así hayan perdido la gracia bautismal y lesionado la comunión eclesial»[76].

«La *conversión* a Cristo, el nuevo nacimiento por el Bautismo, el don del Espíritu Santo, el Cuerpo y la Sangre de Cristo recibidos como alimento nos han hecho "santos e inmaculados ante Él" (*Ef* 1,4), como la Iglesia misma, esposa de Cristo, es "santa e inmaculada ante Él" (*Ef* 5,27). Sin

---

[73] *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1392.
[74] *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1391.
[75] Cf. San Juan Crisóstomo, *Comentario a la primera Carta a Timoteo,* Homilía XV.
[76] *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1446.

embargo, la vida nueva recibida en la iniciación cristiana no suprimió la fragilidad y la debilidad de la naturaleza humana, ni la inclinación al pecado que la tradición llama *concupiscencia*, y que permanece en los bautizados a fin de que sirva de prueba en ellos en el combate de la vida cristiana ayudados por la gracia de Dios. Esta lucha es la de la *conversión* con miras a la santidad y la vida eterna a la que el Señor no cesa de llamarnos»[77].

Sólo si aceptamos participar, acoger estos gestos de Cristo – a través de los cuales Él nos atrae hacia sí, nos hace un solo cuerpo, nos renueva con el sacramento de la penitencia, nos alimenta con Su Cuerpo y con Su Sangre –, podremos empezar de nuevo: «Cristo – dijo el papa Francisco el Lunes de Pascua – ha vencido el mal de modo pleno y definitivo, pero nos corresponde a nosotros, a los hombres de cada época, acoger esta victoria en nuestra vida y en las realidades concretas de la historia y de la sociedad. Por ello me parece importante poner de relieve lo que hoy pedimos a Dios en la liturgia: "Señor Dios, que por medio del bautismo haces crecer a tu Iglesia, dándole siempre nuevos hijos, concede a cuantos han renacido en la fuente bautismal vivir siempre de acuerdo con la fe que profesaron" […]. Es verdad. Sí; el Bautismo que nos hace hijos de Dios, la Eucaristía que nos une a Cristo, tienen que llegar a ser vida, es decir, traducirse en actitudes, comportamientos, gestos, opciones. La gracia contenida en los Sacramentos pascuales es un potencial de renovación enorme para la existencia personal, para la vida de las familias, para las relaciones sociales. Pero todo esto pasa a través del corazón humano: si yo me dejo alcanzar por la gracia de Cristo resucitado, si le permito cambiarme en ese aspecto mío que no es bueno, que puede hacerme mal a mí y a los demás, permito que la victoria de Cristo se afirme en mi vida, que se ensanche su acción benéfica. ¡Este es el poder de la gracia! Sin la gracia no podemos hacer nada. ¡Sin la gracia no podemos hacer nada! Y con la gracia del Bautismo y de la Comunión eucarística puedo llegar a ser instrumento de la misericordia de Dios, de la bella misericordia de Dios. Expresar en la vida el sacramento que hemos recibido: he aquí, queridos hermanos y hermanas, nuestro compromiso cotidiano, pero diría también nuestra alegría cotidiana. La alegría de sentirse instrumentos de la gracia de Cristo, como sarmientos de la vid que es Él mismo, animados por la savia de su Espíritu»[78].

Su capacidad de transformar la vida y de hacernos partícipes de esta gracia se expresa no sólo en los sacramentos, sino también a través de los carismas: «El mismo Espíritu Santo no sólo santifica y dirige el Pueblo de

[77] *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1426.
[78] Francisco, *Regina Coeli*, Lunes de Pascua, 1 abril 2013.

Dios mediante los sacramentos y los misterios y le adorna con virtudes, sino que también distribuye gracias especiales entre los fieles de cualquier condición, distribuyendo a cada uno según quiere (*1 Cor* 12,11) sus dones, con los que les hace aptos y prontos para ejercer las diversas obras y deberes que sean útiles para la renovación y la mayor edificación de la Iglesia»[79].

El 30 de mayo de 1998, Juan Pablo II nos dijo en la plaza de San Pedro: «Los verdaderos carismas no pueden menos de tender al encuentro con Cristo en los sacramentos. Las realidades eclesiales a las que os habéis adherido os han ayudado a redescubrir vuestra vocación bautismal, a valorar los dones del Espíritu recibidos en la confirmación, a confiar en la misericordia de Dios en el sacramento de la reconciliación y a reconocer en la Eucaristía la fuente y el culmen de toda la vida cristiana»[80].

Esta es la contribución histórica que nos ha ofrecido don Giussani a nosotros y a toda la Iglesia: «El carisma representa precisamente la modalidad de tiempo y espacio, carácter y temperamento, psicológica, afectiva e intelectual, con la que el Señor acontece para mí e, igualmente, también para otros»[81]. Por tanto, el carisma es factor de pertenencia a Cristo y a Su verdad: «La cuestión del carisma es decisiva porque es el factor que facilita existencialmente la pertenencia a Cristo, es una evidencia de la presencia actual del Acontecimiento, porque nos mueve. En este sentido el carisma introduce a la totalidad del dogma, ya que el carisma es la modalidad con la que el Espíritu de Cristo hace que percibamos su Presencia excepcional, el modo en que nos da el poder de adherirnos a ella con afecto y sencillez; es viviendo el carisma como se ilumina el contenido objetivo del dogma»[82].

No debemos olvidar, sin embargo, que el carisma, su vitalidad hoy, nacen constantemente sólo de la gracia sacramental. Es la gracia sacramental la que hace surgir y mantiene vivo el cuerpo eclesial, como dijo Juan Pablo II en un discurso memorable para nosotros: «La formación del cuerpo eclesial como Institución, su fuerza persuasiva y su energía agregadora, tienen su raíz en el dinamismo de la gracia sacramental. Pero encuentra su forma expresiva, su modalidad operativa, su concreta incidencia histórica por medio de los diversos carismas que caracterizan un temperamento y una historia personal. […] Cuando un movimiento es reconocido por la Iglesia, se convierte en un instrumento privilegiado para una personal y

[79] *Lumen Gentium*, 12. Constitución dogmática, 21 noviembre 1964.

[80] Juan Pablo II, *Discurso a los Movimientos eclesiales y a las nuevas comunidades*, 30 mayo 1998.

[81] L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas*…, op. cit., p. 102.

[82] *Ibídem*, p. 104.

siempre nueva adhesión al misterio de Cristo. No permitáis jamás que en vuestra participación se albergue la carcoma de la costumbre, de la "rutina", de la vejez. Renovad continuamente el descubrimiento del carisma que os ha fascinado y él os llevará más poderosamente a haceros servidores de esta única potestad que es Cristo Señor»[83].

Sólo si nos dejamos alcanzar por la potencia de Cristo resucitado, que sale a nuestro encuentro constantemente a través de los sacramentos y del carisma, podremos experimentar que el vivir cotidiano que «paraliza» se vuelve vivible: «El milagro es la realidad humana vivida cotidianamente, sin énfasis excepcionales, sin necesidad de excepciones, sin una particular fortuna, es la realidad del comer, del beber, del velar y del dormir revestida de la conciencia de una Presencia que tiene sus terminales en manos que se tocan, en rostros que se ven, en un perdón que se da, en dinero que se reparte, en una fatiga que se afronta, en un trabajo que se acepta»[84].

«La presencia de Cristo en la normalidad de la vida implica cada vez más el latir del corazón: la conmoción por Su presencia se hace conmoción en la vida cotidiana e ilumina y vuelve cada vez más tierno, bello y dulce el tenor de la vida diaria. Ya nada te resulta inútil o extraño, porque no hay nada sin relación con tu destino y, por ello, no hay nada a lo que no puedas amar. […], con las consecuencias magníficas que todo esto implica: respeto por lo que haces, precisión y lealtad con tu obra concreta, tenacidad en perseguir su finalidad. Llegas a ser incansable […]. El cansancio, ya no es sombrío, es asumido, por decirlo de alguna manera, incluso como cansancio, se convierte en un cansancio puramente fisiológico»[85].

Es la verificación en la vida cotidiana de la presencia victoriosa de Cristo lo que nos permitirá apegarnos cada vez más a Él, hasta poder decir con Ada Negri: «Todo / has sido para mí y lo eres»[86]. De muchas personas uno podría tal vez decir: «Has sido todo para mí». Pero decir de alguien no sólo: «Has sido», en el pasado, en el encuentro inicial, sino: «Eres» ahora, en el presente, ¡esto es otra cosa!

Sólo si nos implicamos en Su victoria podremos decir con verdad: «Cristo, todo has sido para mí y lo eres».

---

[83] Juan Pablo II, *Discurso a los sacerdotes de Comunión y Liberación*, 2-3. 12 septiembre 1985.
[84] L. Giussani, *Un evento reale nella vita dell'uomo (1990-1991)*, Bur, Milano 2013, p. 269.
[85] *Ibídem*, pp. 103-104.
[86] A. Negri,«Atto d'amore», *Mia giovinezza*, Bur, Milano 2010, p. 70.

# SANTA MISA

*Liturgia de la Santa Misa: Hch 9, 31-42; Sal 115 (116); Jn 6, 60-69*

**HOMILÍA DE SU EMINENCIA EL CARDENAL JEAN-LOUIS TAURAN, PRESIDENTE DEL CONSEJO PONTIFICIO PARA EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO**

Como siempre, Jesús deja a los hombres la libertad para elegir. También los Doce tienen que renovar su adhesión a Cristo: «"¿También vosotros queréis marcharos?". Simón Pedro le contestó: "Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios"». Ante las palabras y los gestos de Jesús, uno se ve obligado a responder con un «sí» o con un «no». El gran drama del hombre no es la enfermedad o la muerte: es su libertad. El hombre puede decir que no a Dios, y Dios respeta su libertad. El famoso poeta Hölderlin, contemporáneo de Goethe, escribió: «Dios crea a los hombres como los mares crean los continentes, retirándose».

No se puede evitar a Jesucristo. Jesús disturba, porque es signo de contradicción: «Este modo de hablar es duro, ¿quién puede hacerle caso?» (*Jn* 6,60). Nosotros estamos aquí porque somos discípulos de Jesús y porque somos portadores de un mensaje para el mundo, para la Italia de hoy. Un mensaje que es una crítica radical a las «normas políticas y culturales». Pensad por un momento, nosotros decimos a nuestros amigos: «Estáis – estamos – llamados a la vida eterna». Más aún, tenemos que recordar a la humanidad de hoy y de mañana un acontecimiento único en la historia: ¡Jesús ha resucitado! Jamás podrá ninguna revolución ni progreso científico ofrecer a los hombres algo «tan importante» como la resurrección de Jesús. Es el evangelio de la inaudita victoria sobre el dolor, sobre el pecado, sobre la muerte; Cristo ha conseguido esta victoria para sí mismo y para nosotros. ¡Es un acontecimiento indescriptible, que nos afecta y nos envuelve a todos!

Caed en la cuenta de que creer no es simplemente creer que Dios existe. No, significa creer que Dios interviene en la existencia humana. El objeto de nuestra fe – he escuchado esta mañana a Julián Carrón subrayar esto – es un acontecimiento, o una serie de acontecimientos: creer que Dios ha hablado a Abraham, ha liberado al pueblo de las manos de Egipto, se ha encarnado en el seno de la Virgen María, ha resucitado de entre los muertos. Para nosotros es creer también que Dios está presente en medio de nosotros en la Eucaristía: esta es la «suprema paradoja». En realidad, los hombres están más o menos dispuestos a reconocer una divinidad que «está por encima de ellos, que no molesta». Pero creer que Dios interviene

en la trama de la existencia humana, que existen obras divinas que se llevan a cabo hoy, esto es un «escándalo» que rechaza la mayoría de nuestros contemporáneos. Rechazan lo sobrenatural.

Esta asamblea numerosa, atenta y comprometida reconforta el corazón porque es un acontecimiento divino. Aquí, esta mañana, *hic et nunc*, Dios está en medio de nosotros en esta Eucaristía. Para nosotros, el cristianismo no es «una cierta visión del mundo». No es un sistema que aceptamos porque nos conviene. Estamos aquí porque creemos que ha sucedido algo, que Cristo ha resucitado, que Él es la Verdad, y esto nos interesa a nosotros y a todos los hombres.

Lo sabéis bien, los cristianos somos «observados». Todos buscan no las cosas estupendas que podamos hacer, sino ante todo nuestras carencias. Y esto nos recuerda que la Iglesia es al mismo tiempo una realidad divina y humana. Sin embargo, no debemos por ello acomplejarnos, porque el Espíritu guía a la Iglesia y siempre nos reserva sorpresas. Basta con recordar lo que sucedió en Roma el mes pasado. Me he dado cuenta de que en los discursos del nuevo Papa hay una palabra que aparece a menudo: el verbo «salir». Salir de nosotros mismos para dejarnos purificar por Dios; salir de nuestras iglesias, de nuestros conventos, de nuestras salas de reuniones para llegar a los hombres allí donde viven, construyen, sufren y mueren.

La primera lectura nos ha presentado a Pedro en «visita pastoral», podríamos decir. Se subrayan la paz y el entendimiento fraterno. Sabemos que a esta paz y este entendimiento debe unirse la escucha de la Palabra, la fracción del pan y la comunión de bienes. Son las características de la primera comunidad cristiana, y debemos siempre hacer referencia a esta comunidad. Pero el comportamiento de Pedro, que cura a los enfermos, nos recuerda que también nosotros debemos responder a las preguntas de nuestros contemporáneos. Deben vernos rezar para poderse plantear las preguntas fundamentales; necesitan una palabra que «eleve» sus almas, necesitan encontrar comunidades en las que ser acogidos, escuchados y respetados. Sí, todos necesitan salir de este contexto de muerte, de desconfianza, de sospecha que, por desgracia, arruina nuestra vida y marca la cultura de hoy: la falta de sentido, el aislamiento, la desafección por uno mismo. Pedro pudo responder a las expectativas de las personas con dificultades que conocía porque él mismo había aprendido de Jesús cómo rezar y qué misión llevar a cabo.

Durante este retiro os habéis preguntado: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?». Para poder responder: «Nada ni nadie», también vosotros tenéis que tener a vuestras espaldas una vida de intimidad, de amistad con Cristo.

El gran peligro que existe en el mundo de hoy es intentar organizar nuestra vida y la de la sociedad según la medida del hombre. Nosotros, los cristianos, proponemos a un Dios Padre cercano a nosotros, que se hace servidor y alimento: esto es lo que nos distingue de los seguidores de Mahoma o de Buda. Pero atentos: nunca debemos acostumbrarnos a esta increíble proximidad de Dios. Quien dice de Dios: «Él», sin decir nunca: «Tú», está olvidando poco a poco los rasgos del rostro de Dios. Y un buen día Dios no será nada más que una idea y, enseguida, nada más que una palabra.

Ayer mismo, por la mañana, el papa Francisco recordaba que la vida cristiana es hablar con Dios de tú a tú, como se habla con una persona. «No con un Dios – decía – indefinido disperso en el aire como un spray».

Hermanos y hermanas, pidamos para que se nos conceda la energía espiritual que necesitamos para ser cristianos coherentes, capaces de construir una sociedad con finalidades dignas del hombre. Quiera Dios preservarnos de "bajar la guardia", reduciendo la caridad a una simple filantropía, transformando el espíritu apostólico en una simple propaganda o la Iglesia en un club.

Demos gracias a Dios por este retiro, que nos permite, una vez más, constatar cuán numerosos son los hombres y las mujeres que, en la vida de cada día, son conscientes de la fidelidad de Dios, manifestada en Jesucristo y en su Iglesia. Todos juntos nos sentimos más fuertes para amar y servir a este mundo nuestro, el mundo al que Dios ama y al que Cristo salva. Este mundo en el que el hombre quiere adentrarse en los secretos del átomo pero que, al mismo tiempo, permanece ciego ante el sentido de la aventura humana. Este mundo lleno de proyectos y de avances técnicos y que, al mismo tiempo, está angustiado por el futuro. Este mundo de las comunicaciones cada vez más rápidas, pero que es también el mundo de la soledad. Este mundo en el que hombres y mujeres son capaces de llevar a cabo gestos de solidaridad admirables, pero que es también el mundo en el que muchos viven encerrados en sí mismos.

Pues bien, este es el mundo al que Dios ama, al que nosotros debemos amar y servir. Debemos mantener abierta la puerta de nuestro corazón para acoger, comprender, dialogar, animar y permitir a los otros crecer, creciendo nosotros mismos, gracias a sus preguntas.

Tenía razón el gran papa Pablo VI cuando afirmaba, el domingo de Pascua de 1969: «El cristianismo no es fácil, pero es feliz». Por tanto, ¡ayudémonos unos a otros a establecer y a profundizar en una relación personal con Jesús! Jesús que se hace servidor, que esta mañana prepara de nuevo la mesa en la que es, al mismo tiempo, Aquel que sirve y Aquel que se da en alimento.

Conservemos una confianza absoluta en este Dios fiel, y así nuestro amor a la persona de Jesús será tan fuerte que nada podrá separarnos de Él.

¡Que así sea!

**ANTES DE LA BENDICIÓN**

***Julián Carrón***. Eminencia reverendísima, en nombre de todos deseo darle las gracias ante todo por su participación en nuestros Ejercicios. Permítame también agradecerle la atención con la que sigue nuestra experiencia, atención que con el tiempo ha madurado como amistad paterna.

Es significativo que justamente a través de su voz oyéramos la noche del 13 de marzo el primer anuncio de la elección del papa Francisco, el gran don que el Señor ha hecho a Su Iglesia.

Le agradecemos su testimonio claro de servicio inteligente y discreto al Santo Padre, que nos ayuda en nuestro seguimiento cotidiano de Cristo.

¡Gracias, Eminencia!

***Cardenal Tauran***. ¡Gracias! Cuando me hicieron cardenal, repartí a mis amigos un pequeño recordatorio con esta expresión de san Pablo, tomada de la segunda carta a los Corintios: «Somos servidores vuestros a causa de Jesús». Este es el programa de todo sacerdote.

¡Gracias por vuestra confianza!

# *Sábado 20 abril, por la tarde*

*A la entrada y a la salida:*
*Franz Schubert, Sonata para arpeggione y piano, D 821*
*Mstislav Rostropovich, violonchelo – Benjamin Britten, piano*
*"Spirto Gentil" n. 18, Decca*

■ **SEGUNDA MEDITACIÓN**
**Julián Carrón**

## *«Hágase en mí según tu palabra»*

Decía Benedicto XVI: «Toda la vida cristiana consiste en responder al amor de Dios. La primera respuesta es precisamente la fe, acoger llenos de estupor y gratitud una inaudita iniciativa divina que nos precede y nos reclama. Y el "sí" de la fe marca el comienzo de una luminosa historia de amistad con el Señor, que llena toda nuestra existencia y le da pleno sentido»[87].

A continuación vamos a hablar sobre esta fe.

### 1. La fe es el reconocimiento de una Presencia

«La posición en la que nos encontramos nosotros frente al acontecimiento de Cristo es idéntica a la que tenía Zaqueo ante aquel hombre que se paró debajo del árbol al que se había subido y le dijo: "Baja enseguida, porque vengo a tu casa". Es la misma posición previa que tenía la viuda cuyo único hijo había muerto, y que oyó que Jesús le decía, de una manera que nos parece a nosotros irracional: "Mujer, ¡no llores!". Efectivamente, es absurdo decirle a una madre a quien se le ha muerto su único hijo: "Mujer, ¡no llores!". Aquello fue para ellos, como lo es para nosotros, la experiencia de la presencia de algo radicalmente distinto de lo que podemos imaginar, y, al mismo tiempo, total y originalmente correspondiente a las expectativas más profundas de nuestra persona. Experimentar una correspondencia real con nuestro corazón [como decíamos esta mañana] es una cosa absolutamente excepcional […]. Pues, ya que nuestro corazón está hecho para esa correspondencia, esta debería ser algo normal en la vida; y, sin embargo, no sucede nunca. Por eso, cuando sucede, constituye una experiencia excepcio-

[87] Benedicto XVI, *Creer en la caridad suscita caridad*, 2. Mensaje para la Cuaresma 2013. 15 octubre 2012.

nal. Tener la sinceridad de reconocer, la sencillez de aceptar y el afecto para apegarse a semejante Presencia: eso es la fe»[88].

Prosigue Giussani: «Para que acontezca la fe en el hombre y en el mundo tiene, pues, que suceder antes algo que es gracia, pura gracia: el acontecimiento de Cristo, del encuentro con Cristo, en el que se tiene la experiencia de una cosa excepcional que no puede ocurrir por sí sola. La fe es esencialmente reconocer lo que diferencia a una cierta Presencia, reconocer una Presencia excepcional, divina. […] ¡Quién sabe cuántas veces habría tenido sed la Samaritana de la actitud con la que Cristo la trató en aquel instante, sin jamás caer en la cuenta de ello antes! Pero cuando sucedió, lo reconoció enseguida»[89].

Es necesario darse cuenta de que la fe cristiana tiene su origen fuera de nosotros. No es algo que podamos crear nosotros. ¡Cuántas veces nos gustaría ser nosotros los que creáramos la correspondencia que deseamos poseer! Pero si el origen de la fe es algo que está fuera de nosotros, entonces no tiene nada que ver con una introspección, con algo que logramos obtener excavando dentro de nosotros. La fe no es, por tanto, un sentimiento o una ética, porque no está en nuestras manos, no entra dentro de nuestras capacidades generar la presencia que nos corresponde. La fe cristiana está tan determinada por su objeto que, sin esta Presencia, sencillamente no existiría. Como el enamoramiento: sin la presencia amada, sencillamente no existiría. Es inútil pensar que lo podemos generar con una estrategia, con un empeño nuestro, con un esfuerzo, con el ímpetu de un sentimiento, con algún razonamiento (usad todas las palabras que queráis); todo esto es inútil a la hora de generar siquiera un instante de experiencia de enamoramiento. En definitiva, forma parte del enamoramiento la existencia de una presencia que lo hace brotar, que lo hace surgir, que lo sostiene.

Por ello, «la fe forma parte del acontecimiento cristiano porque es parte de la gracia que representa el acontecimiento mismo […]. La fe pertenece al acontecimiento porque, en cuanto *reconocimiento amoroso* de la presencia de algo que es excepcional, es un don, una gracia. De igual modo que Cristo se me ofrece por medio de un acontecimiento presente, también vivifica en mí la capacidad de captar y reconocer su carácter excepcional»[90].

Pero, ¿de qué modo esa Presencia excepcional vivifica la capacidad para reconocerla? Porque si su Presencia excepcional no nos facilita llegar hasta ahí y si, como hemos visto esta mañana, no seguimos el deseo que

[88] L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas*…, op. cit., pp. 35-36.
[89] *Ibídem*, p. 37.
[90] *Ibídem*, p. 38.

ha despertado esa Presencia, la exasperada tensión por decir su nombre, no la podremos alcanzar y nuestro corazón no encontrará esa satisfacción para la que ha sido hecho. Por eso escribe Giussani: «El mismo gesto con el que Dios se hace presente al hombre en el acontecimiento cristiano dilata también la capacidad cognoscitiva de su conciencia, pues adecua la lente de la mirada humana a la realidad excepcional que la provoca. Es lo que se llama *gracia de la fe*»[91]. Por analogía, es la presencia de la persona amada la que exalta nuestra capacidad cognoscitiva con el fin de que podamos percibirla en su verdadera profundidad.

Entonces, ¿cómo se potencia nuestra capacidad cognoscitiva, de modo que pueda llegar a captar el alcance que tiene esta Presencia? Insiste don Giussani: «Para poder conocer hace falta […] una posición abierta, es decir, de "amor". Sin amor no se conoce. En el fondo, este amor ya lo indica ese instinto original con el que la naturaleza – esto es, Dios, al crearnos – nos lanza llenos de curiosidad a conocer y a comparar todo el universo. […] En última instancia, solamente una apertura viva hacia el objeto que se convierta en afecto permite que este nos toque tal cual es, que nos afecte tal como es (*affici,* ser-tocado-por). Así como el hombre camina con todo su ser, con todo él mismo, también ve con él mismo por entero [no se puede romper la unidad del "yo", nos ha enseñado siempre don Giussani]: ve con los ojos de la razón, en la medida en que su corazón está abierto-a, es decir, cuando su afecto sostiene la apertura de sus ojos; en caso contrario el ojo se cierra ante el objeto, se "adormece", huye de él. Los ojos de la razón ven, por consiguiente, en la medida en que los sostiene el afecto, lo que pone de manifiesto ya el juego de la libertad»[92].

Es necesario prestar atención a esta descripción que hace don Giussani para poder comprenderla hasta el fondo. ¿Por qué es necesaria esa Presencia excepcional? ¿Qué tiene que ver con la apertura de los ojos de la razón? La Presencia excepcional imanta de tal modo la curiosidad y el afecto del hombre – lo vemos en los niños – que sostiene la apertura de los ojos de la razón para que esta pueda conocer el objeto sin reducirlo. En la medida en que es sostenida por el afecto, la razón puede llegar a captar todos los factores implicados en esa Presencia excepcional. La presencia excepcional de Cristo abre la mirada exaltando la capacidad cognoscitiva del hombre, para que pueda captarlo y reconocerlo en Su excepcionalidad. Lo hemos recordado con la frase de san Agustín sobre Zaqueo: «Él fue

[91] L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 1997, p. 113.
[92] L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas*…, op. cit., p. 37.

mirado, y entonces vio»[93]. Continúa don Giussani: «La fe representa el pleno cumplimiento de la razón humana. Es la comprensión inteligente del horizonte último que tiene la realidad, el reconocimiento de aquello en lo que consiste todo. La inteligencia natural [¡atención!] no logra alcanzar ese horizonte último. Únicamente por algo que ha acontecido, por el advenimiento de Dios hecho hombre, por su don [por la excepcionalidad de esta Presencia que tenemos ante nosotros], puede nuestra inteligencia renovada reconocerlo y tocarlo. La fe alcanza así una cumbre a la que no llega la razón; sin ella esta última no se ve completa, mientras que en ella la razón se convierte en escalera de la esperanza»[94].

La fe es una forma de conocimiento que está más allá del límite de la razón. ¿Por qué está más allá del límite de la razón? «Porque capta una cosa que la razón no puede captar: "la Presencia de Jesús entre nosotros", "Cristo está aquí ahora". La razón no puede percibirlo como percibe que tú estás aquí, ¿está claro? Sin embargo, no puedo dejar de admitir que está. ¿Por qué? Porque hay un factor aquí dentro, un factor que determina esta compañía – que produce ciertos resultados en esta compañía, ciertas resonancias –, tan sorprendente que, si no afirmo que hay algo diferente, no estoy dando razón de la experiencia, porque la razón es afirmar la realidad experimentable según la totalidad de los factores que la componen, con todos sus factores. Puede haber un factor que la compone cuyo eco se siente, cuyo fruto se percibe, cuyas consecuencias se ven también, pero que no se logra ver directamente. Si digo "entonces no está", me equivoco, porque elimino algo de la experiencia, y dejo, por tanto, de ser razonable»[95].

Pero como este reconocimiento conlleva una fatiga, implica una tensión exasperada – ¡cuántos lo habéis pensado sólo con escucharlo! ¡Imaginaos hacerlo…! –, nos quedamos muchas veces en la apariencia, nos detenemos en la superficialidad de lo que debería ser signo, ya sea negando o eliminando ese factor cuyo eco se percibe, ya sea conformándonos con sus resonancias positivas, hasta que nos cansamos y nos damos cuenta de que no son suficientes para vivir, que no son capaces de llenarnos, que no satisfacen la vida. Y entonces la fe empieza a entrar en crisis. Por ello resulta asombroso el testimonio que nos ha ofrecido siempre don Giussani hablando de esa tensión exasperada por captar todos los factores, hasta llegar al "Tú". Cuando Giussani nos decía estas cosas, ¿era por el mero deseo de complicarnos la vida, o era por no perder esa Presencia cuyas re-

[93] San Agustín, *Discurso* 174, 4.4.
[94] L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas*…, op. cit., p. 39.
[95] L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 2007, pp. 199-200.

sonancias veía y que deseaba alcanzar? Escuchad con qué insistencia habla de ello: «La fe es racional, pues florece sobre el límite extremo de la dinámica racional como una flor de gracia a la que el hombre se adhiere con su libertad [junto con la razón, la libertad es el otro factor decisivo en el hombre]. Y, ¿cómo puede el hombre adherirse con su libertad a esta flor cuyo origen y cuya factura son incomprensibles para él? Adherirse a ella con su libertad significa – para el hombre – reconocer con sencillez lo que su razón percibe que es excepcional, con esa certeza inmediata que produce la evidencia indiscutible e indestructible que tienen ciertos factores y momentos de la realidad, tal como entran en el horizonte de nuestra persona»[96]. «Y así mi libertad acepta ese acontecimiento, acepta reconocerlo»[97].

Dice Lewis: «Si yo soy yo, vivir para Dios en vez de vivir para mí mismo exige un acto de auto-renuncia, por pequeño y fácil que sea. Este es, si se quiere, el "punto débil" de la naturaleza auténtica de la creación, el riesgo que, al parecer, Dios consideraba que valía la pena correr [con nosotros]»[98].

«De manera que la fe, en nosotros, consiste tanto en el reconocimiento de lo excepcional que se nos hace presente [que cumple la razón], como en la adhesión sencilla y sincera que dice "sí" [que cumple la libertad] y no pone objeciones: reconocimiento y adhesión forman parte del momento en que el Señor, mediante la fuerza de Su Espíritu, se revela a nosotros; son parte del momento en que el acontecimiento de Cristo entra en nuestra vida»[99]. Por eso apunta san Pablo que nadie puede decir que Jesús es el Señor (es decir, realizar verdaderamente un acto de fe pleno) si no es por el Espíritu Santo[100], que lleva a la razón y a la libertad hasta su cima, porque la fe cristiana es tan humana que exalta todo lo humano, incluidas la razón y la libertad. Sin esta exaltación, y sin que decidamos participar en esta exaltación, no existe la fe. Giussani no ha realizado este esfuerzo gigantesco porque sí, sin una finalidad. Lo ha llevado a cabo para ayudarnos a comprender todos los factores de la fe, porque hoy, en nuestro mundo, en nuestra cultura, si la razón y la libertad no están presentes en el acto de fe, esta dejará de existir. En un mundo en el que todo dice lo contrario, no podemos creer únicamente por costumbre. Por eso, seguir a Giussani es la única posibilidad de tener fe hoy. Benedicto XVI ha llevado a cabo una lucha feroz para ensanchar la razón, para ayudarnos a comprender que la fe representa su culmen (que es posible por el acontecimiento mismo de

[96] L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas*…, op. cit., p. 39.
[97] *Ibídem*, p. 38.
[98] C.S. Lewis, *El problema del dolor*, Rialp, Madrid 2004, p. 85.
[99] L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas*…, op. cit., p. 38.
[100] Cf. *1 Cor* 12,3.

Cristo), para que la afirmación de Cristo no se convierta en algo añadido a la vida y, en el fondo, en algo irracional. Cada uno debe decidir si está dispuesto a seguir a don Giussani en este recorrido para poder vivir la fe como hombres, como adultos, en un mundo como el nuestro. La fe no es un añadido opcional al Acontecimiento. Y sin el reconocimiento de la fe, la vida está condenada al vacío. El miedo, la soledad y la insatisfacción acaban venciendo. Por eso dice san Agustín: «Se siente atraído por Cristo el hombre que se deleita en la verdad, se deleita en la dicha, se deleita en la justicia, se deleita en la vida sempiterna, todo lo cual es Cristo»[101].

Entonces, ¿cómo puede llegar a ser la fe cada vez más mía?

## 2. La personalización de la fe

El carisma – cuántas veces nos lo ha recordado don Giussani – es un don del Espíritu para favorecer la personalización de la fe, haciéndola de este modo más persuasiva en la vida de cada uno. En una carta a don Giussani, Juan Pablo II afirmaba que «la originalidad del carisma de todo movimiento "no pretende, ni podría hacerlo, añadir algo a la riqueza del *depositum fidei*, conservado por la Iglesia con celosa fidelidad" […]. Sin embargo, esta originalidad "constituye un fuerte apoyo, una llamada sugestiva y convincente a vivir en plenitud, con inteligencia y creatividad, la experiencia cristiana. Este es el requisito para encontrar respuestas adecuadas a los desafíos y urgencias de los tiempos y de las circunstancias históricas siempre diversas"»[102].

En este sentido, don Giussani tiene una preocupación constante: que el movimiento sea capaz de generar una personalidad adulta. ¿Por qué tiene don Giussani esta preocupación, continuamente documentada? Porque percibe la dificultad para generar personas adultas en la fe. El problema de la fe no es algo superado, como si afectara sólo a los demás. No, esta es siempre la única preocupación de don Giussani con respecto a nosotros: «El problema grave es el titubeo con el que surge el adulto. […] Lo que falta como rostro general es la personalidad de fe. Tienen personalidad en la cultura, en la profesión, como temperamento, pero no personalidad de fe eclesial (no intimista), y por tanto hay una ausencia de creatividad, porque

[101] San Agustín, *Comentario al Evangelio según San Juan* 26, 4.
[102] Juan Pablo II, *Mensaje a monseñor Luigi Giussani con ocasión del vigésimo aniversario del reconocimiento pontificio de la Fraternidad de Comunión y Liberación*, 11 febrero 2002.

si falta el sujeto humano, falta también la acción»[103]. Está preocupado por esta dificultad para generar personas adultas en la fe.

Pero don Giussani no se conforma con esta constatación. Identifica con claridad también cuál es la causa profunda de esta carencia: «El motivo de esta situación viene dado por una gravísima decadencia del método: del método [del movimiento] queda sólo una jaula de palabras y de fórmulas, pero falta el genio. Es como si se hubiera secado el genio del método»[104].

¿En qué consiste esta decadencia gravísima del método? «Ahora mismo la decadencia del método se puede formular así: nosotros, que entramos en el combate eclesial y social como personas que afirmaban el cristianismo como experiencia, ahora [lo decía en 1976, pero creo que vale perfectamente para la actualidad] privilegiamos el intelectualismo sobre la experiencia, y al intelectualismo acompaña un activismo exasperado. Y esto es gravísimo. Cada uno de nosotros puede decir ahora: el movimiento no es mi vida, o mejor, mi vida no es el movimiento; el movimiento es una serie de condicionamientos a mi vida, que no se ve provocada por él. […] "Existe un consenso ideológico en lugar de una experiencia de vida". Se actúa mucho, se proponen muchas iniciativas, pero no se busca la verificación en la vida cotidiana. Y sin embargo, la vida cotidiana, con su humildad que constriñe, con su sufrimiento inevitable, con su responsabilidad concreta e imposible de eliminar, nos haría más equilibrados, más concretos y menos evanescentes, más efectivamente fieles [a Giussani le interesa el hecho de que la fe incida tan poderosamente en lo cotidiano como para responder a las graves objeciones de Pavese, a ese vivir cotidiano que paraliza; sin esto la fe dejará de interesarnos a nosotros en primer lugar, ¡no digamos a los demás!]. Más aún, la inteligencia de la persona es sustituida por el intelectualismo de la masa, porque la inteligencia – como decía santo Tomás de Aquino – actúa a partir de la experiencia [esto es decisivo]. La inteligencia parte de la experiencia de la vida: si falta esta no se da una inteligencia en la persona; entonces su adhesión a las iniciativas y su comportamiento ante los problemas que angustian a la sociedad […] es una presencia sin inteligencia. Primera consecuencia: el conformismo, una presencia conformista, es decir, una ausencia de capacidad crítica. Nace una forma de juzgar que, al no estar enraizada en una experiencia de vida ante Dios, es superficial y voluble. Por ello [al conformarse], uno puede repetir o seguir de forma mecánica y sorda, o bien criticar reactivamente polarizándose en torno a su propia opinión; entonces se bloquea, se lamenta y, desde-

[103] Escuela de responsables, Collevalenza (Pg), 17-19 septiembre 1976. Archivo CL.
[104] *Ibídem.*

ñosamente o no, se retira y no participa. Es un juicio que no es capaz de atravesar la subjetividad del propio sentimiento, para colaborar creando unidad. La segunda consecuencia de esta falta de inteligencia es que no se da una asunción creativa de la realidad. […] Y así domina la costumbre, […] porque la creatividad depende del sentimiento de una vida nueva y distinta que sentimos en nosotros [no se trata de hacer cursos en Harvard, porque una creatividad distinta parte de la vida]. Por eso, el movimiento no llega a ser la vida de cada uno de nosotros, y […] nuestra comunicación asume un tono de "banalidad mundana insoportable" [es una definición que describe ciertas conversaciones entre nosotros]»[105].

Pero esta situación no desanima a Giussani. ¿Por qué permite el Señor esta decadencia? «El Señor ha permitido que cayésemos para que volviésemos a comenzar más verdaderos, más conscientes de que sólo Él es capaz de conducir nuestra vida por el camino justo, de que sólo Él tiene la capacidad de extender la venida de su reino. […] El Señor permite nuestros errores y nuestros pecados como un modo extraño, pero el más dramáticamente operativo, el más eficaz pedagógicamente hablando, para ahondar en el sentido de nuestra relación con Él. Somos tan tenaces en el amor propio que, sin la experiencia de nuestro límite, no diríamos con autenticidad: "Dios, tú eres todo" y "yo soy nada"»[106].

Podemos entonces resumir la gravísima decadencia del método con estas palabras: «Existe un decidido predominio del intelectualismo respecto a la experiencia, respecto al acontecimiento de vida». Y este error tiene una consecuencia inmediata: de una posición intelectual nunca podrá nacer una vida. «Esta es la cuestión fundamental del movimiento: el adulto no crece porque se ha producido una decadencia en nuestro método, que es el de la experiencia, que es participación en un acontecimiento y no consenso con respecto a un discurso»[107].

Llegados a este punto, no es difícil imaginar que comencemos a buscar rápidamente el culpable de esta situación – nos conocemos todos bien, ¿eh? –, tratando de descargar en alguien o en la organización del movimiento la culpa de esta situación. Pero Giussani corta por lo sano, identificando al verdadero responsable: el problema eres tú, soy yo, es cada uno de nosotros. Mirad lo que dice: «Pertenecer al movimiento es participar en un cambio de la concepción de vosotros mismos, de vuestra relación con los demás: el movimiento es

---

[105] *Verso una vita di fede più matura*, a cargo de Comunión y Liberación, *pro manuscripto*, Milán 1976, pp. 8-9.
[106] *Ibídem*, pp. 8-10.
[107] Escuela de responsables, Collevalenza (Pg), 17-19 septiembre 1976. Archivo CL.

esto, no sólo un arma para juzgar a los demás; es eliminar cualquier coartada, cualquier lamento quejoso, porque el problema *eres tú* y basta. El movimiento tiene una necesidad extrema de gente que llegue a ser adulta. Pero, ¿quién es el adulto? El adulto está definido por su forma de vivir las relaciones. El adulto cristiano es aquel que vive, que tiende a vivir las relaciones a la luz de la fe (entre marido y mujer, entre padres e hijos, en la comunidad y fuera de ella). ¿Qué quiere decir [vivir las relaciones] a la luz de la fe? Quiere decir que el adulto tiende a vivir las relaciones a la luz de esta Presencia [que nos ha abrazado], porque la fe es esto. Adulto no es necesariamente el que hace los discursos, el que proclama un método, como tampoco lo es el responsable de las iniciativas o el que dice lo que hay que hacer, porque todo eso no es lo que le define: el adulto es aquel que tiende a vivir las relaciones con las personas en Cristo»[108], dejando que estén atravesadas por Su presencia. Si esa Presencia no predomina en los ojos, en la vida, como algo real y presente, si esa Presencia no tiene que ver con nuestra forma de relacionarnos con la realidad, vivimos la relación con todo exactamente igual que los demás. Sólo quien tiende a vivir cualquier relación – consigo mismo, con las personas de su casa, en el trabajo, con los amigos, con las circunstancias – en Cristo, es decir, con Su presencia en la mirada y en el corazón, podrá verificar la victoria de Cristo resucitado. Es una experiencia que tiene que hacer cada uno, no la podemos sustituir por comentarios u opiniones.

Continúa don Giussani: «Esta fisonomía de la vida cristiana está llena de victoria, de atrevimiento, porque Cristo ha vencido. Cristo ha resucitado aquí, en mí, en el ambiente de trabajo, dondequiera que vaya, en mi casa: ha resucitado. Venzo porque ha vencido [es decir, ha resucitado] aquel que me posee. […] Esta es la *victoria* que vence al mundo, es decir, a nuestra carne, a nuestra insignificancia [porque es abrazada por su Presencia viva, real]»[109].

¿Y cuál es el signo de la fe como experiencia? El gozo. Si esta victoria no es una experiencia vivida, no domina este gozo. Es inútil negar la evidencia. Podemos atiborrar nuestras reuniones de palabras, pero si falta la experiencia de la victoria de Cristo en nosotros, «no estamos alegres y no cambia nada a nuestro alrededor»[110].

La finalidad de esta tensión por vivir todas las relaciones en Cristo, es decir, traspasadas por Su presencia, es alcanzar lo que – según don Giussani – caracteriza al adulto: la unidad de la vida (que es lo contrario a la

[108] Jornada de apertura de curso de CL, Milán, 10 septiembre 1977. Archivo CL.
[109] *Ibídem*.
[110] Encuentro de adultos, Varese, 19 mayo 1979. Archivo CL.

fragmentación que muchas veces nos caracteriza): «El adulto es aquel que ha alcanzado la unidad de vida, una conciencia de su destino, de su significado, una energía para adherirse. El adulto se caracteriza por el afecto, y por tanto por el gusto por el significado»[111].

Ante ciertos malentendidos que se habían producido con respecto al significado de la personalización de la fe, Giussani se ve obligado a hacer dos puntualizaciones.

a) La personalización de la fe no significa en absoluto replegarse en los problemas personales o un cese del ímpetu misionero. Como observa un amigo, «no es interrumpiendo la presencia misionera como encuentro soluciones para resolver mis problemas, como consigo resolver estos problemas». Por el contrario – como decíamos antes –, la personalización de la fe es la tensión por vivir todas las relaciones, circunstancias, desafíos, incluido el problema personal, a la luz de la presencia de Cristo, dejando que sean traspasados por la presencia de Cristo. También los problemas personales, más aún, sobre todo los problemas personales deben afrontarse a la luz de la Presencia que nos ha alcanzado.

b) Pero si la fe no muestra su pertinencia con nuestros problemas personales, nuestra misión es una presunción: «En estos años pasados, ciertamente hemos sido víctimas de la presunción de considerar el movimiento como la panacea de la Iglesia y de Italia [de la sociedad], pero esto me permite llegar a la raíz de la observación: si el movimiento no es la experiencia de la fe como el factor que conduce a la solución, que ilumina mis problemas, ni siquiera podremos proponerla a los demás [si no se vive la experiencia de la fe como el factor que ilumina nuestros problemas, si no nos sirve a nosotros en primer lugar, ¡nos convertimos con presunción en jueces de todos!]. La propuesta se lleva a cabo a través de mi humanidad y, por tanto, a través de mi humanidad que ha encontrado respuesta, o de mi humanidad provocada [así puede el movimiento llegar a ser propuesta para los demás]. […] Es verdad que tenemos una tarea misionera con respecto a la Iglesia y a Italia, y a la sociedad actual, pero es a través, pasando a través del fenómeno de la problemática personal, de la respuesta a ella, de la provocación que se le hace a ella, […] como la misión se convierte verdaderamente en una propuesta sostenible. […] El ímpetu de la misión es un agradecimiento; si no es así, es una presunción»[112].

[111] Consejo de CL, Milán, 18-19 junio 1977. Archivo CL.
[112] Centro de CL, Milán, 17 noviembre 1977. Archivo CL.

Entonces, ¿qué quiere decir personalizar la fe? Quiere decir esto: «Todo lo que se nos dice y se nos da [la propuesta que se nos hace] debe ser interesante para nuestra vida [¡la vida!]. Y la vida es la emoción del corazón, el dolor de cabeza, la mirada sobre las cosas, la curiosidad por todo, los encuentros, la risa y el llanto, el entusiasmo y la confusión [una descripción estupenda para "concretar" el hecho de que si la fe no tiene que ver con las exigencias de la vida, dejará de interesarnos a nosotros y será inútil para todos]. En una sociedad como esta, no se puede crear algo nuevo mas que con la vida: no hay estructura, organización o iniciativa que resista. Lo único que puede revolucionar estructuras, iniciativas, relaciones, en definitiva, todo, es una vida distinta y nueva. Y la vida es mía, irreductiblemente mía [inconfundiblemente mía]»[113].

¿Cómo puede acontecer esta personalización de la fe? Es necesario que Cristo tenga que ver con todo. Es necesario «que comiendo y bebiendo, que viviendo las relaciones con los amigos, yendo a trabajar, a estudiar, en la vida afectiva con tu mujer o con tu marido, con tus hijos, con los demás, en la vida pública, por la calle, no olvidemos nunca esta palabra que nos llama por nuestro nombre, no olvidemos a Cristo que se dirige decididamente a nuestro corazón y penetra en nuestra sed de felicidad para decirnos: Yo soy el camino, la verdad, la vida [¡no lo olvidemos nunca!] […]. El movimiento es esto. Es como si la vida del movimiento esté llamada a constituir la experiencia de una razón más grande para vivir, es más, de la única razón adecuada, total para vivir. […] El movimiento es lo que ayuda a esto y basta. Te ayuda a ser tú mismo»[114].

¿Cuál es, por tanto, el camino que hemos de recorrer para que se produzca esta personalización de la fe?

### 3. El método de la personalización de la fe es el seguimiento

«La vida se aprende siguiendo a quien vive: ¡no porque sea mejor que tú! ¡Puede ser millones de veces peor que tú! Pero como método, como actitud de vida, como comportamiento, como actitud a aplicar es un ejemplo. Se sigue un ejemplo, no un discurso. Porque el discurso está a merced de la interpretación de cada uno, mientras que seguir un ejemplo desafía nuestro modo de actuar»[115].

---

[113] «Movimento, "regola" di libertà», en *CL litterae communionis*, n. 11, noviembre 1978, p. 44.
[114] Jornada de apertura de curso de CL, Varese, 17 septiembre 1978. Archivo CL.
[115] Encuentro de sacerdotes de CL, Idice San Lazzaro (Bo), 7 enero 1980. Archivo CL.

Don Giussani nos indicó constantemente el seguimiento como método para alcanzar la madurez: «Sólo hay un medio, amigos míos, para ser educados en esta presencia, para ser sostenidos en la fe hasta llegar a ser testigos y no agitadores o agitados como sucede en una asociación: el modo con el que podemos aprender la presencia es el seguimiento»[116]. «*Seguir* significa identificarse con personas que viven la fe con mayor madurez, significa *implicarse en una experiencia viva*, que nos transmite (*tradit*, tradición) su dinamismo y su gusto. Y esto no sucede como fruto de un razonamiento o resultado de una lógica, sino casi por presión osmótica: es un corazón nuevo que cobra vida en el nuestro, es el corazón de otro que empieza a latir en nuestra vida»[117]. ¡Cualquier cosa menos razonamientos, comentarios o gracias! ¡El seguimiento es una experiencia viva!

Por eso, como os he escrito en la carta después del Sínodo, citando a don Giussani: «El seguimiento es el deseo de revivir la *experiencia* de la persona que te ha provocado y te provoca con su presencia en la vida de la comunidad; es el deseo de participar en la vida de esa persona en la que te es dado algo de Otro, y es a este Otro a lo que manifiestas devoción, a lo que aspiras, a lo que quieres adherirte en este camino»[118]. Esta frase será siempre para nosotros el término constante de comparación para verificar si cada uno está siguiendo o no, es decir, si está reviviendo una experiencia o no. Y gracias a Dios, como es habitual, don Giussani no nos ha dado únicamente esta explicación perfecta del seguimiento, sino que también ha juzgado los conceptos de seguimiento difundidos entre nosotros, individuando sus límites, para ayudarnos apasionadamente a no perder el tiempo.

Entonces, sin la pretensión de ser exhaustivos, veamos algunas modalidades de reducción del seguimiento:

a) La primera reducción del seguimiento es su identificación con escuchar un discurso o con repetir palabras oídas (creyendo que así uno está más seguro de seguir). «¡Pero el seguimiento no es en absoluto eso!»[119], dice Giussani. Yo puedo escuchar lo que dice otro y repetirlo sin mover el centro de mi persona, por tanto sin que el centro de mi "yo" sea tocado de raíz. Y entonces la propuesta no genera en mí nada nuevo, no renueva mi ser. Sin embargo, si a los que tratan de repetir o de aprender un discurso les pregun-

[116] Jornada de apertura de curso de CL, Milán, 10 septiembre 1977. Archivo CL.
[117] L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, Encuentro, Madrid 2013, p. 63.
[118] L. Giussani, *Il rischio educativo. Come creazione di personalità e di storia*, op. cit., p. 64.
[119] Diaconía diocesana, Milán, 9 enero 1980. Archivo CL.

tásemos que término usarían para describir lo que están haciendo, responderían sinceramente: «Seguir; estoy siguiendo». Pero esto no es seguir, es una reducción del seguimiento; repetir el discurso no es seguir. Decía Daniélou: «Toda la ciencia del mundo puede ensanchar las dimensiones de la jaula en la que se encuentra el hombre, pero no puede hacerle salir de esta jaula»[120]. Sólo una experiencia puede conseguir esto: «El seguimiento es identificarse y retomar en uno mismo, imitar – esta es la palabra – la traducción concreta y práctica, las modalidades concretas y prácticas con las que la persona que guía la comunidad, la persona que guía el movimiento traduce el discurso que hace»[121].

b) La segunda reducción es identificar el seguimiento con iniciativas, reuniones y quehaceres. «El Movimiento nació de una presencia que se imponía introduciendo en la vida la provocación de una promesa a seguir. Pero luego hemos confiado la continuidad de este inicio a los discursos y a las iniciativas, a las reuniones y a los quehaceres. No lo hemos confiado a nuestra vida, de modo que el inicio ha dejado de ser muy pronto verdad que se ofrece a nuestra persona, y se ha convertido en pretexto para crear una asociación, una realidad sobre la que descargar la responsabilidad del propio trabajo y de la que pretender la solución de las cosas. Lo que debía ser la acogida de una provocación y, por tanto, un seguimiento vivo, se ha convertido en obediencia a la organización»[122].

c) La tercera reducción del seguimiento es el personalismo: creo que estoy siguiendo porque me pego a la persona. No, dice don Giussani. De hecho, «el seguimiento es identificarse con inteligencia y con corazón con […] una modalidad de vida que pone en relación lo que se vive con el propio destino, que es Cristo. Por tanto, el seguimiento es una forma de percibir, de reconocer y de identificarse con los valores propuestos, es decir, con la experiencia propuesta, que puede comunicarse a través de una determinada persona; pero no se sigue a la persona, ¡no es la persona lo que se sigue! Se sigue la experiencia que vive esa persona, y por ello [el seguimiento] libera de la persona. Mientras que, por ejemplo, entre nosotros es tremendamente fácil encontrarse con gente que se liga a nuestra persona, [está hablando de él mismo], por lo que se hacen dependientes de nuestra persona. Y un sín-

[120] J. Daniélou, *Saggio sul mistero della storia*, Morcelliana, Brescia 2012, p. 136 (edic. española: *El misterio de la Historia*, Dinor, San Sebastián 1955).
[121] Diaconía diocesana, Milán, 9 enero 1980. Archivo CL.
[122] L. Giussani, *Il rischio educativo. Come creazione di personalità e di storia*, op. cit., p. 63.

toma clarísimo [de esto] es que no acontece seguimiento entre ellos, es decir, no acontece un afecto, una comunión entre ellos, no llegan a ser acontecimiento, no llegan a ser entre ellos una unidad, un acontecimiento, ¡porque [prestad atención a la razón que da Giussani] todos están ligados a mi persona! Pueden ser cien, y estar muy vinculados a mi persona… ¡Daos cuenta de que esto es una desgracia terrible!»[123]. Uno podría decir: «Pero, ¿qué más puedes querer que ligarte a la persona de don Giussani?». ¡Por eso es impresionante que don Giussani diga estas cosas refiriéndose precisamente al vínculo con su persona! Está afirmando que algunos de los que decían que le seguían, en realidad no le estaban siguiendo, y se podía ver porque, a pesar de estar ligados a él, no sucedía nada entre ellos. Cada uno de ellos "dependiente" de Giussani, "ligado" a él; pero ningún afecto, ningún acontecimiento entre ellos. ¿Por qué? La razón nos la ofrece don Giussani: «Lo que une es que cada uno aprenda», es decir, que cada uno haga la misma experiencia de aquel a quien sigue. Sólo de este modo puede producirse la comunión, no poniéndose de acuerdo. Es necesario que cada uno aprenda de don Giussani, que reviva su experiencia.

Don Giussani nos ha dejado toda una serie de instrumentos – para quien quiera seguir de verdad – con el fin de ayudarnos en medio de las dificultades que debemos afrontar en nuestro camino.

Si ahora retomamos el concepto de seguimiento al que nos hemos referido antes, comprendemos que la cuestión decisiva es que en todas las reducciones falta revivir la experiencia de la persona que nos ha impresionado, es decir, la experiencia de Giussani. Si uno no recorre el camino que le permite hacer en primera persona la misma experiencia que hace el que le ha provocado y le provoca con su presencia, lo que le ha tocado del otro nunca llegará a ser suyo.

¿Cómo sé que estoy haciendo la experiencia del seguimiento? Lo sé porque no me limito a escuchar o a repetir un discurso, no me quedo en la organización o en la reiteración formalista de los gestos, no me limito a pegarme de forma personalista al otro, sino que participo en la vida de esa persona que me ha mostrado algo de Otro. Porque si, al revivir la experiencia de esa persona, yo no llego a este Otro – que es lo que mi corazón desea, a lo que manifiesta devoción, a lo que aspira –, con el tiempo dejará de importarme ese seguimiento, porque no será capaz de aferrar toda mi persona. La gente no abandona la fe porque tenga un problema con el dogma de la Trinidad, por ejemplo, sino porque, al no hacer esta experiencia en su vida, en un momento dado la fe pierde su razonabilidad.

[123] Consejo Nacional de CL, Idice San Lazzaro (Bo), 1-2 marzo 1980. Archivo CL.

El evangelio testimonia continuamente las reducciones a las que nos hemos referido antes. También los discípulos tratan de ligarse a Cristo de forma personalista: «Cuando el amo de la casa se levante y cierre la puerta, os quedaréis fuera y llamaréis a la puerta diciendo: "Señor, ábrenos"; pero él os dirá: "No sé quiénes sois". Entonces comenzaréis a decir: "Hemos comido y bebido contigo, y tú has enseñado en nuestras plazas". Pero él os dirá: "No sé de dónde sois"»[124].

He aquí otro episodio: «Él les preguntó: "Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?". Simón Pedro tomó la palabra y dijo: "Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo". Jesús le respondió: "¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás! […]". […] Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día. Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo: "¡Lejos de ti tal cosa, Señor! Eso no puede pasarte". Jesús se volvió y dijo a Pedro: "Aléjate de mí, Satanás. Eres para mí piedra de tropiezo, porque tú piensas como los hombres, no como Dios"»[125]. Jesús no acepta que se establezca un vínculo personalista con Él: no es suficiente con que Pedro se adhiera a su persona, es necesario que participe de Su experiencia, porque si Pedro no revive la experiencia de Jesús, no conseguirá comprender y obedecer el designio de Dios sobre Jesús.

Lo mismo sucede después de la multiplicación de los panes: todos se adhieren, se ligan a Él hasta el punto de que quieren hacerle rey. Pero Jesús no cede a este modo de apegarse a Él, porque sabe que al hombre no le basta con comer pan, sabe que necesita otra cosa, y les desafía: «Entonces Jesús les dijo: "En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. […] Como el Padre que vive me ha enviado, y yo vivo por el Padre, así, del mismo modo, el que me come vivirá por mí»[126]. Jesús quiere que todos hagan su misma experiencia.

Y, en Getsemaní, cuando Pedro saca la espada y le corta la oreja al siervo del sumo sacerdote, Jesús le dice: «Envaina la espada […] ¿Piensas tú que no puedo acudir a mi Padre? Él me mandaría enseguida más de doce legiones de ángeles"»[127]. Jesús no acepta reducciones.

¿Adónde quiere llevar Jesús a sus discípulos? A comprender el designio de Otro, para que también ellos puedan entrar en él. Si no nos

[124] *Lc* 13, 25-27.
[125] *Mt* 16, 15-23.
[126] *Jn* 6, 53-57.
[127] *Mt* 26, 52-53.

introdujese en el Padre, Jesús no nos desvelaría el origen último de Su diferencia, y no nos ayudaría a hacer Su misma experiencia. Podemos recorrer todo el evangelio y verificar que la concepción de seguimiento que nos comunica don Giussani es exactamente la de Cristo: «Jesús no concebía la fascinación que suscitaba en los demás como algo que se refería a sí mismo [como si tratase de ligar a las personas a sí mismo], sino al Padre [ese Otro al que aspiro, al que mi corazón puede manifestar devoción, al que puede ligarse]: se dirigía a él mismo, para que él nos pudiera conducir al Padre, mediante su conocimiento y su obediencia»[128]. Sin un verdadero seguimiento, la experiencia de Jesús no podría llegar a ser mía, tuya, nuestra. Pero si no llega a ser nuestra, nos quedamos solos con nuestra nada. Porque si no nos dejamos introducir en el Misterio de Dios, en el que se encuentra el significado último de la vida, en el que podemos descubrir lo que corresponde a nuestra espera, ¿cómo podremos mantenernos en pie ante los dramas, los desafíos y los dolores que experimentamos en nuestra vida?

Por este motivo, si reducimos el seguimiento y evitamos revivir la experiencia de la persona que nos ha sorprendido, antes o después dejará de interesarnos el cristianismo. No es una cuestión de estrategia. Lo que está en juego aquí es la fe, porque sin seguimiento no repararemos en la conveniencia humana de la fe, no sentiremos que corresponde a la espera que hay en nuestro corazón. Por el contrario, el signo de que vivo la misma experiencia de la persona que me ha tocado es que encuentro a ese Otro al que aspiro, y por ello experimento esa correspondencia con el corazón que me confirma la verdad de la fe. Por eso le manifiesto devoción, porque con Jesús, pegado a Jesús, puedo entrar más en el Misterio. Jesús me lleva constantemente a entrar en el Misterio del Padre. Él ha venido para esto: para educarnos en el Misterio, para introducirnos en el Padre. Y justamente porque estamos hechos para esto, no podremos mentirnos a nosotros mismos y nadie podrá engañarnos. Podremos distraernos durante algún tiempo, pero cualquier otra cosa, como no nos corresponde, no durará mucho tiempo.

Si el seguimiento es el método de la personalización de la fe, entonces, al seguir experimento que la fe se vuelve cada vez más mía, igual que la relación con Cristo se hace cada vez más mía. Signos de esto son la novedad de la vida y el cambio que nace de ella. Estos rasgos empiezan a definir mi rostro, mi identidad, esté donde esté, en casa, en el trabajo, solo o acompañado, de vacaciones o lidiando con los problemas que se me presentan.

[128] L. Giussani, *El hombre y su destino. En camino*, Encuentro, Madrid 2003, p. 123.

Por eso no podemos cambiar la experiencia por cualquier otra cosa. La experiencia es el lugar de la evidencia, si nos atenemos a ella no podemos confundirnos. Como dice Lewis: «Lo que me gusta de la experiencia es que es algo honrado. Puedes dar unas cuantas vueltas erróneas, pero mantén los ojos abiertos y no llegarás demasiado lejos sin que aparezcan las señales de peligro. Puedes haberte engañado a ti mismo, pero la experiencia no te intenta engañar. El universo manifiesta la verdad si lo pones a prueba adecuadamente»[129]. Esta es la ventaja de alguien que quiere vivir: que encuentra en su propia experiencia los signos de la verdad que le ha alcanzado; porque la experiencia tiene tal evidencia que, aunque quieras luchar contra ella, no puedes eliminarla porque permanece. Por eso ningún personalismo, nada dado por sabido, ninguna interpretación, ninguna reducción pueden confundirse con la experiencia de la correspondencia, con la relación con el Otro que deseas, al que aspiras. Y nosotros lo sabemos perfectamente. Por eso cada uno de nosotros debe hacer las cuentas y decidir si obedece a la experiencia o no. Porque, en el fondo, ¿qué es la obediencia? «La forma extrema de la obediencia es seguir el descubrimiento de uno mismo que se da a la luz de la palabra y del ejemplo de otro»[130], porque está impresionado por otro. El descubrimiento de uno mismo provocado por la experiencia de otro es un acontecimiento absolutamente irreductible. Podemos hacer lo que queramos, pero este acontecimiento es irreductible, no está en nuestro poder.

Por eso don Giussani resume el desafío con esta palabra: «seguimiento».

## 4. La presencia

Este seguimiento es lo que hace de nosotros una presencia, a través del cambio que genera en nosotros. La fe como experiencia real nos hace florecer como presencia.

«*Ser presencia*, esta es nuestra categoría última. Ser presencia, se tenga el temperamento que se tenga, más allá de las dotes que tenga cada uno […] quiere decir una forma distinta de estar dentro de una situación – porque no se vive si no es dentro de la relación con la novia, con los amigos, con los padres, con las clases en la universidad, con el libro que se debe estudiar –, en un determinado momento cultural y político de la sociedad. Ser presencia en una situación [mirad qué forma más imponente de

[129] Cf. C.S. Lewis, *Cautivado por la alegría*, Encuentro, Madrid 1989, pp. 182-183.
[130] L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 115.

decirlo] quiere decir estar presentes de modo que la "perturbemos", de manera que, si tú no estuvieses, todos se darían cuenta. Allí donde estés, los demás se enfadarán o te admirarán, o se harán los indiferentes, pero no podrán dejar de reconocer "que eres distinto". Ser una presencia quiere decir estar dentro de una situación haciendo a Cristo acontecimiento de nuestra persona. […] El verdadero anuncio [¡este es el punto decisivo!] lo hacemos a través de cómo ha perturbado Cristo nuestra vida, se produce a través de la perturbación que Cristo realiza en nosotros: *nosotros hacemos presente a Cristo a través del cambio que Él obra en nosotros. Es el concepto de testimonio*. Utilizamos con mucha facilidad la palabra "presencia", pero la presencia es, ante todo, esto: la perturbación admirable, fascinante, que provoca la amistad que se instaura entre nosotros por Cristo –ese tipo de amistad capaz de gozo y de alegría, de esa alegría imposible»[131].

Nos lo ha recordado el papa Francisco: «Yo me pregunto: ¿dónde encontraban los primeros discípulos la fuerza para este testimonio suyo? […] Su fe se basaba en una experiencia tan fuerte y personal de Cristo muerto y resucitado que no tenían miedo de nada ni de nadie […]: cuando una persona conoce verdaderamente a Jesucristo y cree en Él, experimenta su presencia en la vida y la fuerza de su Resurrección, y no puede dejar de comunicar esta experiencia»[132].

Por tanto, nosotros "perturbamos" un ambiente únicamente a través del cambio que Él obra en nosotros. Lo que hace de nosotros testigos es dejarnos plasmar por Él, como dice Daniélou: «Lo que da testimonio de ello es la manifestación de una acción divina precisamente ahí donde no hay una generosidad excepcional. El heroísmo demuestra lo que puede hacer el hombre. La santidad demuestra lo que puede hacer Dios»[133].

Lo que deseamos para nosotros es llegar a ser, en cada situación, esa «irrupción» descrita por Julien Green: «He pensado hoy en el bullicio, en los miles de palabras inútiles, en el ruido de la calle, ruido infernal, deprimente, en el sonido del teléfono, etc., todo lo que forma el tejido de la jornada y, en medio del caos, un hombre que con gestos tranquilos y palabras que no cambian nunca obra el milagro del descenso de Dios entre nosotros. [Es la] irrupción de la fe […], irrupción del infinito en nuestro tiempo artificioso»[134]. Ese hombre que todos esperamos, como nos recuerda don Giussani: «Lo que falta no es tanto la repetición verbal o cultural

[131] L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, Edit Editoriale italiana-Il Sabato, Roma 1993, pp. 345-346.
[132] Francisco, *Regina Coeli*, 14 abril 2013.
[133] J. Daniélou, *Saggio sul mistero della storia*, op. cit., p. 128.
[134] J. Green, *L'espatriato. Diario 1984-1990*, Mursia, Milano 1992, p. 68.

del anuncio cristiano [una intelectualización de la fe]. El hombre de hoy espera, quizás inconscientemente, la experiencia de un encuentro con personas para las que Cristo es una realidad tan presente que ha cambiado su vida. Es un impacto humano lo que puede sacudir al hombre de hoy: un acontecimiento que sea eco del acontecimiento inicial, cuando Jesús alzó la mirada y dijo: "Zaqueo, baja rápido, voy a tu casa"»[135]. De este modo se saltan de golpe dos mil años de historia, y podemos hacer ahora la misma experiencia que Zaqueo. Nosotros testimoniamos a todos que Cristo está presente a través del cambio que sorprendemos en nosotros.

«La normalidad se torna repentinamente densa y llena de tensión según su verdad, y su verdad es la relación con el Infinito […]. La normalidad, a cada instante, es relación con esa presencia. […] La presencia de Cristo en la normalidad de la vida implica cada vez más el latir del corazón: la conmoción por Su presencia se hace conmoción en la vida cotidiana e ilumina y vuelve cada vez más tierno, bello y dulce el tenor de la vida diaria. Ya nada te resulta inútil o extraño, porque no hay nada sin relación con tu destino y, por ello, no hay nada a lo que no puedas amar. […], con las consecuencias magníficas que todo esto implica: respeto por lo que haces, precisión y lealtad con tu obra concreta, tenacidad en perseguir su finalidad. Llegas a ser incansable»[136].

Lo expresa con acierto Werfel: «Cada gesto suyo, cada saludo, cada sonrisa estaban llenas de ese infinito al que no hacía falta evocar por su nombre»[137], pues resultaba evidente.

Si lo que hace presente a Cristo es este cambio, entonces es necesario que purifiquemos nuestra concepción de presencia de ciertos rasgos con los que a veces se la identifica, como nos recomendaba don Giussani: «Desde el *Equipe* de 1976, cuyo título era *De la utopía a la presencia*, hemos recorrido un camino que nos empuja ahora a ahondar y podar la palabra "presencia": es necesario ahondar en ella y liberarla de lo superfluo. […] La presencia coincide con tu "yo". La presencia nace y consiste en la persona. […] Y lo que define a la persona como actriz y protagonista de una presencia es la claridad de la fe, es esa claridad de la conciencia que se llama fe […]. La presencia consiste por completo en la persona, nace y consiste en la persona, y la persona es inteligencia de la realidad hasta tocar su horizonte último»[138].

---

[135] L. Giussani, *L'avvenimento cristiano*, Bur, Milano 2003, pp. 23-24.
[136] L. Giussani, *Un evento reale nella vita dell'uomo...*, op. cit., pp. 101-104.
[137] F. Werfel, *Barbara*, Corbaccio, Milano 2000, p. 52.
[138] L. Giussani, *Un evento reale nella vita dell'uomo...*, op. cit., pp. 142-143.

Así como la personalización de la fe no se reduce a un intimismo o a un cese del ímpetu misionero, de igual modo centrar la presencia en la persona no debe reducirse a la oposición entre "público" y "privado", como un redimensionamiento de la presencia, una retirada sobre uno mismo. Al contrario, es centrar la cuestión según el planteamiento original del movimiento. Es decir, afirmar que la presencia consiste por completo en la persona no significa separar u oponer una esfera privada, intimista, a otra pública (¡no existe esta división!), sino que significa indicar el lugar original de todo cambio, la raíz de la que procede un fruto cuya extensión invade toda la historia, según el designio del Misterio y no según nuestros programas. Todo lo demás es ilusión, engaño, nos hace perder el tiempo. La persona no es lo "privado" en oposición a lo "público" (son categorías mundanas y reducidas que no se pueden aplicar a la vida de fe). El cambio de la persona y la existencia de una comunidad cristiana auténtica tienen un valor histórico.

«No determinamos nosotros los tiempos de la historia. A nosotros nos corresponde vivir la presencia, adherirnos con todo el corazón al Misterio que ha entrado en nuestra vida y que ya desde ahora tiene la forma de una humanidad nueva, una amistad, una comunión. "No temas, pequeño rebaño, yo he vencido al mundo". "Lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe". ¿Necesitará nuestra fe siete, ocho, nueve siglos para que todo el mundo universitario esté nuevamente impregnado de la presencia cristiana? No son estos los cálculos que podamos hacer. Además, nos interesa vivir en la universidad para crecer como sujeto personal y comunitario, no para decir "hemos ganado". […] Debemos abandonar esta interpretación ideológica de la vida universitaria que da lugar a un trabajo agotador, pesado y amargo, a causa del cual muchos se alejan de nosotros. Nadie se aleja de una humanidad verdadera, excepto en el caso de una rebelión diabólica y feroz»[139].

Pero decir esto no significa no hacer nada. Quiere decir volver a empezar con sencillez, sin presunción ni pretensión hegemónica, planteando nuevos gestos y lugares en los que el sujeto pueda verse edificado; de modo que, a los que los ven, les entren ganas de venir con nosotros por la fascinación de la vida que tienen ante sí.

«*Multiplicar y dilatar la comunidad cristiana en los ambientes en los que vivimos*: esta es nuestra aportación a nuestros hermanos los hombres, con apertura para valorar cualquier ocasión, por muy pequeña que sea, que

[139] L. Giussani, *De la utopía a la presencia*, op. cit., pp. 71-72.

nos ofrezca la intuición de otros, con disposición a colaborar con cualquier hecho que nos parezca justo a la luz de la fe. El verdadero sujeto de esta aventura, de esta aportación histórica, es *la persona* en cuanto perteneciente a la *comunión*. Así surgió el eslogan "Comunión y Liberación"»[140].

[140] L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, op. cit., p. 345.

# *Domingo 21 abril, por la mañana*

*A la entrada y a la salida:*
*Sergej Rachmaninov, Concierto para piano y orquesta n. 2 en do menor, op. 18*
*Sviatoslav Richter, piano*
*Stanislaw Wislocki – Warsaw Philarmonic Orchestra*
*"Spirto Gentil" n. 8, Deutsche Grammophon*

***Don Pino***. «Él fue mirado, y entonces vio»[141]. ¿Qué es el Ángelus sino el instante de la jornada en el que tomamos conciencia de la iniciativa del Misterio hecho carne, de Cristo, hacia cada uno de nosotros? Fuera de esta iniciativa sólo existe la maraña de nuestras imágenes. Nuestro protagonismo en el mundo comienza cuando caemos en la cuenta de Su iniciativa y la acogemos.

*Ángelus*

*Laudes*

**■ ASAMBLEA**

***Davide Prosperi***. La asamblea de esta mañana tiene la finalidad de identificar algunos de los elementos que pueden ayudarnos más en el camino de los próximos meses, porque tendremos la oportunidad de trabajar juntos sobre el contenido de estos Ejercicios.

La primera noche nos desafió la pregunta de Jesús: «Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?». Hemos percibido que esta pregunta se dirigía personalmente a cada uno de nosotros, pero no simplemente en sentido escatológico, sino que ha puesto al descubierto la experiencia que vivimos todos los días, porque «cuando vuelva» es ahora. Y este desafío de Jesús, que es un abrazo, corre el riesgo – o puede correrlo – de llegar a ser en nosotros duda e intelectualismo. Lo hemos visto un poco como resultado del trabajo que se ha hecho en los hoteles, en las preguntas que han llegado. Pensamos que puede ser útil volver a proponer, aunque de modo crítico, algunas de estas preguntas. En su mayoría se referían a la segunda lección, subrayando la dificultad para responder al acontecimiento pero dando por descontado el acontecimiento mismo.

Primera pregunta. Al identificarnos con Cristo podemos conocer a Zaqueo; parecería más inmediato identificarnos con Zaqueo. ¿Cómo es posi-

[141] San Agustín, *Discurso* 174, 4.4.

ble identificarnos con Cristo, hacer su misma experiencia? Pensar en hacer la experiencia de Cristo da escalofríos.

***Julián Carrón***. Este es un ejemplo del predominio del intelectualismo sobre la experiencia, tan extendido entre nosotros, porque habría sido suficiente con partir de la experiencia que ha hecho cada uno de nosotros para responder a esta pregunta de forma sencilla. Pero nosotros somos «modernos», y en cuanto escuchamos ciertas palabras les damos rápidamente un significado moderno.

Para nosotros, ¿qué quiere decir identificarnos con Cristo? "Imaginarnos" cómo hace Él. ¿Y cómo podemos estar seguros de que imaginamos correctamente, de que no reducimos a Cristo a la imagen que nos hacemos de Él? ¿Quién me asegura que estoy haciendo exactamente su misma experiencia? Es perfectamente comprensible el temor. Pero si siguiésemos lo que nos dice don Giussani – que nos corrige continuamente –, es decir, que la realidad se hace transparente en la experiencia (la experiencia que nosotros hacemos), todo sería más sencillo. De hecho, sólo podemos identificarnos con lo que vive otro por una experiencia que hemos hecho nosotros.

¿Qué experiencia hemos vivido al toparnos con el movimiento? Cuando uno se encuentra con el movimiento, cuando ve algo que le asombra, no tiene que imaginarse nada: acusa el impacto de lo que tiene ante sus ojos. De este cambio absoluto de método que se ha producido con el cristianismo es de lo que nos ha hablado don Giussani. Y esto es lo primero que experimentaron también Juan, Andrés o Zaqueo: el choque con algo distinto. No tuvieron que imaginarse nada; sencillamente acusaron el impacto de una diferencia tan única, tan absolutamente fuera de lo común, tan excepcional, que fue facilísimo permanecer pegados a esa Presencia. Es el impacto con algo que no proviene de nosotros, que no podemos crear nosotros. ¡Decidme si esto no es fácil! Porque cuando la gente se encuentra con nosotros, cuando ve cómo estamos juntos en la celebración de una boda – como me contaban recientemente en una asamblea en Lombardía –, sucede lo mismo: ven una forma de estar juntos inaudita. Incluso el dueño del restaurante, cuando termina la celebración, da las gracias por la fiesta. ¿Por qué? ¿Qué es lo que ha visto? ¡No ha tenido que realizar ninguna introspección! No, se ha quedado impresionado por una forma de estar juntos. Y si el dueño de un restaurante se queda impresionado, quiere decir que hay algo verdaderamente distinto, ¡porque está acostumbrado a ver una boda tras otra! También hice referencia ayer a la reacción de una persona que fue al funeral de uno de nosotros y que se quedó profundamente impresionada por lo que había visto. ¿Cuántas veces habrá asistido

a un funeral? Pero para llegar a decir: «Así hasta es bonito morir», debe haberse encontrado ante algo inaudito e irreductible, que no es el fruto de nuestro esfuerzo, de nuestra actividad, que no es algo que conseguimos hacer nosotros. Es decir, para identificarse solamente hace falta haber hecho experiencias como estas.

La fe tiene que ver siempre con algo que sucede fuera de nosotros, tiene su origen fuera de nosotros, depende de algo que no generamos nosotros, nace de algo con lo que nos topamos. Entonces Giussani nos dice: «Mirad lo que os ha sucedido», porque esa es la modalidad con la que Cristo os ha abrazado. Ahora bien, únicamente si partimos de la experiencia presente podremos identificarnos con Cristo sin reducirlo. La experiencia presente es, de hecho, la experiencia de esa forma de mirar con la que Cristo nos ha alcanzado y nos alcanza. Y cuando nos encontramos ante una persona que mira de forma distinta, que nos mira como nunca nos ha mirado nadie, nos quedamos impresionados por esa mirada. Cada uno debe identificar en su propia experiencia cuándo le ha sucedido esto, y de esta forma poder entender qué quiere decir identificarse con Cristo, para no reducir todo a una imaginación. ¡El cristianismo es otra cosa!

Se entiende por qué muchas veces no sentimos la urgencia de volver a leer a Giussani o el evangelio: no tenemos necesidad de ello. Nos reducimos a nuestros pensamientos, a nuestras tentativas, a nuestras imaginaciones, que no consiguen darnos nunca un instante de alegría. ¡En cambio, Giussani nos testimonia constantemente que él no puede vivir sin Cristo! Debemos decidir si queremos seguirle hasta el punto de hacer su misma experiencia o si queremos reducir todo a nuestra medida.

***Prosperi***. Dos preguntas que leo juntas porque se completan mutuamente.

Hoy has hablado de una tensión exasperada por decir Su nombre en todos los aspectos e instantes de la vida. ¿Cómo puede vivirse esto en la vida cotidiana como acto libre y pacificador, y no como una operación que mide todo?

Reconocer un acontecimiento es sencillo, como me ha sucedido de nuevo en estos días. ¿Cómo se conjugan esta sencillez y el camino que requiere un compromiso total para sorprender el significado verdadero, que muchas veces no me parece sencillo?

***Carrón***. ¿Lo veis? Cuando contamos una experiencia es facilísimo: «Reconocer un acontecimiento es sencillo, como me ha sucedido de nuevo en estos días». Cuando nos separamos de la experiencia empezamos a

complicarnos. Este es el predominio del intelectualismo: nos enmarañamos y no sabemos de qué estamos hablando. Don Giussani dice que si no partimos constantemente de la experiencia terminamos sucumbiendo a la confusión.

Entonces, miremos cara a cara estas preguntas. Pensemos en la experiencia del enamoramiento. Si uno se enamora, enamorarse para él no quiere decir: «Ahora me dedico a la contemplación de su rostro y no hago nada». ¡No! Precisamente porque ha sucedido, esa presencia atraviesa la vida de tal modo que la pregunta es la opuesta: ¿cómo podéis hacer todo, vivir lo cotidiano, sin sentir en vosotros la urgencia de ella o de él? ¡Decidme cómo! La urgencia del otro no es un esfuerzo titánico que tengo que realizar, ¡no! Es algo que sorprendo en mí. Y por esto me doy cuenta de lo que me ha sucedido, de qué presencia ha atravesado mi vida. No puedo vivir ningún momento de la jornada (ni siquiera cuando voy en metro, cuando me visto por la mañana, cuando estoy comiendo), sin la tensión exasperada por decir su nombre. Esta tensión, esta urgencia que sorprendo en mí mismo, que apremia dentro de mí, es la memoria de él o de ella: esto es el predominio de una presencia. ¿Qué sucede cuando, en un momento dado, este fenómeno deja de suceder? Uno no decide dejar de pensar en ella o en él porque tiene otra cosa que hacer. Antes también tenía un montón de cosas que hacer, ¡pero no podía evitar que volviese a su mente, que prevaleciese esa presencia! Cuando deja de suceder no quiere decir que la persona amada haya desaparecido de la faz de la tierra; está ahí, pero ya no es el predominio de esa presencia lo que determina la vida, el acontecimiento ya no urge dentro de sí. ¡Por eso digo – me lo digo ante todo a mí mismo – que el gran problema para nosotros es que no echamos de menos a Cristo! Podemos buscar todas las explicaciones que queramos, ¡pero el problema es que muchas veces no echamos de menos a Cristo! Nosotros nos hemos encontrado con un hombre que, comiendo con sus amigos, no podía evitar sentir la tensión exasperada por decir Su nombre. Entonces, "exasperada tensión" o "compromiso" es lo mismo. Después de haberse encontrado con Él, ¡siento la urgencia de Él, le echo de menos! Porque si no le echo de menos, ningún moralismo podrá sustituir la tensión de esta ausencia.

Entonces, ¿cómo puede ser la tensión exasperada por decir Su nombre un acto libre y pacificador? El problema es al contrario: si no hacéis esto, ¿cómo podéis ser libres en medio de todos los problemas del día? ¿Cómo podéis vivir en paz? ¿Cómo podemos ser cada vez más libres en medio de todos nuestros quehaceres si no echamos de menos a Cristo, si no es Él quien llena todo de Su presencia?

Algunos, cuando digo estas cosas, objetan: «Esto es intimismo». ¡Y unas narices! ¡Preguntaos a vosotros mismos si esto es intimismo o si es el signo de que Cristo significa algo en la vida! Esto es la fe: para vivir, yo necesito reconocerle a Él. El problema de la fe no es algo superado, es nuestro problema cotidiano. ¿Qué significa Su presencia para nosotros ahora?

***Prosperi***. Esto tiene que ver con la pregunta siguiente: ¿qué quiere decir esperar todo del hecho de Cristo?

***Carrón***. Cada uno debe hacerse esta pregunta, porque sólo el que se ha encontrado con Cristo sabe qué puede esperar. ¿Quién es Cristo para nosotros? ¿Uno más entre otros? Como decía el amigo citado ayer, «es un problema de estima». ¿Jesús es lo que más estimo o no? ¿Qué he experimentado en el encuentro con Cristo? Es necesario responder a estas preguntas, porque luego en la vida puede suceder de todo: nos equivocamos, nos distraemos, pensamos que nos estamos perdiendo lo mejor, como el hijo pródigo, y entonces, como él, nos marchamos de casa buscando un cumplimiento que imaginamos que será mayor. Y cuando vivimos para otra cosa que no es Él, podemos ver lo que sucede: ¡justamente como el hijo pródigo! ¿Por qué se acordó de su padre, de su casa? ¿Qué espera, después de haber vivido de todo, después de haber buscado el cumplimiento por todas partes? Con su padre ha vivido una experiencia distinta, incomparable, como nosotros con Cristo. Por tanto, ¿qué espera el hijo? Espera todo lo que ya ha vivido, y que en caso contrario no podría conocer, como tampoco nosotros lo conocemos antes del encuentro. Por eso – decía siempre don Giussani – la gente puede marcharse, pero cuando sucede un hecho ya no hay vuelta atrás. Por eso Cristo puede desafiarnos a todos: «¡Comparad con cualquier otra cosa, y decidme si encontráis algo que corresponda más que Yo, más que lo que habéis experimentado en el encuentro conmigo!». De este modo uno puede empezar a ver que no hay nada, ninguna otra presencia, ninguna otra forma de vivir la vida que corresponda más a la espera de su corazón – esta es la verificación de la fe –. No caemos en la cuenta de esto porque seamos buenos, porque no hagamos las estupideces de todos, porque no nos distraigamos, sino porque cuanto más nos alejamos, más cuenta nos damos de lo que nos falta al marcharnos. Entonces, esperamos que Cristo sea cada vez más todo para nosotros; con dolor, empezando de nuevo, cojeando, pero sin marcharnos, sin tomar otro camino – como decía Eliot –. Esta es, entonces, la pregunta que cada uno debe hacerse: ¿esperamos todo de Cristo? ¿Lo espero todo de Ti, Cristo? La cuestión no es si yo soy "capaz de", si estoy "a la altura de",

la verdadera pregunta es la que Jesús le dirigió a Pedro: «¿Me amas? No te pregunto si eres capaz, si mañana me traicionarás, no te pregunto esto. Sólo si me amas por encima de cualquier otra cosa. ¿Te interesa Mi presencia más que cualquier otra cosa? ¿Lo esperas todo de Mí o soy una más entre otras muchas cosas? ¿De dónde esperas que venga el cumplimiento de tu vida?». Si, en el fondo, Cristo es para nosotros uno más entre otros, entre las muchas cosas de la vida, entonces responderemos: «Sí, Cristo está bien, ¡pero sin exagerar!». Que Cristo pueda ser todo, esta es la cuestión central de la fe. ¿Lo espero todo de Cristo? La fe no es sólo la lista de las verdades a las que nos adherimos, porque estas verdades las percibimos muchas veces como una serie de abstracciones. El problema es que la verdad se ha hecho carne, la belleza se ha hecho carne, la felicidad se ha hecho carne. El problema es si para nosotros Cristo es este acontecimiento. Si no es así, ya nos hemos alejado, y no porque seamos incoherentes – ¡atención! –, porque los publicanos eran mucho más incoherentes que nosotros, pero volvían a Él continuamente. Es un problema de estima, de juicio. No hay nada de sentimental o moralista. ¿Quién es Cristo para la vida de cada uno de nosotros? Se trata de un problema de juicio.

***Prosperi***. Otras dos preguntas unidas.

Sobre la objetividad de Cristo hace dos mil años, ningún problema. En cambio, sobre la objetividad de Cristo hoy, el riesgo de seguir una idea nuestra es muy elevado. ¿Qué es lo que nos libera de este riesgo?

También Pedro corrió el riesgo del personalismo, pero al final conoció a Cristo realmente. ¿Cuál es el sutil confín entre seguir la presencia y seguir a la persona? ¿Por qué es tan importante esta diferencia?

***Carrón***. ¿Veis por qué no es un problema solamente nuestro? También Pedro corría el riesgo de seguir su idea de Dios o de seguir su idea de Jesús (de qué convenía a Jesús); el evangelio lo documenta, como vimos ayer. Esto es inevitable en nosotros, como nos dice don Giussani: es inevitable que alguien, en cuanto conoce algo, se forme una imagen, se haga una idea de esa cosa; no debemos por tanto asustarnos por ello. La verdadera cuestión es que cuando me encuentre ante una irreductibilidad como la de Cristo – tal y como le sucedió a Pedro –, yo ceda. También Pedro, después de haber sido alabado porque había confesado que Jesús era el Cristo, sintió Su reproche: «¡Tú no piensas como Dios!». También Pedro se había hecho una idea sobre Dios. ¿Quién nos libra constantemente de esto? Esta es la cuestión, hoy como hace dos mil años. Sólo nos libra de esto una Presencia irreductible. Por eso la fe cristiana no es posible sin tener una

objetividad delante, sin algo fuera de mí con lo que me topo, algo que no puedo reducir a mis imágenes, a mis ideas, a mi sentimiento, a mi reacción, a mi interpretación. La fe cristiana será siempre el toparse con una Presencia que te libera de tus medidas, te libera de tu jaula, de tu búnker (por usar una imagen de Benedicto XVI). El cristianismo permanece en la historia porque Su presencia sigue sucediendo, como sigue sucediendo esta liberación de mí mismo, de mi jaula, de mi búnker, porque con mis interpretaciones puedo hundirme, y con mis pensamientos puedo ahogarme. ¿Cómo percibo que Cristo está presente? Lo percibo porque con Él hago tal experiencia de liberación, de alivio, que digo: «¡Es esto!». Como la persona que decía: «Este acontecimiento volvió a suceder ayer». Cuántas veces estando juntos, participando en algo, nos encontramos ante el testimonio de alguien, ante algo que sucede, ¡y somos liberados! Sabemos que Cristo está presente no porque lo digamos nosotros, sino porque sorprendemos cómo sucede en nosotros este alivio, esta liberación de nuestra medida, del ahogo, de la jaula. Y cuando sucede produce en nosotros un asombro tan grande que a uno le sale decir: «Gracias, gracias porque estás presente hoy, Cristo, en medio de nosotros, en Tu cuerpo que es la Iglesia, en Tu visibilidad histórica, irreductible a todas mis medidas». Basta con que cada uno piense si ha sucedido algo durante estos tres días, que piense cómo ha llegado aquí y si ha sucedido algo. Como me ha escrito alguno: uno llega enredado, preocupado por muchas cosas, y se encuentra con algo irreductible; no porque hablemos de las preocupaciones del trabajo, de lo que ha dejado en casa, ¡no! Se encuentra inmerso en una irreductibilidad. En caso contrario, ¿por qué habríamos de venir aquí si no es por esto? ¿Por qué deberíamos ser cristianos si no es por esto? ¿Por qué deberíamos pertenecer al movimiento si no es por esto? Todo nuestro empeño tiene esta finalidad: que el movimiento sea un lugar en el que vuelva a suceder la liberación, y no una agencia de actividades o una ONG, como decía el papa Francisco, sino un lugar donde vuelve a suceder la novedad de mi "yo", de modo que uno pueda volver a casa distinto. Entonces, ser liberados es vivir el cristianismo como un acontecimiento. Podremos vivirlo según su naturaleza únicamente si vuelve a suceder como un acontecimiento. Si no es así, pierde todo el interés. En cambio, si sucede de nuevo, entonces uno se apega cada vez más, uno se llena cada vez más de razones. Por eso hemos repetido hasta la extenuación que si el cristianismo no es una experiencia presente, en donde yo encuentro la confirmación de que responde a las exigencias de la vida, la fe no podrá resistir en un mundo en el que todo dice lo contrario. Este es nuestro problema. Por eso, si Giussani insiste en denunciar las reducciones del movimiento o del seguimiento, según todas

las variantes de las que hemos hablado durante estos días, no es por el gusto de analizar o por reprocharnos algo, ¡es para salvarnos! Porque todas estas variantes nunca serán el cristianismo, nunca serán el movimiento. El movimiento es y será el impacto del inicio, incluso con personas llenas de fragilidad como nosotros; lo que nos ha liberado es el impacto del inicio. Si no es esto, con el tiempo dejará de interesarnos.

***Prosperi***. Las dos últimas preguntas se refieren a experiencias particulares que, sin embargo, plantean cuestiones que nos afectan a todos.

Después de la experiencia tan significativa del CLU, he vuelto a mi pueblo y experimento una gran dificultad con la comunidad local del movimiento, cuya vida me parece muy distinta de la vida del CLU. Ante esta dificultad, se me dice que el problema es mío, porque no soy capaz de valorar lo que hay. ¿Esto es un ejemplo de cuando Carrón dice que el problema es mío? En estas condiciones, ¿qué significa el seguimiento?

***Carrón***. Lo primero que hay que decir es que la Fraternidad es una, el movimiento es uno, al igual que la Iglesia es una. Es necesario abrir las ventanas de las comunidades y de los grupos, porque si en cada comunidad no corre el aire de todo el movimiento, si en cada grupo no corre el aire de toda la Fraternidad, entonces todo se vuelve asfixiante, como sucede en cada grupo de amigos. Sea cual sea la situación que vive cada uno, no deja de tener al alcance de la mano toda la riqueza de la vida del movimiento, aunque esté en el rincón más perdido de la tierra. Por tanto, todo lo que es la vida del movimiento llega hasta allí. Al final de la primera lección hice la comparación con la Iglesia. Este tipo de reducción autorreferencial de cada comunidad puede suceder también con respecto al movimiento; y no lo solucionamos cambiando de estrategia. ¡No! Para hacer salir a los apóstoles de la reducción que llevaban a cabo, Cristo no cambió de estrategia sino que dio la vida por ellos, murió y resucitó por ellos. Es necesario participar en la totalidad de la vida de la Iglesia, que se nos comunica no sólo cuando nos juntamos a comer con los amigos. La vida de la Iglesia es mucho más rica que todas nuestras iniciativas, y si reducimos nuestra compañía a nuestras iniciativas, ¿adónde vamos? Si no tenemos el horizonte de la totalidad de la Iglesia y no sentimos la urgencia de participar en esta objetividad mucho más grande que nosotros, que nos perdona, que nos alimenta constantemente con la Eucaristía, que nos ofrece continuamente Su palabra, que nos ofrece la riqueza de Su testimonio y de Su compañía, ¿cómo podemos no sucumbir? Lo subrayo porque lo que sucede con la Iglesia sucede también con el movimiento.

Si en cada grupo la vida no está abierta a esta totalidad, nos ahogamos. Cada uno tiene todo lo que necesita para vivir allí donde se encuentra. «Ya no os falta ningún don de gracia»[142], decía san Pablo a la comunidad de Corinto, en medio del Imperio romano, cuando eran tres gatos. «Ya no os falta ningún don de gracia». Y entonces a nadie se le impide vivir, en cualquier situación, en cualquier comunidad, en cualquier lugar; podrá incluso valorar todo lo que hay, sin reducir la comunidad a lo que hay, sino abriéndola de par en par. Tú puedes llegar ahí con la riqueza de lo que has vivido en el CLU y "perturbar" la comunidad por la "perturbación" que ha sucedido en ti, como decíamos: si puede producirse esta "perturbación" en el ambiente de trabajo, también puede producirse en nuestras comunidades. Es más, esperemos que alguien siga "perturbando" las comunidades. ¡Si no es así estamos acabados! Porque nadie puede impedirnos vivir, sea cual sea la situación en la que el Misterio nos ha colocado.

***Prosperi***. Nos has dicho que el acontecimiento no es generado por nuestra acción, sin embargo, el movimiento nos reclama a realizar ciertos gestos (caritativa, Campaña de Navidad, Colecta de Alimentos, etc.) que son instrumentos educativos. ¿Cómo podemos hacer para que estas acciones no se reduzcan a activismo?

***Carrón***. Lo que nos ha sucedido no ha sido el producto de nuestra acción. El Acontecimiento no es generado por nuestra acción, y desde el comienzo ha sido así. Nosotros nos hemos topado con algo distinto que no habíamos creado y que ha cambiado nuestra vida. Todo lo que hacemos, nuestros gestos, son expresión de esa novedad que el movimiento ha introducido, que Cristo ha introducido en la vida. El problema viene cuando los gestos, en lugar de ser expresión de esa novedad, se convierten en cosas que hacer. Todas las mujeres lo comprenden. Cuando se casan y se preocupan por mantener la casa bonita y en orden, o por preparar una comida rica, para que la casa sea un lugar al que uno desea volver, ¿por qué lo hacen? Por el ímpetu de que lo que les ha sucedido invada todo. Y entonces, cada gesto es expresión de un amor, de una pasión por la vida de su familia. ¡Qué desgracia cuando esto se pierde y todo se convierte en un "quehacer"! Lo que era la expresión de un amor se convierte ahora en un lamento: «Pero, ¿por qué tengo que hacer esto? Tú siempre estás fuera, ¡y yo aquí limpiando!». ¡Ojo!: no discuto que algo de esto haya; que los

[142] Cf. *1 Cor* 1, 7.

maridos no tomen mis palabras como una excusa para justificarse, ¡porque a los hombres les pasa lo mismo!

Los gestos pueden ser expresión de un acontecimiento, expresión de un amor, de una pasión, o estar simplemente reducidos a quehaceres; en vez de generar continuamente la relación, de ser expresión de la relación y facilitar el crecimiento de la relación, se convierten en simples quehaceres.

El riesgo reside en esta doble reducción: activismo o intimismo. El ejemplo más claro de esta contraposición mortal es el episodio de Marta y María. Marta se afana en la casa, ¡y de qué modo! ¿Acaso alguno de nosotros no estaría contento y consideraría un honor hacer las cosas por Jesús, hospedarle en su casa? Pero uno puede tener a Jesús en casa, tener la fortuna de servirle, y hacer prevalecer el lamento por encima de todo. «¡Oye, que María no me ayuda!»: prevalece el lamento. Y entonces, cuando Jesús le dice a Marta: «Sólo una cosa es importante», no le está diciendo que es mejor la contemplación que la actividad; no, está subrayando que Marta no se da cuenta de que, haga lo que haga, lo que debe prevalecer es el hecho de Cristo, el hecho de considerar un honor estar con Él, de que todo es para Él. Cuando Jesús le dice esto, no es un reproche: «Si no te das cuenta de esto, queridísima Marta, tu quehacer no te basta; y se ve por tu lamento». Cuando don Giussani nos invita a no sucumbir al activismo, no lo hace porque no quiera que llevemos a cabo actividades; y cuando nosotros nos decimos estas cosas, no es por insistir en el intimismo en lugar del activismo. No, ¡no os confundáis! El hecho es que la actividad, cuando no es vivida según su verdadera naturaleza, genera un lamento, porque no es expresión de un amor, porque no ayuda a hacer memoria de ese amor, porque no me hace ser consciente de ese amor. De hecho, aunque tuviera una actitud intimista, si no Le reconociera pasaría lo mismo: ¡el lamento! El problema no es el activismo o el intimismo, el problema es si predomina Su presencia o no. La alternativa no es hacer o no hacer, sino dejar entrar una Presencia y verse tocado por ella, hasta el punto de que llegue a dominar la vida, o no. Si Él no predomina, podemos hacer o no hacer, pero reina el lamento, el malestar. Muchas veces la gente se reserva espacios para no complicarse la vida. ¿Pero acaso esto responde? ¿Responde cualquier forma de contraposición como la que hemos dicho? El problema es que a veces pensamos que actuando así podemos arreglárnoslas. ¡No! Es necesario que nuestro hacer esté completamente atravesado por Su presencia, al igual que nuestro descanso. Porque lo que sucede en la acción, sucede también en el reposo. De este modo, incluso cuando no hacemos nada, no Le echamos de menos. La misma reducción que transforma la actividad en activismo se produce en el descanso, y por eso vamos de vacaciones como

los paganos, esperando lo mismo que esperan todos, en vez de vivir las vacaciones como ocasión para hacer memoria de Él, para vivir la tensión exasperada por decir Su nombre.

Al final, la cuestión es siempre la fe: si prevalece esta Presencia como acontecimiento en la vida o no. ¡Pero atención! No nos confundamos, esto no quiere decir que hace falta no sé qué tipo de coherencia o de irreprensibilidad. ¡No, no y no! Lo vemos perfectamente cuando el acontecimiento del enamoramiento está vivo. Podemos seguir cometiendo los mismos errores de antes, pero prevalecen la urgencia, la gratitud y la alegría por la presencia de la persona amada. Estoy contento porque Tú vives, Cristo, porque existes. ¡No estoy obligado a ahogarme en las cosas que hago, en la actividad o en el descanso, porque Tú estás! Es la cuestión de la fe, porque para nosotros la fe es algo que tiene que ver con todo, no algo que se refiere a un aspecto particular de la vida. La fe es algo que tiene que ver con todo.

Por ello, continuemos nuestro camino tratando de seguir lo que la Iglesia nos propone en el Año de la Fe, para que podamos redescubrir la belleza de la fe, para vivir, para vivir más, con mayor intensidad, para vivir la vida con verdadera intensidad, de modo que podamos responder al «vivir cotidiano que paraliza». En caso contrario, la fe tendrá fecha de caducidad; y no por maldad por nuestra parte, sino porque dejará de interesarnos. Nuestro interés se desplazará a otro lugar. Uno puede estar aquí y haberse desplazado ya su interés a otro lugar. No es tan difícil comprender que – como decía don Giussani – podemos ser del movimiento sin que la fe sea el centro de nuestro interés. No porque don Giussani piense que decimos herejías contra la fe, no, sino porque el centro afectivo de nuestro "yo" se ha desplazado a otro sitio, ya no lo esperamos todo de Él. Este es el problema de la fe.

Viviendo la experiencia del reconocimiento de su Presencia a través de lo que Cristo genera en nosotros, podremos dar testimonio de Él en todo lo que tengamos que hacer, en todos los gestos que llevemos a cabo. Acompañémonos en esto. Para esto existe la Fraternidad.

## Avisos

Digo algunas cosas sobre la Fraternidad que nos pueden ayudar a recordar su finalidad. Me han impresionado mucho algunas solicitudes de inscripción que expresan el punto de partida, la preocupación de la que partió don Giussani al hacer la Fraternidad.

Dice una de estas solicitudes: «Hoy, después de más de dos años en el movimiento, tengo la certeza de que es el camino justo, porque el método que me ofrece me ayuda en la vida; me ayudan los juicios que nos damos, compartir la experiencia que aprendemos en la Escuela de comunidad. Aprendo que la consistencia de mi libertad y de mi felicidad no se basa en una independencia individual mía, sino en una relación con el "Tú", en la conciencia de que estoy caminando hacia mi destino. La amistad y la comunión que vivimos en comunidad forman parte necesariamente de este camino, de esta relación y también de mi felicidad y de mi libertad. Por eso quisiera pedirte entrar en la Fraternidad de Comunión y Liberación, porque el Señor me ha hecho comprender que es mi camino».

Otro amigo escribe: «Quisiera entrar en la Fraternidad de Comunión y Liberación, porque me doy cuenta de que es el único camino que me hace verdaderamente feliz, y a través del cual Cristo se me da a conocer. El movimiento es este modo a través del cual se me da a conocer. Cuando conocí CL era un gran individualista [esta es la cuestión: uno puede empezar así, individualista, pero luego desea pertenecer porque ha experimentado la liberación de su jaula], un hombre que quería conseguirlo todo solo, a su manera. CL era un proyecto mío, y no sólo CL, sino toda mi vida [cuando asumimos este planteamiento, hacemos también del movimiento un proyecto nuestro], y me empecinaba en esto. Luego tenía que plegarme a pactar, y cuando no funcionaba la cosa, empezaban los problemas. Pero poco a poco, en todo lo que vivo, en lo bueno y en lo malo, he aprendido que lo que necesito es un lugar en el que pueda encontrarme continuamente con Cristo vivo [uno empieza como puede, somos unos pobrecillos; la cuestión es que, en un momento dado, se encuentra ante algo irreductible]». «He aprendido que lo que necesito es un lugar donde pueda encontrarme continuamente con Cristo vivo [por la experiencia que ha tenido, sabe lo que vivía al principio y lo que le está sucediendo al vivir dentro de un lugar como el movimiento]. Para mí este lugar es la comunidad de las personas de CL, donde se renueva en mí la memoria de lo que es importante en mi vida. Es también el lugar en el que aprendo continuamente, en el que me siento como en casa».

En la última diaconía de la Fraternidad, el mes pasado, un amigo nos decía que en poco tiempo habían muerto tres amigos suyos en Montreal, Canadá. Uno de ellos, enfermo de cáncer, tenía prisa por inscribirse en la Fraternidad antes de morir, y pedía ser aceptado lo más rápido posible. Fue enterrado con el carnet de inscripción a la Fraternidad en el bolsillo, cerca del corazón, como un tesoro. Quería morir perteneciendo al lugar en el que Cristo se le había hecho cercano.

En una entrevista concedida en 1992, don Giussani decía: «La inscripción a la Fraternidad es un acto personal, una iniciativa del individuo, no una elección realizada en grupo. Nace como necesidad personal para la propia fe [como hemos visto] y para la realización de la propia fisonomía cristiana. Su finalidad […] es participar en una compañía que nos ayude en el camino a la santidad; es decir, en el conocimiento de Cristo, en el amor a Cristo por el bien de los hombres, por el reino de Dios en la tierra»[143].

Tendríamos que leer con frecuencia estas frases, porque nos dicen qué es la Fraternidad, frente a todas nuestras reducciones. «Nace como necesidad personal para la propia fe», es decir, para la propia vida, como un «participar en una compañía que nos ayude en el camino a la santidad».

Cuando no se entiende esto, cuando uno ha reducido su necesidad, entonces tampoco se comprende verdaderamente qué es la Fraternidad. En enero, por ejemplo, en el encuentro de responsables de Estados Unidos, algunos de los participantes me contaron lo que les costaba participar en la Fraternidad. ¿Por qué? Porque la Fraternidad es una propuesta que afecta a la totalidad de la vida, por la naturaleza misma del acontecimiento cristiano. Con frecuencia – es un problema que está por todas partes – nosotros aceptamos pertenecer a un club, a una asociación que responde a ciertas necesidades particulares. Los amigos americanos me preguntaban por qué les costaba tanto. Y yo les respondí: «Si perteneces a la Fraternidad así, ¿cuál es el problema? Hacéis la Fraternidad como un club, ¿cuál es el problema? Todo va bien así, ¿no?». Y entonces empezaron a intervenir uno tras otro diciendo: «No, no va bien así. A mi vida le falta esto, esto otro…». «Ah, entonces reducir la Fraternidad a un club más no resuelve la vida, no ayuda. Por eso la Fraternidad es una propuesta distinta de un club, porque vosotros tenéis los carnets de muchos clubes, y salís uno tras otro para decir qué es lo que no va bien. Este es el motivo de que no os interese la Fraternidad, porque la vivís como un club más». En cambio, la propuesta de la Fraternidad es distinta. Por ello, ¿quién puede pertenecer

[143] L. Giussani, «Per una fede matura», entrevista a cargo de P. Colognesi, *Litterae communionis-CL*, febrero, 1992, p. 26.

a ella verdaderamente? ¿Quién puede desearla? ¡Quien no se contenta con menos de todo! Es decir, quien siente en su interior la urgencia de esta necesidad personal. Si no brota la hipótesis de la Fraternidad, no brota porque falta este deseo de santidad, es decir, el deseo de la plenitud de la que habla Giussani, ese deseo de cumplimiento total de la vida. Quien tiene este deseo siente la necesidad de juntarse con otros para ser sostenido en la vida, siendo consciente de su propia fragilidad. Es la amistad como compañía guiada al destino. Que brote como hipótesis es la consecuencia de este deseo, de este seguir. Por eso sería suficiente con ser leales con nuestras necesidades para comprender la urgencia que tenemos de un lugar real, verdadero, irreductible, donde se nos ayude verdaderamente.

Como decía también don Giussani: «Como el objetivo de la Fraternidad es el compromiso de la responsabilidad personal frente a la santidad y al destino, el verdadero problema es la capacidad de amistad, la vida en común [en el sentido de compañía guiada al destino]. Es vivir compartiendo la vida sin pretensiones, sin medida, sin sentimentalismos [decía don Giussani], y que llega hasta la ayuda social y material. Escuela de comunidad y misión son los objetivos a los que dedicarse»[144].

En Estados Unidos me preguntaban también haciendo referencia a los primeros grupos que surgían, con esta preocupación: «Al haber crecido mucho en todo el país los grupos de Fraternidad, queremos comprender cuál es la importancia de ser fieles al fondo común, de seguir una regla que permita dar una cierta estructura a esta amistad». Aquí vemos, como decíamos antes, que hacer un gesto, darse una mínima regla de oración, invitarse a ser fieles al fondo común – son pequeñas cosas – es un compromiso mínimo, pero es la expresión más sencilla de este deseo de pertenecer a la única Fraternidad. Comprender el significado de estos gestos sencillos es decisivo para no vivirlos de modo formal, sino como expresión de nuestra pertenencia. A este respecto queda mucho camino por recorrer todavía. Si los vivimos de forma verdadera, estos gestos ayudan a incrementar la conciencia de pertenencia, y por tanto la generan constantemente, son la forma de alimentar la conciencia de pertenecer, son una ayuda.

Y en la Carta que enviaba a los nuevos inscritos, don Giussani escribía: «La *Fraternidad de CL* quiere ser una expresión consciente y comprometida, es decir, madura, de la historia del movimiento de Comunión y Liberación. Quiere ser el nivel en el que se realicen todas las instituciones que por gracia de Dios nos han animado y nos animan, tanto en el sentido de

[144] L. Giussani, «Per una fede matura», op. cit., p. 26.

"darse cuenta" de ellas como en el sentido de hacerlas efectivas»[145]. En este sentido, también es importante cuidar los aspectos "formales" de la vida de la Fraternidad. Me impresionó en la última Diaconía la intervención del responsable de América Latina, cuando decía que cumplir determinadas formalidades que se nos piden puede ser una ocasión de educación. Al tenerse que ocupar de la elección de los responsables diocesanos de la Fraternidad en las distintas naciones – como sabéis, cada tres años los inscritos de las diócesis en las que está instituida la Fraternidad son llamados a elegir a los responsables diocesanos de la Fraternidad –, el responsable de América Latina contaba que parecía una cosa formal y decía: «Al principio no tenía mucha importancia para nosotros. En cambio, al habérmelo tomado en serio, he comprendido que incluso un detalle jurídico puede convertirse en un aspecto muy educativo. Este hecho ha implicado para mí una seriedad con la libertad de las personas que participan en la elección y un intento de juicio sobre la situación del movimiento, una invitación a expresar las opiniones de las personas». Todos estos instrumentos los podemos vivir formalmente o pueden llegar a ser una ocasión de educación para comprender qué es nuestra compañía, nuestra Fraternidad.

Decía también don Giussani: «La Fraternidad de CL tiene por objeto asegurar el futuro de la experiencia del movimiento y su utilidad para la Iglesia y para la sociedad, mediante la continuidad en la educación y el desarrollo de obras, como resultado de dicha educación, en las estructuras de la sociedad eclesiástica y civil. Mi intención es tomar en consideración a este nivel a la gente que se adhiere hasta el fondo»[146]. Esto es lo que construye nuestra Fraternidad: gente que quiere estar en ella «hasta el fondo».

***Fondo común***

Por último, vuelvo a subrayar la importancia del fondo común. Como dije públicamente en la Asamblea general de la Compañía de las Obras el pasado 25 de noviembre, «desde el comienzo, el movimiento ha vivido exclusivamente gracias a los sacrificios económicos de las personas que se adhieren a él. El que pertenece al movimiento se compromete a donar mensualmente una cantidad de dinero libremente establecida, el llamado "fondo común", que don Giussani siempre indicó como un gesto que nos educa en una concepción comunional de lo que uno tiene, en la conciencia de la pobreza como virtud evangélica y como gesto de gratitud por lo que se vive en el

[145] L. Giussani, *La Fraternidad de Comunión y Liberación. La obra del movimiento*, Encuentro, Madrid 2007, p. 253.
[146] *Ibídem*, p. 254.

movimiento. Precisamente por esta razón educativa mencionada, no es relevante el importe de la cantidad que cada uno dona, sino la seriedad con la que permanece fiel al compromiso adquirido. Para sostener la vida de nuestras comunidades en Italia y en el mundo y las iniciativas caritativas, misioneras y culturales, el movimiento de Comunión y Liberación no necesita nada más; y por eso somos libres de todo y de todos a la hora de llevar a cabo nuestra tarea como movimiento»[147].

Pero esto nos cuesta todavía. Así como otros gestos en la vida del movimiento están "entrando" cada vez más (por ejemplo la caritativa, porque uno percibe el bien que es para él participar en el gesto de la caritativa para poder vivir después todo), con respecto al fondo común tenemos que recorrer todavía mucho camino, hasta tal punto que hay todavía – ¡aquí! – tres mil personas que no dan nada al fondo común. ¿Y por qué? No es un problema económico, porque el fondo común no es una cuestión de cantidad, sino de fidelidad. No comprendemos todavía el alcance educativo que tiene este aspecto, por su capacidad de generar una modalidad nueva de vivir. Y por eso nos cuesta. Porque la primera razón del fondo común es educarnos en vivir todo como recibido de Otro. Por eso nos conviene no perder esta conciencia. La segunda razón es colaborar con la misión de la Iglesia, construyendo el movimiento. Cuanto más comprenda uno su alcance, tanto más querrá que pueda difundirse, que podamos testimoniarlo en todos los lugares (en los que nace constantemente el movimiento).

Algunos de vosotros vivís esta fidelidad al fondo común incluso en situaciones de dificultad. Os leo una carta: «Por desgracia, esta noche no os escribo lo que desde hace algunos años me habría gustado escribiros, y es que os hacía una transferencia para compensar todas las cuotas del fondo común que no he podido pagar, pero debo decir que no la hago para recuperar lo que debo [entre nosotros es posible también decir esto, con la mortificación que supone, porque entre nosotros podemos decirnos las cosas con esta libertad]. Cada vez que intentaba separar algo para mandar al fondo común, llegaba un gasto imprevisto. Es inútil deciros que son tiempos difíciles. Mi marido ha trabajado mucho ganando poco, y, a pesar de los grandes sacrificios que hacemos para pagar la hipoteca y afrontar los gastos que tenemos, no siempre conseguimos hacer frente a nuestros compromisos si no es por la ayuda de nuestros padres. Hasta hoy no os había escrito nunca, y tampoco había bajado la cuota, ya de por sí bastante baja, porque me daba vergüenza no conseguir respetar mi compromiso. Ahora

[147] J. Carrón, «Con la audacia del realismo», *Huellas-Litterae communionis*, diciembre 2012, p. VI.

en cambio me avergüenzo de haber cedido al orgullo y de haber perdido tanto tiempo en pensamientos, en vez de participar en una obra, aunque sea con poco [no importa la cantidad, es un problema de pertenencia, de conciencia de la pertenencia, de amor a lo que vivimos entre nosotros]. Espero algún día poder recuperarme y hacer una donación». Que uno pueda experimentar este dolor dice mucho más que lo que pueda dar.

***Año de la Fe – Peregrinación a Roma***

Os recuerdo la importancia de la peregrinación a Roma del próximo 18 de mayo, propuesta para el Año de la Fe por el Consejo Pontificio para la promoción de la nueva evangelización, que será el primer encuentro del papa Francisco con los Movimientos eclesiales y las nuevas comunidades.

***Libros***

Acaba de publicarse el nuevo libro de don Giussani, que retoma los *Equipes* de los universitarios de los años 1990-91; lleva por título *Un evento reale nella vita dell'uomo*. Es sorprendente ver cómo describe don Giussani la naturaleza del cristianismo: «El evento real en la vida de un hombre es el reconocimiento y la adhesión a Cristo, es aceptar haber sido elegidos»[148]. Y también: «El cristianismo no es el vínculo que tú estableces con Cristo, sino que es el vínculo que Cristo establece contigo»[149]. Sólo aquel que acepta dejarse plasmar por este evento real puede llegar a ser un protagonista capaz de vivir la interminable fatiga del vivir cotidiano, sin ser derrotado por las circunstancias.

El libro del mes de mayo-junio es *El poder de los sin poder*, de Václav Havel (con prefacio de Marta Cartabia). El texto original se ha enriquecido con otros discursos de Havel muy interesantes, posteriores a 1978. Ahora podemos percibir mucho mejor la potencia de estos escritos. Es suficiente con recordar el famoso ejemplo del hortelano, que es la documentación del aspecto cognoscitivo, cultural, «revolucionario» de un "yo" que está en primera persona en la realidad. Este es nuestro único recurso, nos decía don Giussani.

***Huellas***

Contaba recientemente don Pino que estaba admirado de que en la Universidad Católica de Milán hubiera un grupo de jóvenes que todas las mañanas vende *Huellas*. Todo nació de la iniciativa de una chica que dijo: «No es

[148] L. Giussani, *Un evento reale nella vita dell'uomo*..., op. cit., p. 163.
[149] *Ibídem*, pp. 326-327.

la revista de CL. Es "mi" revista». Se lo contó a cinco, diez amigos. Para algunos ha sido la ocasión de un encuentro, como ha sucedido, por ejemplo, vendiendo el número de marzo con la portada de Benedicto XVI. Algunas personas querían entender por qué era tan importante para nosotros.

# SANTA MISA

*Lecturas de la Santa Misa: Hch 13,14.43-52.; Sal 99; Ap 7,9.14-17; Jn 10, 27-30*

**HOMILÍA DE DON MICHELE BERCHI**

«Yo les doy la vida eterna; no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano». Esto es lo que desea Cristo para mí, para cada uno de nosotros: estar conmigo, estar con cada uno de nosotros toda la eternidad. Tú me quieres Tuyo para toda la eternidad. Esto es la vida eterna. Podríamos decir que Jesús muere por las ganas de estar conmigo. Ha muerto por las ganas que tiene de estar conmigo, de hacerme Suyo para siempre.

Pero, ¿quién soy yo para Ti? Porque sólo ante la fiel e inimaginable afirmación de Cristo, es más, sólo ante esta verdadera declaración de amor, el primer amor: «Mis ovejas», mías – que Jesús nos diga a cada uno de nosotros: «Oveja mía», es como la madre y el padre que lo dicen de su niño, como el hombre enamorado lo dice de la mujer que le ha dicho que sí –, «mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen»; sólo ante esta declaración de amor podemos empezar a comprender quiénes somos. Quién soy yo coincide con quién soy yo para Ti; quién soy yo para Ti, Señor.

Nadie nos arrancará esta experiencia, nadie podrá arrancarnos de Tu mano, nadie. La forma que Tú has impreso en nuestro corazón, al encontrarte con nosotros uno a uno, nunca podremos quitárnosla de encima, porque las miles de personas que estamos aquí hemos sido encontradas una a una; esta multitud inmensa que nadie podía contar, de toda nación, tribu, pueblo y lengua, ha sido reunida persona a persona. ¿Quién entre nosotros puede decir que el Señor no le ha conducido hasta aquí, secando cada lágrima de sus ojos? Tú nos has hecho Tuyos, y desde ese momento nadie podrá arrancarnos jamás este encuentro que nos ha hecho Tuyos.

Sólo hay un peligro, el mismo que tenían los judíos, y es que – como cuentan los Hechos de los Apóstoles – no se juzgaban dignos de la vida eterna. Se puede incluso ser celoso de esta pertenencia, y sin embargo no adherirse a ella. Se puede pertenecer al pueblo elegido, y no adherirse. Este punto de resistencia increíble, y sin embargo siempre posible; qué bien lo sabemos, qué bien conocemos ese maldito orgullo, ese amor propio que nos lleva a nuestra propia ruina. Sin embargo, mirándolo bien, este punto de resistencia nos hace estar aún más llenos de asombro, porque Tú, Señor, prefieres correr el riesgo de que yo te diga que no antes que comprar mi libertad. Pero, ¿por qué nos amas tanto? ¿Por qué?

Pidamos en esta santa misa que el Espíritu, a través de la carne de la Virgen, de la que ha nacido esta compañía, mantenga en nosotros este asombro, porque a través de él se verifica que nada podrá separarnos nunca del amor de Su Hijo.

# MENSAJES RECIBIDOS

Queridos amigos,

El tema de los Ejercicios de este año: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?», afronta decididamente la forma con la que debe proponerse a todos el anuncio cristiano, en particular a los hombres y mujeres de nuestra cansada Europa.

De hecho, sólo la certeza de haber sido definitivamente abrazados por Su amor hace posible la apasionada apertura hacia lo que don Giussani llamaba «todo lo existente y toda la existencia».

Os aseguro mi cercanía en la oración y en el afecto en estos días de extraordinaria importancia para la vida de Comunión y Liberación.

Os saludo a todos y os bendigo.

*S.E.R. cardenal Angelo Scola*
*Arzobispo de Milán*

Queridísimo don Julián Carrón,

Me uno a todos vosotros, reunidos con ocasión de los Ejercicios Espirituales de la Fraternidad, en este tiempo extraordinario en el que hemos participado en grandes hechos de gracia como la renuncia al ministerio petrino de Benedicto XVI y el comienzo del pontificado del papa Francisco, nuevo "Obispo de Roma". El Señor nos ha sorprendido con su presencia y con su gran cercanía. Al igual que hemos sentido la paternidad intensa y hermosa de Benedicto, siento de modo particular, gracias a los veintisiete años vividos como misionero en Brasil, la familiaridad con el corazón y el estilo inmediato y sencillo de Francisco. Haberle conocido, en Argentina y Aparecida (Brasil), ha sido una gracia que abre nuestro corazón a un seguimiento total que conlleva una inteligencia y una disponibilidad plena, como hemos vivido siempre con los Sumos Pontífices, según lo que nos ha enseñado don Giussani.

Por eso, el tema de los Ejercicios, «¿Quién nos separará del amor de Cristo? (*Rm* 8,35)», nos abre a la escuela del carisma y nos llena de confianza en el camino que el Señor nos ofrece hoy a todos nosotros y a su Iglesia. Pido al Espíritu la gracia de vivir estos ejercicios como una verdadera oportunidad, como un tiempo favorable para nuestra persona y para nuestra misión en el mundo. Que en el "Año de la Fe", y ante tantos prodigios de la misericordia de Dios, la Virgen nos haga estar abiertos, como

ella, para acoger el don de Dios, para entregarnos totalmente a su designio y para comunicar a todos con franqueza lo que nos ha sucedido.

Invocando sobre vosotros la bendición del Señor y la protección de la Gran Madre de Dios,

os saludo cordialmente.

*S.E.R. monseñor Filippo Santoro*
*Arzobispo de Taranto*

# TELEGRAMAS ENVIADOS

*Su Santidad*
*Francisco*

Santo Padre, 24.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación reunidos en Rímini para los Ejercicios espirituales anuales, y algunos miles conectados por vídeo desde 21 países, han meditado sobre el tema: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?».

Agradecidos por Vuestra bendición, que nos permite experimentar la maternidad de la Iglesia, hemos profundizado en la conciencia de que «el Señor está vivo y camina con nosotros», porque el cristianismo es la experiencia de un acontecimiento, Cristo resucitado, como nos ha testimoniado con su vida don Giussani, y como vemos en las palabras y en los gestos de Vuestra Santidad, fuente continua de asombro y de afecto.

En un tiempo en el que la fe ya no es «un presupuesto obvio» (*Porta fidei*), hemos escuchado como dirigida a nosotros la pregunta de Jesús: «Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?». El comienzo de Vuestro pontificado nos empuja a redescubrir que la fe no es una teoría o un conjunto de reglas, sino el reconocimiento de una Presencia «atractiva y persuasiva porque responde a la necesidad profunda de la existencia humana».

En la memoria de don Giussani, deseamos revivir su misma experiencia para estar tan llenos de la mirada de Cristo que podamos ser una presencia distinta, sobre todo en las «periferias existenciales» de este mundo.

En este Año de la Fe entregamos de nuevo todas nuestras personas y nuestras comunidades esparcidas por el mundo en manos de Vuestra Santidad, con el deseo de testimoniar la alegría de ser cristianos, con el fin de ayudar a nuestros hermanos los hombres a encontrar en Cristo la misericordia que salva.

A la felicitación por la inminente celebración de Vuestro santo patrón, unimos la oración a la Virgen para que convierta en "dulces pondus" el mandato de Sucesor de Pedro, en camino con Su pueblo.

A la espera de encontrar a Vuestra Santidad el 18 de mayo en la plaza de San Pedro.

Gracias, Santidad.

*Su Santidad papa emérito Benedicto XVI*

Santidad, he pensado en Su persona en Rímini, junto a los 24.000 amigos de la Fraternidad de Comunión y Liberación reunidos para los Ejercicios espirituales, y a algunos miles más conectados por vídeo desde 21 países para meditar sobre el pasaje de san Pablo: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?». Todos le pedimos a la Virgen que le acompañe en la identificación con Cristo, el Amigo que nunca nos abandona. Escondido para el mundo, pero no para nuestros corazones llenos de afecto por Usted, le pido una oración por nuestras personas, para que podamos redescubrir la alegría de ser cristianos en este Año de la Fe convocado por Usted con la premura de un padre, para testimoniar la belleza de ser cristianos en la vida cotidiana.

*Ilustrísimo Giorgio Napolitano*
*Presidente de la República italiana*

Ilustrísimo Señor Presidente, 24.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación, reunidos en Rímini para los Ejercicios espirituales anuales, han recibido la noticia de Su reelección.

«Me mueve en este momento el sentimiento de no poderme sustraer a asumir mi responsabilidad hacia la nación, confiando que a ella le corresponda una análoga asunción colectiva de responsabilidad». Su gesto de libertad aumenta la admiración por Su persona.

En este momento dramático, Usted se presenta ante nosotros como un recurso para Italia, frente a la urgencia de retomar el camino de una verdadera pacificación que obtenga ese bien tan necesario para la vida personal y social.

Siendo conscientes de nuestros límites, como creyentes educados por don Giussani en la pasión por el destino de nuestros hermanos los hombres, deseamos ofrecer nuestro testimonio, junto al de cualquier hombre de buena voluntad, como contribución para desbloquear la situación, afirmando el valor del otro en la búsqueda del bien común por encima de cualquier interés particular.

Comprendiendo el peso enorme de la nueva responsabilidad, Le deseamos que obtenga aquello por lo que ha aceptado este gran sacrificio.

*S.E.R. cardenal Angelo Bagnasco*
*Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana*

24.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación, reunidos en Rímini para los Ejercicios espirituales anuales, meditando sobre el tema: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?», con la certeza de que el

Señor resucitado es el Único capaz de colmar la necesidad infinita del corazón, confirmamos el compromiso de vivir una fe cada vez más personalizada, siguiendo al papa Francisco, que nos invita a dar testimonio en las «periferias existenciales» de nuestra sociedad, sobre todo en este momento de gran incertidumbre.

*S.E.R. cardenal Stanislaw Rylko*
*Presidente Consejo Pontifico para los Laicos*

Querida Eminencia, 24.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación, reunidos en Rímini para los Ejercicios espirituales junto con algunos miles más conectados por vídeo desde 21 naciones para meditar sobre el tema: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?», renuevan el compromiso de vivir el Bautismo como testimonio de la alegría de ser cristianos, en el seguimiento al papa Francisco.

*S.E.R. cardenal Angelo Scola*
*Arzobispo de Milán*

Queridísimo Angelo, agradecidos por tu mensaje queremos decirte que en estos días hemos vuelto a hacer experiencia de Cristo presente, que nos abraza a través de esa forma de enseñanza a la que hemos sido confiados.

Te pedimos que reces por cada uno de nosotros, para que estemos cada vez más llenos de Su mirada atractiva y persuasiva – e irreductible a cualquier medida nuestra – para ser testigos en el mundo de la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida.

*S.E.R. monseñor Filippo Santoro*
*Arzobispo de Taranto*

Queridísimo Filippo, tu mensaje nos ayuda a ser más conscientes de la gracia que hemos recibido al tener a don Giussani como padre en la fe.

Con la voluntad de seguir al papa Francisco, volvemos a nuestras casas más seguros de que nadie nos podrá separar del amor de Cristo si tenemos la sencillez de asombrarnos cada vez más ante el acontecimiento de Su presencia que vuelve a suceder ahora entre nosotros.

# EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA

*A cargo de Sandro Chierici*

*(Guía para la lectura de las imágenes tomadas de la Historia del arte que acompañaban a la audición de las piezas de música clásica a la entrada y a la salida)*

El camino de Pedro en el seguimiento de Cristo – desde la llamada a orillas del lago de Genesaret, desde la tensión renovada por la plena identificación con Él en el ímpetu de la misión, hasta compartir Su muerte en la cruz – se nos presenta como expresión plena de una existencia vivida en la entrega de toda su persona al amor de Jesús, que nada podrá hacer desaparecer.

1. Eugène Burnand, *Los apóstoles Pedro y Juan corren al sepulcro*, París, Musée d'Orsay
2-4. Duccio di Boninsegna, *La vocación de Pedro y Andrés*, conjunto y detalles, Washington, DC, National Gallery of Art
5. Giusto dei Menabuoi, *La vocación de Pedro y Andrés*, Padua, Baptisterio
6-10. Masaccio, *El tributo*, conjunto y detalles, Florencia, Iglesia del Carmen, Capilla Brancacci
11. *La curación de la suegra de Pedro*, mosaico, Monreale, Duomo
12. *Pedro salvado de las aguas*, mosaico, Monreale, Duomo
13. *El encuentro de Cristo con la mujer cananea*, mosaico, Monreale, Duomo
14. Pietro Lorenzetti, *El lavatorio de los pies*, Asís, San Francisco, Basílica inferior
15-16. Giotto, *El lavatorio de los pies*, conjunto y detalle, Padua, Capella degli Scrovegni
17. Andrea de' Bartoli, *La oración en el huerto de los olivos*, detalle, Asís, San Francisco, Basílica inferior
18-19. Duccio di Boninsegna, *La oración en el huerto de los olivos*, conjunto y detalle, verso de la *Maestà*, Siena, Museo dell'Opera del Duomo
20. Duccio di Boninsegna, *El prendimiento*, detalle, verso de la *Maestà*, Siena, Museo dell'Opera del Duomo
21. Duccio di Boninsegna, *La negación de Pedro*, verso de la *Maestà*, Siena, Museo dell'Opera del Duomo
22. Duccio di Boninsegna, *La aparición de Cristo a los discípulos con las puertas cerradas,* detalle, verso de la *Maestà*, Siena, Museo dell'Opera del Duomo
23. Duccio di Boninsegna, *La aparición de Cristo a los discípulos en el lago de Tiberíades*, verso de la *Maestà*, Siena, Museo dell'Opera del Duomo
24. Duccio di Boninsegna, *La aparición de Cristo a los discípulos en el monte*, verso de la *Maestà*, Siena, Museo dell'Opera del Duomo

25-26. Giotto, *Pentecostés*, conjunto y detalle, Padua, Cappella degli Scrovegni
27. *Pentecostés*, miniatura del códice *Collectaneus Ottobeuren*, siglo XI, f. 28, Londres, British Library
28. *La resurrección de Tabita,* mosaico, Monreal, Duomo
29. *Pedro curando a un tullido*, mosaico, Palermo, Capilla Palatina
30. Masaccio, *Pedro curando a un tullido*, Florencia, Iglesia del Carmen, Capilla Brancacci
31. Masaccio, *La resurrección de Tabita,* Florencia, Iglesia del Carmen, Capilla Brancacci
32. Masaccio, *La resurrección del hijo de Teófilo*, Florencia, Iglesia del Carmen, Capilla Brancacci
33. Masaccio, *Pedro cura con su sombra*, Florencia, Iglesia del Carmen, Capilla Brancacci
34. Masolino da Panicale, *La predicación de Pedro*, Florencia, Iglesia del Carmen, Capilla Brancacci
35. Masaccio, *La distribución de las limosnas y la muerte de Ananías*, Florencia, Iglesia del Carmen, Capilla Brancacci
36-37. Filippino Lippi, *Pablo visita a Pedro en la cárcel*, conjunto y detalle, Florencia, Iglesia del Carmen, Capilla Brancacci
38-39. Filippino Lippi, *La liberación de Pedro de la cárcel*, conjunto y detalle, Florencia, Iglesia del Carmen, Capilla Brancacci
40. *La liberación de Pedro de la cárcel*, mosaico, Palermo, Capilla Palatina
41. *El encuentro de Pedro y Pablo*, mosaico, Palermo, Capilla Palatina
42. *El encuentro de Pedro y Pablo,* mosaico, Monreale, Duomo
43. *La disputa con Simón el Mago*, mosaico, Palermo, Capilla Palatina
44. *La caída de Simón el Mago*, mosaico, Palermo, Capilla Palatina
45. *Los apóstoles Pedro y Pablo*, relieve, Aquileia, Museo Arqueológico Nacional
46. *Los apóstoles Pedro y Pablo*, grabado en el sepulcro del niño Asellus, Ciudad del Vaticano, Museos Vaticanos
47. Maestro de Soriguerola, *Los apóstoles Pedro y Pablo*, Vic, Museo Episcopal
48. *Crucifixión de Pedro*, fresco, Capilla papal del Sancta Sanctorum, Roma, Basílica de San Juan de Letrán
49. Masaccio, *Crucifixión de san Pedro*, predela del Políptico de Pisa, Berlín, Staatliche Museen, Gemaeldegalerie
50. Caravaggio*, Crucifixión de Pedro*, Roma, Santa Maria del Popolo
51. *San Pedro en el trono*, mosaico, Monreale, Duomo
52. *Rostro de Pedro*, mosaico, Roma, Basílica de San Pablo Extramuros
53. *Rostro de Pedro*, fresco, Ciudad del Vaticano, Fábrica de San Pedro
54. Scuola del Vecchietta*, Pedro*, estatua de madera, Montemerano (Grosseto), San Giorgio

55. *Busto de san Pedro*, mármol, Ciudad del Vaticano, Basílica de San Pedro
56. *San Pedro en la cátedra*, bronce, Ciudad del Vaticano, Basílica de San Pedro
57. Plaza de San Pedro desde la Logia de las Bendiciones

## Índice


MENSAJE DE SU SANTIDAD FRANCISCO 3

### *Viernes 19 de abril, por la noche*

INTRODUCCIÓN 4

SANTA MISA – *HOMILÍA DE DON STEFANO ALBERTO* 13

### *Sábado 20 de abril, por la mañana*

PRIMERA MEDITACIÓN – ***«El Ángel del Señor anunció a María»*** 14

SANTA MISA – *HOMILÍA DE S.E.R. CARDENAL JEAN-LOUIS TAURAN PRESIDENTE DEL CONSEJO PONTIFICIO PARA EL DIÁLOGO INTERRELIGIOSO* 40

### *Sábado 20 de abril, por la tarde*

SEGUNDA MEDITACIÓN – ***«Hágase en mí según tu palabra»*** 44

### *Domingo 21 de abril, por la mañana*

ASAMBLEA 65

SANTA MISA – *HOMILÍA DE DON MICHELE BERCHI* 83

MENSAJES RECIBIDOS 85

TELEGRAMAS ENVIADOS 87

EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA 90



Suplemento de la revista *Huellas – Litterae Communionis*, n. 6, junio de 2013

Maquetación: Ultreya
Impresión: IMPRESOS Y REVISTAS S.A. IMPRESA